

Documentos históricos del Imani

- 2 -

CARIBA MALO
Episodios de resistencia de un pueblo indígena
aislado del Amazonas

Roberto Franco



Roberto Franco García, *Cariba malo: episodios de resistencia de un pueblo indígena aislado del Amazonas*
Documentos históricos Imani 2

© Universidad Nacional de Colombia, sede Amazonia – Instituto Imani

© Amazon Conservation Team (ACT)

© Ministerio del Medio Ambiente – UAESPNN

© Roberto Franco García

Primera edición, 2012

ISBN 978-958-761-161-8

 Este libro se publica bajo una licencia *Creative Commons Atribución –NoComercial–SinDerivadas 2.5 Colombia*.

Prohibida la reproducción total o parcial con fines comerciales por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Universidad Nacional de Colombia, Instituto Amazónico de Investigaciones (Imani)

Kilómetro 2 vía Tarapacá, Leticia, Amazonas, Colombia

Teléfono (57 8) 592 79 96

<http://www.imani.unal.edu.co>

Amazon Conservation Team (ACT)

Calle 66 n° 11-37, oficina 801, Bogotá, Colombia

Teléfonos (57 1) 702 54 35 / (57 1) 212 78 95

Ministerio del Medio Ambiente

Parques Nacionales Naturales de Colombia

Calle 14 n° 8-79, piso 2, Bogotá, Colombia

Teléfonos (57 1) 283 34 58 / (57 1) 336 15 35

Coordinación editorial

Juan Álvaro Echeverri

Corrección de textos

Juan Andrés Valderrama

Diagramación

Ángela Lucía Vargas

Impresión

Feriva S. A.

Impreso y hecho en Colombia

Cariba malo: Episodios de resistencia de un pueblo indígena aislado del Amazonas.
/ Roberto Franco. - - Leticia: Universidad Nacional de Colombia, 2012.

xx, 204 p. ; 24 cm. - - (Documentos históricos del Imani ; 2)

Incluye bibliografía p. 131-137

ISBN: 978-958-761-161-8

1 Amazonia (Región) - Historia - Siglos XVII-XX 2. Amazonia - Aspectos socioeconómicos 3. Ordenamiento territorial - Amazonia (Región) 4. Indígenas - Amazonia (Región) - Historia I. Franco Roberto, autor

CDD-21 980.00498

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	XI
AGRADECIMIENTOS	XV
INTRODUCCIÓN	XVII
Capítulo 1	
UNA TRIBU DESCONOCIDA EN EL AMAZONAS COLOMBIANO	1
Relaciones de prensa	2
Reporteros de <i>France Soir</i> y de <i>El Tiempo</i>	5
Capítulo 2	
CACIQUES DEL RÍO AMAZONAS	15
Capítulo 3	
MIGRACIONES A LOS RÍOS PUTUMAYO Y CAQUETÁ	29
Misioneros franciscanos en el Putumayo	29
Los yurupixunas	36
Yuris, jumanas y passés en los límites de dos imperios	42

Capítulo 4

DEL CONTACTO AL AISLAMIENTO	47
Viajeros del siglo XIX	47
Yorimanes, yurimaguas y yuris	61
Últimas noticias	65

Capítulo 5

HUELLAS, TROCHAS Y MALOCAS	73
Juansoco y la Casa Arana	75
Caimanes, tigres y perros de agua	77
Los misioneros evangélicos y la palabra de Dios	82
Pistas de aterrizaje y laboratorios de cocaína	90
Guerrilla	97
Las maderas del Putumayo, los monteros y los patones	107
Minería de oro en el río Puré	114
Parques nacionales y resguardos indígenas	119

EPÍLOGO	129
----------------	-----

BIBLIOGRAFÍA	131
---------------------	-----

ÍNDICE ANALÍTICO	139
-------------------------	-----

ÍNDICE DE MAPAS

MAPA 1.	Región del bajo Caquetá-Putumayo	7
MAPA 2.	Mapa esquemático por el mayor Fuentes y el sargento Rojas de la ruta a la maloca de los caraballos	9
MAPA 3.	Migraciones yorimán, yurimagua, yurupixuna	22
MAPA 4.	Detalle del mapa general de Sur América	49
MAPA 5.	Sector del río Putumayo	59
MAPA 6.	Detalle del mapa de las expediciones de Theodor Koch-Grünberg	67
MAPA 7.	Detalle del mapa “Croquis de la zona territorial del río Putumayo ocupada por las empresas J.C.Arana Hermanos...” por el Sr. Víctor Macedo	68
MAPA 8.	Cuenca del Issá-Japurá mostrando grupos lingüísticos	69
MAPA 9.	Pistas y laboratorios de cocaína	91
MAPA 10.	Distribución étnica entre el Caquetá y el Putumayo	122

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

1. Militares en la maloca durante la expedición de rescate de Julián Gil, 1969
2. Maloca media o abierta. Circa 1976
3. Maloca media o abierta. Circa 1976
4. Maloca media o abierta. Circa 1976
5. En camino a la maloca, 1969
6. Yves-Guy Bergès con Caraballo y Amazonas en La Pedrera, 1969
7. Monja Laura con Amazonas en La Pedrera, 1969
8. Caraballo en La Pedrera, 1969
9. Llegada a la maloca de la expedición del periodista francés Yves-Guy Bergès, 1969
10. Jácome Cabrera, Hermann Domínguez y la familia de Caraballo, 1969
11. Caraballo y su familia desembarcando, 1969
12. Indio jumana o chumana

13. Indios passé y yuri
14. San Antonio de Içá
15. Danza de guerra yuri
16. Indio yuritaboca
17. Indio yuri
18. India Passé
19. India uainumá
20. Indio jumana
21. Corona de plumas de los yuris
22. Máscara de tigre de los yuris
23. Máscara de garrapata de los yuris
24. Máscara de Yuruparí de los yuris
25. Máscara de pescado de los yuris
26. Banco ritual yuri
27. Carcaj para llevar las flechas de las cerbatanas de los yuris
28. Garrote o macana de los yuris
29. Indio yurupixuna con tatuaje facial
30. Indio yurupixuna con tatuaje facial
31. Indio yurupixuna con manto de jaguar
32. Tipos de tatuajes faciales de los yurupixunas
33. Inhalando paricá
34. Acuarela del raudal Mirí
35. Detalle del “Mapa demostrativo de las exploraciones hechas por los hermanos Reyes en América del Sur, México, 1901”
36. Pista del narcotráfico en la región del Puré
37. Rastrojo de antiguo asentamiento
38. Chontadural viejo y platanal
39. Maloca yuri passé
40. Maloca yuri passé

Los Andakí no representan el único ejemplo de la súbita desaparición de una tribu en la selva, sin que esto indique su extinción. Los Kofán que en forma semejante desaparecieron de las orillas del Aguarico en la primera mitad del siglo XVIII, fueron redescubiertos a principios del presente siglo por los misioneros capuchinos en las orillas del río San Miguel.

Juan Friede, 1953.

Estos tigres son peligrosos, me dijo Maribba, porque esta tierra es de indios bravos que son los que mandan a los tigres y a los caimanes que coman gente.

Bartolomé de Igualada, 1936.

PRESENTACIÓN

La publicación de *Cariba malo* es un llamado de atención sobre la presencia en algunos parques nacionales y resguardos indígenas de la Amazonia colombiana de pueblos indígenas aislados que requieren de protección ante las amenazas que se ciernen sobre ellos y que podrían llevar a contactos indeseados con consecuencias funestas, debido a su vulnerabilidad a las enfermedades de proveniencia occidental. Por esta razón es indispensable tomar medidas de protección para blindar sus territorios frente a la entrada de intrusos o aventureros, y es necesario, además, informar a la sociedad nacional sobre la importancia de estos pueblos como parte de nuestra nacionalidad multiétnica y de su incomparable actitud de independencia. La libertad, el bienestar y la autonomía son parte de sus derechos esenciales.

En 2002 se constituyó el parque nacional río Puré, con cerca de un millón de hectáreas en la zona interfluvial de los ríos Putumayo y Caquetá, con los propósitos de consolidar un corredor de conservación desde el río Amazonas hasta el Caquetá y, principalmente, de proteger del contacto al pueblo indígena aislado conocido localmente como *caraballos*, llamado arojes o gente de Guama por los indígenas mirañas y referenciados en la literatura etnográfica como yuri. La resolución 0764, por la cual se constituyó el parque nacional natural río Puré, fue el primer acto administrativo tendiente a la protección de un grupo aislado en Colombia, y la gestión de Parques Nacionales Naturales de Colombia se ha concentrado en esta tarea. En los últimos años el apoyo de ACT Colombia ha sido fundamental; sin embargo, queda aún un largo camino por recorrer.

Parques Nacionales Naturales de Colombia tiene presencia en la cuenca baja del río Caquetá, en el corregimiento de La Pedrera, departamento del Amazonas, y en los ríos Bernardo y Cahuinari, y cuenta con el apoyo de las autoridades tradicionales indígenas. No obstante, el control territorial por parte del estado colombiano debe fortalecerse, principalmente en la cuenca baja del río Putumayo. En la actualidad en esta zona se adelantan incursiones en busca de oro y madera que amenazan los recursos naturales del parque y ponen en peligro la vida y libertad de los yuri y de otros grupos aislados de cuya existencia se tienen indicios.

Cariba malo es una obra que hace un aporte histórico y antropológico a este asunto, que en Colombia no ha merecido atención suficiente y que

en países como Brasil ha sido objeto de políticas públicas, de documentación y protección. En otro país vecino, Perú, se han hecho denuncias por el avance de megaproyectos sobre territorios de grupos aislados, lo que ha dado lugar a iniciativas de documentación desde el gobierno y las ONG interesadas. En Colombia este asunto ha tenido muy poca atención desde las políticas públicas, y solo ha generado curiosidad en la opinión pública a raíz de sucesos que han tenido resonancia mediática: el caso de los *caraballo* en La Pedrera a finales de la década de los años 1960 o la aparición de grupos nukak en Calamar y San José del Guaviare en los años ochenta.

El libro comienza con el recuento de eventos sucedidos en el área de La Pedrera en 1969, cuando a raíz de la desaparición de un comerciante, Julián Gil, una partida de rescate se encontró con un grupo de indígenas aislados, asesinó a varios y se trajo una familia para La Pedrera. Estos eventos fueron divulgados en Francia por el periodista Yves-Guy Bergès en *La Lune est en Amazonie* (1970) y luego, en Colombia, por Germán Castro Caycedo, en *Perdido en el Amazonas* (1978). El autor hace un balance de esos hechos y busca demostrar tres hipótesis: 1) que los llamados *caraballos* de los sucesos de La Pedrera están emparentados con la etnia yuri, cuya lengua fue documentada en el siglo XIX; 2) que existe una conexión entre estos yuri y los antiguos yurimaguas y yorimanes del río Amazonas; y 3) que es muy probable la posible existencia de otros pueblos aislados, como los passés, los jumanas y los uainumás, de acuerdo con documentación histórica y geográfica. Además, este libro ilustra lo que ha ocurrido con los yuri-caraballo desde 1969 hasta el presente, mostrándonos que el grupo sigue vivo y habita en las selvas del río Puré.

Para la primera hipótesis el autor se apoya en el único pequeño vocabulario que fue colectado de los *caraballo* por un misionero capuchino. La comparación de este vocabulario con los recogidos por el explorador alemán Von Martius entre unos diez grupos de la región del interfluvio bajo Caquetá-Putumayo en la primera mitad del siglo XIX, prueba que la lengua de los *caraballos* es la misma yuri, emparentada además con la lengua tikuna. Es de notar que en la época no se pudo demostrar la afinidad del habla de los llamados *caraballo* con ninguna de las lenguas indígenas de la región.

Para la segunda hipótesis el autor hace un rastreo de documentación histórica desde el siglo XVI hasta el XIX, planteando elementos históricos, geográficos, culturales y lingüísticos, en busca de probar la hipótesis que aseveraría la continuidad de los antiguos yorimanes-yurimaguas con el grupo aislado de los yuri.

Finalmente, para demostrar la tercera hipótesis coteja documentación histórica escrita con información oral derivada de una serie de entrevistas con indígenas que participaron en la comisión de rescate de Julián Gil, con misioneros estadounidenses que trataron de contactarlos años después, con madereros y buscadores de oro, y con guerrilleros que tuvieron encuentros y contactos con ellos en fechas muy recientes. El resultado es la posible existencia de dos o tres pueblos indígenas aislados más en la región.

Todas estas pistas e indicios fueron corroboradas parcialmente con una expedición de sobrevuelo en noviembre 2010, en la que se ubicaron y fotografiaron cinco malocas de un pueblo aislado entre los ríos Puré y Bernardo, que podrían ser yuris o passés. Algunas de esas fotos se publican en este libro y son un llamado de atención al país de que sí existen grupos aislados, y acerca de la necesidad de formular políticas de protección y resguardo, debido a las amenazas reales que representan el conflicto armado, la extracción de maderas y la búsqueda de oro.

Para Parques Nacionales, ACT Colombia y la sede Amazonia de la Universidad Nacional de Colombia, la publicación de este libro es un paso importante en el camino de la consecución de información pertinente que sirva para las labores de protección, monitoreo y vigilancia sobre el terreno, y para alertar sobre la necesidad urgente de definir una política pública de protección a los grupos indígenas aislados, dadas las amenazas evidentes a sus territorios y considerando la información con que se cuenta para presumir la existencia de diez o más pueblos aislados en la Amazonia colombiana.

Es necesario destacar, por último, el esfuerzo hecho por ACT Colombia, que durante dos años ha documentado y sistematizado información sobre los pueblos aislados; el apoyo de la Dirección Territorial Amazonia de Parques Nacionales Naturales de Colombia, y de los funcionarios de los parques nacionales río Puré y Cahuinarí; y la impecable labor editorial de la Universidad Nacional de Colombia, sede Amazonia, que apoyó la edición de este libro, aportó recursos para este fin y coordinó la labor editorial.

JULIA MIRANDA, Parques Nacionales Naturales de Colombia

CAROLINA GIL, ACT-Colombia

JUAN ÁLVARO ECHEVERRI, Universidad Nacional de Colombia, sede Amazonia

AGRADECIMIENTOS

Al emprender esta investigación, muchos consideraban imposible reconstruir la historia de un pueblo indígena sin tener contacto con el mismo, otros pensaron inmediatamente que la idea del trabajo era contactarlos y descubrir una tribu a los ojos de Occidente, y muchos más no se explican todavía que se quiera proteger a los pueblos indígenas aislados del contacto. Espero que este libro los convenza de lo contrario.

Quiero agradecer entonces a las personas que entrevisté y me ayudaron a lo largo de la investigación, por la confianza y la generosidad con las que compartieron sus experiencias y la memoria de estas. En especial a José Enrique Miraña, Valois Rojas (q. e. p. d.), Alejandro Román, Eduardo Bora, Iván Luna, José Imi Miraña, Crispín Miraña, Dagoberto Patrio, Rómulo Miraña, Graciano Crespo, Benedicto Silva, Ramón Riobo, Jerónimo Acho, Homero Paredes (q. e. p. d.), Marcelo Andrade, Ricardo Quiroga, Severino Tapuyima, Robert Carneiro, José García, Luis Ángel Trujillo, Patricio von Hildebrand y Julián Gil hijo.

Por internet pude comunicarme con Robert Carneiro, director del Museo de Historia Natural de Nueva York, quien amablemente envió por correo un artículo publicado en *The New York Times* en 1969. Debo agradecer así mismo a Donald Fanning, que amablemente me envió dos fotos de malocas tomadas desde su avioneta en los años setenta y expresó su posición religiosa sobre el contacto y el aislamiento.

Agradezco también a todos aquellos con quienes me relacioné durante el proceso de investigación, que se desarrolló a lo largo de 2010 y 2011 y contó con el patrocinio y la financiación de The Amazon Conservation Team, ACT Colombia.

Al filántropo estadounidense Andrew Kohlberg, que aportó los recursos financieros para este fin, mis agradecimientos más sinceros. Así mismo, a los funcionarios de la dirección territorial Amazonia de Parques Nacionales de Colombia, que me proporcionó un apoyo fundamental, en especial en relación con los viajes de campo y su voluntad de ayudar a definir una política pública de protección de los grupos indígenas aislados de Colombia.

A Juan Álvaro Echeverri y Frank Seifart, por su apoyo invaluable en el campo lingüístico; a Patricia Vargas, por el trabajo de archivo, y a Marco Villareal, por el apoyo en el trabajo de musicología. A Sandra Ruiz, por su trabajo en la reproducción de las fotografías y los mapas, y a Simón Uribe por la toma de algunas fotografías y mapas interesantes. A Darwin Torres, geógrafo de ACT Colombia, por los cuatro mapas que elaboró, y a Juan Pablo Roza, por su ayuda con las ilustraciones.

En el trabajo de campo conté con la ayuda de los funcionarios y contratistas de los parques nacionales río Puré y Cahuinari, y entre ellos agradezco especialmente a Óscar Castellanos, por su compañía y ayuda en el trabajo de campo en el río Caquetá-Japurá. Por su colaboración permanente doy las gracias a Eliana Martínez, Diego Muñoz y Alexander Alfonso, jefes de los parques río Puré, Cahuinari y Amacayacu.

Por último quiero agradecer a Patricia y a Lucía, mi familia, por la compañía y el apoyo para adelantar esta investigación, y por encontrar en nuestra casa un refugio donde puedo pensar, leer y escribir.

INTRODUCCIÓN

En lo profundo de las selvas más alejadas de las ciudades y pueblos amazónicos colombianos, como San José del Guaviare y Mitú, Araracuara y La Chorrera, La Pedrera o Tarapacá, en medio de estos sitios, todavía hoy, los sabedores y chamanes de los grupos indígenas aislados de la civilización occidental están pensando en el mundo que los rodea: gente blanca o caribas que han querido contactarlos en medio de cantos religiosos en una lengua incomprensible, aviones que pasan en sus rutas de Bogotá a Leticia, guerrilleros que recorren armados sus caminos, extraños caminantes con caras codiciosas cargando bateas y palas, que pasan por su territorio en busca de quién sabe qué, barcos inmensos iluminados en la noche, lavando las arenas auríferas del río Puré. Pensar que en ocasiones oyen las motosierras de los madereros, los tiros de escopetas y fusiles de cazadores y guerrilleros, los motores fuera de borda que incursionan en sus ríos y selvas, pensar que ven pasar hombres armados y oyen bombas que rompen el silencio de la noche.

Algunos indígenas del bajo río Caquetá colombiano, como los mirañas, cuentan que los pensadores o chamanes de los grupos aislados del río Puré mantienen sentados por las noches en sus malocas, en sus bancos rituales, pensando para impedir la entrada de extraños a su territorio. Con su pensamiento trabajan para tapar las entradas a este por ríos, quebradas y caminos, y, así, cuidan su mundo. Mediante esta labor no solo evitan la entrada física a su territorio causando truenos y lluvias en medio de días soleados, sino que cierran el paso al pensamiento de otras gentes para que no los puedan ver ni mirar ni saber dónde y cómo viven. Desde hace más de cien años, su actitud vital consiste en rechazar el contacto. Esta investigación cuenta la historia de este grupo indígena que después de trescientos o cuatrocientos años de contacto y temiendo por su supervivencia física y cultural optó estratégicamente por aislarse del resto de la humanidad como una forma de resistencia.

Los indígenas aislados son un asunto que a pocos interesa, pues si acaso son percibidos como algo folclórico: unos indios que les tiran flechas a las avionetas que sobrevuelan sus malocas; unos indios destinados tarde o temprano a integrarse o desaparecer; una brizna en el camino de la globalización de la tierra y sus recursos; y un obstáculo, insignificante por cierto,

en el proceso de extracción de los recursos minerales y biológicos más recónditos, escasos y valiosos.

La decisión de aislarse es la más radical que puede tomar una sociedad particular, de pocos individuos y cultura diferenciada. Sus razones tendrán para evitar más contactos, pues sabemos que en algún momento todos los grupos aislados que se encuentran en la Amazonia colombiana conocieron a los blancos o caribas, y que en algunos casos sus antecesores conocieron a los piratas dirigidos por Francisco de Orellana, Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre en sus viajes de rapiña del siglo XVI.

En Suramérica, el subcontinente con más grupos aislados del mundo, cerca de cien grupos estarían refugiados en las selvas de la cuenca del mayor de todos los ríos, el Amazonas. Los otros grupos que han subsistido en esta condición están en el Gran Chaco, entre Bolivia y Paraguay, en las islas Andamán de la India, y algunos en la isla de Nueva Guinea, en Oceanía. En el caso suramericano, por lo general están ubicados en las fronteras de los estados amazónicos, en los sectores más alejados de las vías de comunicación y los desarrollos agropecuarios. No obstante, hasta allí llegan hoy en día las empresas extractivas de oro e hidrocarburos, además de madereros y *garimpeiros* y misioneros interesados en salvar a los indígenas del demonio y la condena eterna.

En Colombia se sabe de contactos con grupos aislados de la Amazonia durante el siglo XX, entre los que se destacan el caso de los murui (jairuya) del Caguán, contactados por el padre Estanislao de las Cortes en 1925; el de los boras y mirañas del Cahuinari y Pamá, contactados por el capuchino Bartolomé de Igualada en 1936 y 1937; el de los murui del río Cuñaré, que en 1959 lo fueron por caucheros y traídos a Araracuara donde muchos de ellos murieron; y, por último, el caso de los nukak-makú, que atacaron el hato de la Charra sobre el río Guaviare en 1965, y que hacia 1981 fueron contactados por los misioneros evangélicos de Misión Nuevas Tribus. En todos estos casos, el contacto los llevó a contraer enfermedades nuevas que muchos indígenas no pudieron resistir. Sin embargo, existen indicios serios de la existencia todavía de unos diez o más pueblos indígenas aislados en el territorio de Colombia.

Este trabajo de investigación histórica buscó determinar la ubicación, el territorio, la identidad cultural y lingüística de los pueblos aislados que habitan las cuencas de los ríos Puré, Bernardo, Cahuinari y Pupuña, en el departamento del Amazonas, así como sus contactos en épocas anteriores a la actual, y las amenazas que se ciernen sobre ellos. Para alcanzar este

objetivo utilicé diversas fuentes históricas sobre la región amazónica, en especial sobre el Amazonas medio o Solimões y los ríos Caquetá-Japurá y Putumayo-Içá. Me concentré en la historia de los cacicazgos de los yorimanes y yurimaguas del siglo XVII, conocidos en el XVIII como los yurupixunas, bocas negras o bocas pretas. Entonces, estos grupos indígenas acostumbraban tatuarse la boca y el rostro pintándolo de negro, y corresponden a los pueblos conocidos en la historia como los yuris, passés, uainumás y jumanas, entre otros.

Algunos de los grupos que se tatuaban la boca y la cara desaparecieron del territorio brasilero hacia finales del siglo XIX, y en la actualidad estarían refugiados en las selvas colombianas, tras huir de la esclavitud asesina de los caucheros peruanos, colombianos y brasileros. Otros se mezclaron con la población local de los poblados brasileros del Solimões, Japurá e Içá, perdiendo su identidad tribal y su lengua.

El interés principal por desarrollar esta investigación era lograr que el estado colombiano reconociera la existencia y los derechos de los grupos indígenas aislados, en especial su derecho a la autodeterminación, es decir a evitar el contacto con la sociedad nacional. No obstante, a más de este objetivo político existe un interés histórico y antropológico, porque se buscó poner en el mapa étnico del país dos o tres grupos indígenas que se creían extintos y que tienen peculiares características étnicas y culturales. Un caso atípico, además, de etnias que vivieron en el Brasil y sólo pudieron sobrevivir en Colombia.

La situación de los grupos aislados de la región del río Puré es del mayor interés en relación con su organización sociopolítica, ya que habrían pasado de ser cacicazgos con formas de organización complejas, con especialistas y jerarquías basadas en diferencias económicas, a una sociedad tribal en la que la organización es igualitaria y las jerarquías están basadas más en el conocimiento que en diferencias sociales o económicas. Situación relacionada además con el paso de una vida en que tenían acceso a los recursos de la *várzea* del río Solimões y los cursos bajos del Putumayo y el Caquetá, a tener que adaptarse a la escasez de recursos de la tierra firme, en zonas con pequeñas quebradas, suelos pobres y menor riqueza de fauna terrestre y acuática, lo que ha debido mantener su población con bajas densidades y los obligó a cambiar radicalmente sus formas de subsistencia.

Exploraré entonces tres hipótesis: primera, que la etnia que encontró el cazador y aventurero Julián Gil en 1969 en las selvas del río Puré, llamados caraballos por la gente de La Pedrera, sean los yuris. Segunda, existe

la posibilidad de que haya otras etnias aisladas y vecinas de los yuris, que serían los passés, jumanas y uainumás; tercera, que algunas de estas etnias desciendan de los antiguos cacicazgos del río Amazonas, como los yorimán-yurimaguas que habitaron el Solimões hasta comienzos del siglo XVIII.

Comenzaré entonces por documentar el encuentro de los blancos “civilizados” a comienzos de 1969 con una tribu desconocida, para remontar después a los autores que durante los siglos XVI y XVII recorrieron el río Amazonas y que describieron los cacicazgos del sector del sector medio del río Amazonas (Solimões) comprendido entre los ríos Içá-Putumayo y el río Negro, zona en disputa entre las coronas de España y Portugal. Revisaré después los cronistas y viajeros de los siglos XVIII y XIX que conocieron unos grupos indígenas que acostumbraban tatuarse la cara. Más adelante examinaré a los autores que a comienzos del XX mencionan estos pueblos o los ubican en sus mapas. Para finalizar relataré su historia contemporánea a partir de testimonios orales, desde los años setenta del siglo pasado hasta la actualidad, cuando se vieron en medio de los intereses de misioneros, cazadores, madereros, guerrilleros, extractores de oro y narcotraficantes.

Capítulo 1

UNA TRIBU DESCONOCIDA EN EL AMAZONAS COLOMBIANO

La mañana del 18 de enero de 1969 en que Julián Gil y Alberto Miraña decidieron entrar a la maloca de unos indígenas desconocidos que se conocerían como *caraballos*, quienes estaban tomando chicha de chontaduro y tenían sus cuerpos pintados, esa mañana puso en el mapa de Colombia y el mundo a un pueblo aislado de la civilización occidental que antropólogos y lingüistas creían extinto. El tercer compañero de esa aventura, Alejandro Román, no quiso entrar a la maloca pues tenía malos presentimientos. Dejó a sus compañeros y volvió a la finca de Julián Gil en la boca del río Cahuinari. Después de algunos días de silencio, al ver que Julián no salía, avisó de lo ocurrido: Julián y Alberto no habían vuelto de la maloca de los indios bravos.

Las noticias sobre el asunto se publicaron en una serie de artículos de prensa que aparecieron en *El Tiempo* y *El Espectador* de Bogotá, *The New York Times*, de Nueva York, y *France Soir* de París. Artículos y reportajes que dieron cuenta de la desaparición en la selva del cauchero y cazador Julián Gil y de uno de sus dos acompañantes, al llegar a una maloca de una tribu desconocida, así como de las dos expediciones que se hicieron en su busca. La primera, emprendida por su hermano Efraín, partió el 15 de marzo, casi dos meses después, de La Pedrera, y fracasó a los pocos días por el miedo que se apoderó de sus acompañantes al ver los caminos cerrados con palos y huellas frescas de gente. La segunda, que salió el 22 de abril de ese mismo 1969, fue organizada por la Armada y contó con la participación de veinte militares y veinte civiles entre indígenas, caucheros y cazadores, armados de fusiles, escopetas y machetes.

Esta última expedición caminó durante tres días desde el río Bernardo por la trocha de Julián, hasta llegar a un claro en la selva donde había una gran maloca, abierta en todos los costados o, como dicen en la región, una maloca sin cerco. Mientras hacían un patrullaje de reconocimiento por los caminos que la rodeaban, una de las patrullas, asustada al ver en la penumbra algunos movimientos y formas humanas, mató a cinco personas, dos mujeres, dos niños y un viejo, desarmados e indefensos, crimen que quedó en la impunidad.

Seis indígenas fueron tomados como rehenes y estuvieron dos meses en La Pedrera, hasta que el periodista francés Yves-Guy Bergès devolvió a la familia retenida a su maloca en la selva. Los indígenas fueron llamados *caraballos* por el parecido del hombre mayor del grupo con Bernardo Caraballo, un boxeador de la época. Nadie pudo entender su lengua, aun cuando se consultaron indígenas de dieciocho lenguas diferentes.

A partir de este evento trágico, dos periodistas, Germán Castro Caycedo, en Bogotá, e Yves-Guy Bergès, en París, se interesaron en esta tribu desconocida que según ellos vivía todavía en la edad de piedra, mientras el hombre pisaba la Luna. En Nueva York, un reconocido etnólogo, Robert Carneiro, manifestaría también su interés científico en el asunto.

RELACIONES DE PRENSA

A partir de dieciséis artículos de prensa publicados en *El Tiempo*, parte de ellos de Germán Castro Caycedo, y de diez artículos de *El Espectador*¹, la prensa bogotana relató e interpretó los hechos, destacándose una buena dosis de amarillismo y poca veracidad, conveniente para hacer de la noticia un fenómeno comercial. Hubo varias referencias a la antropofagia de los caraballos, sin prueba o evidencia alguna, afirmando cosas como que “se teme que hayan sido devorados por indios”, o hablando de los “instintos carnívoros de los indios”, o titulando un artículo “¿Antropófagos en el Amazonas?”. Además, a los indios se les tildó de salvajes en un artículo titulado, precisamente, “Toda una noche luchó comisión con salvajes”.

Se trató también de deshumanizar a los indios desconocidos, afirmando que dejaban “huellas enormes de un animal monstruoso”, o se tituló un artículo de Castro Caycedo “Huellas de un Gigante en Amazonas”. Un antropólogo brasileño dijo que “estas tribus están formadas por indígenas corpulentos de constituciones fuertes y sus condiciones antropológicas son desmesuradas ya que sus pies son muy largos y la planta excesivamente ancha”. Agregó además que sus brazos eran muy largos y les llegaban hasta más abajo de las rodillas. Sólo faltó que dijera que eran como micos. Otro artículo hizo alusión a que cuando la comisión de rescate pasó la noche en la maloca de los indígenas, “200 indios aullaban como lobos en el follaje”.

Para justificar la muerte de cinco indios de la tribu desconocida por parte de los integrantes de la comisión de rescate, se llegó a titular una noticia “Confirman emboscada de indios a la comisión”. El secuestro de

una familia se justificó del mismo modo: por haber encontrado algunos indígenas con botones de la camisa de Julián Gil.

Este, por el contrario, fue ensalzado e idealizado, y descrito como un “Tarzán Moderno”; más aun, se llegó a afirmar que “Julián es Dios para las tribus del Amazonas”. Se destacó que tenía una gran puntería, era un gran nadador y que era un rumbero experimentado que había hecho largos viajes en la selva. Alguno comentó que Julián saldría de la selva dentro de poco “muerto de la risa”, como lo había hecho otras veces en que había desaparecido por meses.

Frente a esta sarta de mentiras, exageraciones y justificaciones, el 22 de mayo de 1969 veinte antropólogos y científicos sociales entre quienes estaban Gerardo Reichel-Dolmatoff, Alicia Dussán, Gonzalo Correal, Antonio Guzmán y Jon Landaburu, protestaron por la acción de conquista realizada en el río Puré, por la muerte injustificada de cinco indígenas, por la violación de las viviendas de los indios, por la profanación de tumbas, por el secuestro de seis indígenas, y “por el uso hecho por la prensa de términos insultantes a la dignidad humana, tales como salvajes, antropófagos y metáforas que los asemejan a animales”.

En uno de los pocos artículos que se salvan, del 19 de julio de 1969, Castro Caycedo publicó un relato de la expedición del reportero francés Ives-Guy Bergès, quien devolvió a la selva a la familia de indios retenidos. El artículo se tituló “Descifrado misterio de Gil”, y en él se destaca que el trabajo de Bergès había sido “la aventura más grande que se ha realizado este año en Colombia”: el reintegro de los indígenas “caraballos” a su territorio y el regreso a La Pedrera del periodista francés. Para este, los indios caraballos eran “un estado prehistórico dentro del Estado colombiano”. Bergès relata además las dificultades del viaje, dadas las características del terreno, y resalta la existencia de caminos anchos de tres metros, que parecían haber sido transitados durante miles de años. Decía que el territorio se encontraba demarcado y era una selva culturizada con algunos cultivos de plátano y chontaduro. Mencionó además que los indígenas mantenían el fuego prendido siempre.

Ninguno de los indígenas entendió su idioma y el periodista galo sólo sacó en claro que al blanco lo llamaban *cariba*² y que su autodenominación sería *yacumo*. Según la comunicación por señas con los indios, todo indicaba que Gil estaría muerto.

Hablé por señas con el indio. Le pregunté por Gil y con mímica y sonidos ahogados de su garganta –así es el idioma– simulaba a un hombre con una escopeta. Simulaba lucha. Me indicó que habían peleado y que él, Caraballo, había sido herido en tres partes del cuerpo. Luego pronunció: “Cariba malo”. Alzó una tapa del suelo y mostró una tumba. Repitió luego “Cariba malo” y mostró otra.

Una de las afirmaciones más interesantes de Bergès fue que había “descubierto... una región entre los ríos Puré y Putumayo habitada por varias tribus totalmente desconocidas que viven actualmente en la edad de Piedra”. Más adelante dice que “antes de internarme en la selva sobrevolé por varias horas el sitio deseado y hallé a unos ochenta kilómetros de la “maloca” descubierta por las comisiones que buscaban a Gil, otra más. Los techos de las dos están contruidos de materiales diferentes, su corte es distinto, aunque en la forma guardan una gran relación”. Tenemos pues el planteamiento de que habría varias tribus aisladas en la región y el indicio que se utiliza es la existencia de dos tipos de malocas.

El 20 de septiembre de 1969, *The New York Times* publicó una noticia titulada “Hallada tribu en la edad de Piedra. Los colombianos usan extraña lengua”³. En él, el investigador estadounidense Robert Carneiro, del Museo de Historia Natural de Nueva York, reflexionaba sobre la desaparición de Julián Gil y el hallazgo de la tribu, planteando que “pueden ser los sobrevivientes de los yuris, una tribu que se creía extinta hace más de medio siglo”. El lenguaje de los yuris estaba en discusión, porque algunos creían que estaba emparentado con la familia arawak y otros sostenían su parentesco con el carib, mientras que Carneiro se inclinaba a creer que la lengua no estaba emparentada con ninguna otra. Sobre el uso de utensilios de piedra planteó que en algún momento pudieron utilizar implementos de hierro pero que seguramente debieron volver a usar de piedra debido a su aislamiento. No creía que fueran caníbales. Según el investigador, para el año 1820 los yuris eran aproximadamente dos mil personas y creía que muchos habían sido capturados para trabajar en las caucherías, por lo que se les creyó extintos. Carneiro sugirió que era una tribu de mucho interés pues estarían en una condición muy aborígen.

Su hipótesis de que los caraballos eran los mismos yuris fue, sin duda, de una gran visión, y solo ahora podemos afirmar que es un hecho. En 1979, Ramón Vidal y Pinell emprendió la tarea de comparar un vocabulario recogido por Font en La Pedrera, en 1969, con un vocabulario yuri recogido por Wallace en el río Negro a mediados del siglo XIX, con el fin de determinar su grado de parentesco. Concluyó que el yuri de Wallace y el caraballo de

Font tienen un parentesco morfológico de 23 y de 21%. Otros porcentajes fueron de 0% con el cubeo, 3% con el tucano, 7% con el kueretu, 3% con el tariana y 3% con el baniwa. “En consecuencia, después de este primer tanteo, la conclusión de que los vocablos recogidos a la familia del Puré pertenecen a la lengua yuri parece acertada” (Vidal y Pinell, 1979: 95-109). En un trabajo reciente y más riguroso, el lingüista Juan Álvaro Echeverri llegó a la misma conclusión: la lengua de los caraballos es la misma yuri.

REPORTEROS DE FRANCE SOIR Y DE EL TIEMPO

Ives-Guy Bergès, periodista y etnólogo francés con experiencia de grandes reportajes en África y las hambrunas de Biafra, fue un personaje importante en la vida de los caraballos en la medida que devolvió la familia secuestrada a su territorio y su maloca. En sus propias palabras, los caraballos escogieron la libertad en vez de las comodidades de la civilización. El futuro de esta familia y, tal vez, de todo el grupo aislado, hubiera sido muy diferente sin su intervención, pues los curas capuchinos tenían la intención de *civilizarlos*, aprender su lengua y utilizarla como vehículo para contactar al resto de la tribu y sacarla del monte. Aun cuando la labor realizada por el periodista es loable, no estaba desprovista de interés, ya que pretendía hacer un gran reportaje que incluyera su encuentro con el resto del grupo.

A partir de las primeras noticias de prensa que aparecieron en *El Tiempo* en marzo de 1969, a las oficinas del periódico *France Soir* en París llegó un mensaje en el que se informaba del asunto, por lo que se decidió enviar un periodista experimentado para hacer un reportaje de repercusiones mundiales sobre el descubrimiento de una tribu todavía en la edad de Piedra en la Amazonia colombiana.

Con base en su experiencia en el terreno y en información de entrevistas realizadas en Bogotá, Leticia y La Pedrera, Bergès publicó en 1970 su libro *La Lune est en Amazonie* (Bergès, 1970), la historia de su aventura dirigida a devolver a la selva y a su maloca a una familia de indígenas caraballos, como fueron nombrados, como se dijo, por los infantes de marina de la expedición de rescate, compuesta por un hombre, una mujer, dos niñas y dos niños, quienes habían sido tomados como rehenes y posibles testigos de la muerte de Julián Gil y su compañero Alberto Miraña.

Como en esos días el hombre llegó a la Luna, lo que opacó cualquier otra noticia y hacía de su reportaje uno irrelevante, en el título del libro decidió hacer referencia al astro.

Las intrigas de Bergès para devolver esta familia a su maloca en la selva incluyeron convencer al gobierno, a los curas, a los antropólogos, al pueblo de La Pedrera y a la familia indígena de la conveniencia de su retorno. Los personajes de la intriga incluyeron a Emilio Urrea, asesor del presidente Carlos Lleras (1966-1970), a Douglas Botero, ministro de Gobierno, a quien no le importaba “el reportaje ese”, al jefe de Asuntos Indígenas, que no tenía medios ni presencia en la zona, a los antropólogos de la Universidad de los Andes y del Museo Nacional de Colombia, que no salían de sus escritorios por falta de fondos, a la embajada de Francia en Bogotá y a la de Colombia en París, al padre Marceliano Canyes, prefecto apostólico del Amazonas, en pleno Concordato todavía, y a Roberto Vega, comisario del Amazonas. En ese tiempo a Leticia viajaba un avión dos veces por semana, y para ir a La Pedrera, donde aterrizaban y decolaban hidroaviones Catalina, era necesario contar con la avioneta de George Tsalickis, la de los misioneros evangélicos del ILV (Instituto Lingüístico de Verano) o con los vuelos brasileiros de Tabatinga a Villa Bittencourt.

En el pueblo de La Pedrera la intriga tuvo como personajes centrales al corregidor, Lisímaco Cañizales, al comerciante Eduardo Luna, quien tenía el único refrigerador existente en 400 kilómetros a la redonda, a Ismael Cerquera, el hábil mecánico, a Efraín Gil, el hermano de Julián, dedicado a cambiar mercancías por pieles de tigre y tigrillo, al sargento Valois Rojas, el segundo al mando de la guarnición militar, y a varios comerciantes como Jácome Cabrera y Luis Enrique Trujillo. Al otro lado del río, sobre la orilla izquierda del Caquetá, en la cima de una loma se encontraba el internado de los capuchinos, al mando del padre Romualdo de Palma, y atendido también por las hermanas lauras Judith y Esperanza, con ciento veinte niños indígenas internos.

Cuenta Bergès que recién llegados a La Pedrera los caraballos mordían a la gente y que pasaron diez días sin comer. Además, tenían miedo del gran río, de las barbas, de los perros, las vacas, los motores fuera de borda, los fusiles y las escopetas. La familia de rehenes pasó unos días en la guarnición militar, y ante su situación de hambre y enfermedad fue trasladada al internado, donde se les suministraron antibióticos y comida de monte, y donde su estado de salud mejoró poco a poco. Allí los vistieron y los llevaron a misa, aun cuando no lograron comunicarse con ellos. Bergès afirma que los caraballos fueron bautizados, lo que los capuchinos niegan. Los curas en algún momento dijeron, “nosotros no tenemos ninguna razón para ayudar al periodista, nosotros tenemos otros proyectos con esa familia”.

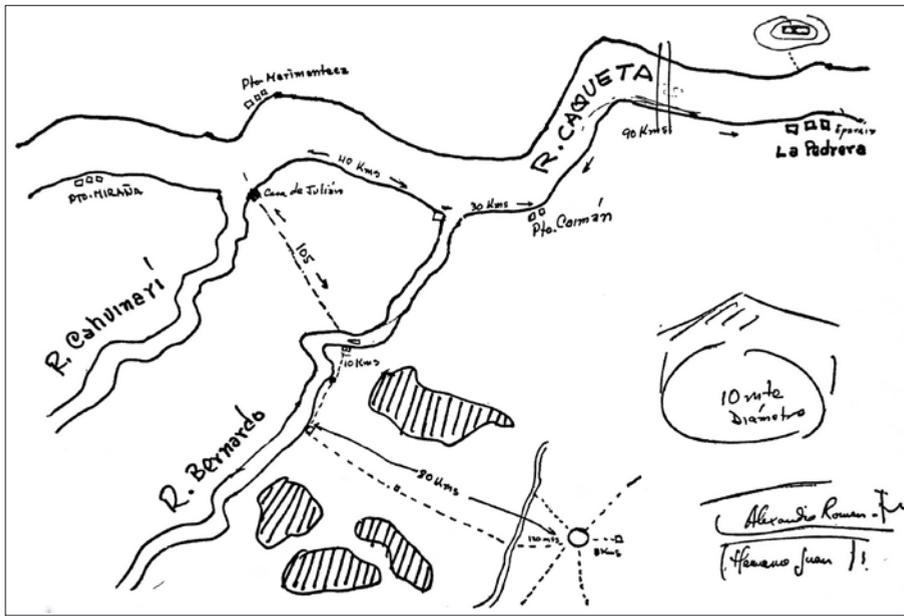
consideraba que, en términos legales, los caraballos eran prisioneros, contraviniendo la carta de derechos humanos de la Organización de las Naciones Unidas (ONU).

Por fin, el pueblo condicionó el regreso de la familia a que el jefe del grupo de los caraballo expresara de forma clara su deseo de volver con Bergès a la maloca. Para ganarse la confianza del hombre apodado Caraballo y su familia, este utilizó dibujos, tarareaba *Strangers in the Night* de Frank Sinatra, se afeitaba cuidadosamente y mantenía siempre su cámara colgada del pecho, en un intento por diferenciarse del resto de la población que interactuaba con ellos. Tras lograr mediante signos y dibujos la aprobación de los caraballos, organizaron la expedición y un motorista, dos acompañantes indígenas de la etnia tanimuca y un profesor del internado se embarcaron con los seis miembros de la familia indígena hacia el río Bernardo. Una vez en el campamento del río Bernardo, caminaron dos días por el camino de Julián Gil. El 11 de julio de 1969, el grupo llegó a un espacio abierto en la selva, en donde la tierra estaba removida y gruesas ramas se extendían encima. Bergès dedujo que allí habían sido enterradas las cinco personas que mataron los de la expedición de rescate, pues *Caraballo* y su familia se pusieron a llorar de rodillas con quejidos que Bergès describió como “llanto ritual”. *Caraballo* procedió entonces a insultarlo y le lanzó una mirada que lo aterró. Llantos e insultos se sucedieron, por lo que los miembros de la expedición palidieron y siguieron por el camino con un miedo terrible. Pasaron entonces una quebrada más grande que las anteriores y llegaron a un segundo claro, la chagra (Bergès, 1970: 148).

Los pocos apuntes etnográficos de Bergès al llegar a la maloca y su área circundante se limitan a mencionar que había plátano, chontaduro, ñame, “papas salvajes”, pero no había yuca (Bergès, 1970: 151). Sobre la maloca escribió: “La maloca está vacía. Abandonada. Telarañas por todas partes. Nos parece inmensa, redonda. Es una catedral de madera de 12 a 15 metros de alto, de dos aguas, y abierta en todo su perímetro. Debe tener entre 20 y 25 metros de diámetro. El techo de palma tejida desciende hasta metro y medio del suelo”. Tenía catorce estantillos en los bordes, nueve centrales y seis fogones. Al entrar a la maloca, *Caraballo* y su familia lloraron de nuevo y le dieron una vuelta, cogidos de los hombros, llorando, reconociéndolo todo. Comieron chontaduros cocinados y plátanos a la brasa.

Las ollas de cerámica que había en su interior estaban pintadas de ocre, con motivos regulares similares a las escamas de las tortugas. El francés

MAPA 2. MAPA ESQUEMÁTICO POR EL MAYOR FUENTES Y EL SARGENTO ROJAS DE LA RUTA A LA MALOCA DE LOS CARABALLOS



Fuente: Yves-Guy Bergès. 1970. *La Lune est en Amazonie*. Editions Albin Michel. Paris, p. 135.

observó dos piedras de sílex para hacer fuego, un pilón para hacer coca y un manguaré. Todos los implementos de madera habían sido “tallados con hachas de piedra” (Bergès, 1970: 155). De la maloca salían caminos en todas las direcciones.

Bergès intentó convencer a *Caraballo* de acompañarlo por los caminos donde estaba el resto de su gente, a lo que este se opuso furioso. Tras una noche de terror, la comitiva de Bergès se devolvió por el camino al río Bernardo. Como el reportaje ya no sería tan espectacular como pretendía, se excusó diciendo que en unos pocos días “no podía superar cinco siglos de hostilidades y masacres” (Bergès, 1970: 161). El 19 de julio de ese 1969 el primer hombre caminó sobre la Luna, por lo que su reportaje fue eclipsado.

Casi diez años después de la aventura de Bergès, en 1978, el periodista Germán Castro Caycedo publicó su libro *Perdido en el Amazonas*, en el que relata con detalle, a partir de testimonios de Efraín Gil, Valois Rojas y Alejandro Román principalmente, la historia del aventurero colombiano Julián Gil, quien se estableció en la boca del Cahuinari hacia el año de 1966,

en el sitio de la actual sede del parque nacional Cahuinarí, para comerciar pieles y caucho. Al enterarse de que al sur del río Bernardo había una tribu aislada, decidió emprender su conquista y adueñarse de los indios. Con el apoyo económico de la comisaría del Amazonas y debido a que las autoridades del Brasil en la boca del río Puré decomisaban las pieles colombianas que bajaban por el mismo, emprendió la labor de construir una trocha desde el Cahuinarí hasta el Puré. Además, en esa época los animales ya se estaban acabando y era necesario cazar en nuevos territorios.

Tanto Julián Gil como su hermano Efraín sabían que “del Bernardo para adentro había una zona vedada, a la cual no entraban ni los mismos indígenas de la región” (Castro Caycedo, 1978: 183). Se decía que un par de cazadores que habían entrado a la zona nunca más salieron. Pero Julián estaba empeinado, a pesar de que su hermano le decía que “todas las tribus circunvecinas concuerdan en decir que no se internan allá porque *hay indio bravo que come gente*”.

Julián calculaba que con cincuenta indios que le debían mercancías avanzadas por el sistema del endeude, en cinco años haría una trocha de 200 kilómetros⁴, desde la boca del Cahuinarí, pasando por el Bernardo y llegando al río Puré. Para finales de 1968 los hermanos Gil Torres habrían gastado 250.000 pesos en un camino de 90 kilómetros entre la selva, camino en el que se encontraron con la tribu de indios bravos. A mediados de enero de 1969, Julián, Alberto Miraña o *Borrachito* y Alejandro Román se emboscaron cerca de la maloca que estaba de fiesta.

Román contaba que diez kilómetros al sur del río Bernardo comenzaba el terreno ondulado, consistente en lomas altas y en los bajo chuquiales o cananguchales o lagunas bajas. Después de dos meses y medio tratando de hacer camino tumbando árboles para pasar los bajos, se hallaron ya en terreno seco, “y fue cuando encontramos camino trillado, camino viejo en plena selva, y después niños jugando...” (Castro Caycedo, 1978: 186).

Efraín Gil, quien hizo parte de la comisión oficial para rescatar a su hermano Julián, dice que “unos cinco kilómetros después del Bernardo empezaron las colinas. Iniciamos la trepada, luego el descenso...”. Calculó que caminaron 25 kilómetros y en el último “la selva se fue abriendo de manera que estaban solamente los árboles grandes, sin arbustos, enredaderas o bejucos... Era una selva limpia, boscosa y se podía caminar sin agacharse, sin dar rodeos, sin sacar el machete para romper...” (Castro Caycedo, 1978: 210-211).

Según Jácome Cabrera, uno de los patrones de La Pedrera, “después de medio día de camino encontramos ramas partidas y el camino tapado con ramas, tal vez para que quien saliera corriendo cayera allí enredado y fuera apresado” (Castro Caycedo, 1978: 210). Los indios bravos habían puesto trampas consistentes en huecos con “estacas muy afiladas untadas de curare enterradas y todo cubierto de hojas como camuflaje”, y el camino se encontraba obstruido con “barreras de hojas de palma recientemente cortadas y por varas colocadas en forma de equis, que cerraban el camino” (Castro Caycedo, 1978: 28, 30).

Efraín Gil afirma que la maloca no tenía paredes,

el techo muy alto, semiredondo y las pilastras o postes no tenía menos de quince metros... Tenía dieciocho pasos largos de punta a punta... conté diez fogones apagados y algunas ollas de barro; recostada contra una de las vigas hallé una lanza de seis metros de larga, tan gruesa como una de mis piernas y bien afilada en la punta... (Castro Caycedo, 1978: 221).

También encontró cerbatanas de cuatro metros de largo.

Valois Rojas, por su parte, calculó que la maloca debía estar habitada desde hacía por lo menos cincuenta o cien años, “porque los caminos estaban muy trillados. Caminos de un metro a dos metros de ancho, ya hundidos por el tránsito...” (Castro Caycedo, 1978: 223).

Encontró además montones de huesos de animales y poca agricultura:

no son tampoco buenos agricultores porque sólo vi chontaduro y plátano. Nada más que eso, ni yuca, ni ají. Nada... En otros rincones hallamos una gran cantidad de trampas para coger animales de monte, hechas de chonta y cosidas con chambira a base de tejidos muy finos, simétricos, casi perfectos. La mayoría eran tubos largos parecidos a una botella de cerveza pero más grandes, especiales para agarrar armadillos... había garras de tigre ahumadas y muchísimos colmillos de cerrillo, puntiagudos y cortantes, encabados en mangos de breo... En la maloca había también unos palos o bastones para los bailes... A la maloca llegaban cuatro grandes trochas o caminos... (Castro Caycedo, 1978: 224).

Al explorar estos caminos, los miembros de una de las patrullas compuesta por Elías Macuna y algunos indígenas mirañas mataron a cinco indígenas. Otros indios contactados por la patrulla al mando de Hermann Domínguez gritaban “kariba, kariba ñé” (Castro Caycedo, 1978: 234). Un grupo de cuatro niños y una mujer vino con Hermann hasta la maloca. A

estos se sumarían un hombre fuerte y joven que llamarían Caraballo, y más tarde “otro hombre, siete mujeres y once niños” (Ibid.: 236).

Según Valois Rojas, *Caraballo* prendió fuego mediante unas brasitas que llevaba en una bolsita de carguero, “la bolsita va amarrada por fuera con un bejuco muy fino, delgado y artísticamente trabajado. En la parte de abajo tiene un huequito por donde sale permanentemente humo...” (Castro Caycedo, 1978: 238). En la mochila de Caraballo encontraron el hacha de Julián, envuelta en la corteza de un árbol. En otras mochilas había “unas cortezas de palo para cargar a las criaturas, una manotada de tabaco seco y una especie de caracol que utilizan como inhalador”. También encontraron unos dardos pequeños amarrados a una columna de la maloca.

Los indios “estaban desnudos, mujeres, hombres y niños y tenían los cuerpos pintados artísticamente”. Los hombres “llevaban en la cintura una cuerda muy delgada de bejuco, de la cual colgaba una bolsita que les cubría totalmente el órgano sexual” (Castro Caycedo, 1978: 240). Una mujer llevaba unos huesos atravesados en las orejas y a un muchacho un hueso de unos 5 centímetros de largo le atravesaba el tabique nasal. Cuando Efraín Gil excavó una tumba en la maloca pensando encontrar a su hermano, halló “una olla de barro colocada al revés, debajo de la cual apareció la cabeza de un cadáver envuelto en un chinchorro”. El cadáver estaba ahumado.

Alejandro Román cuenta que cuando vieron a los indios, que los mirañas llamaban arojes, “todos tenían palitos atravesados en las orejas y las narices. Palitos tan largos y tan anchos como un lápiz” (Castro Caycedo, 1978: 16). El relato de Alejandro Román es el único de todos los testimonios que trae Castro Caycedo que da una cantidad para calcular la población de este grupo: trescientas personas.

Por último y para complementar los pocos datos sobre la cultura material de los caraballos, el padre Antonio Font señala que en la maloca encontraron unas coronas viejas de plumas de tente, una vasija de cerámica abierta con agujero en el centro, que sonaba como un cuerno, mochilas de cumare, pitos de pepas, hueso y brea, ollas grandes de barro pintadas con tierra blanca y roja, bandejas hechas con hojas de canangucho y tres lanzas enormes de unos cuatro metros y medio de largo. En las mochilas de algunos indígenas los exploradores hallaron hamacas de cumare, sopladores de tabaco con el caracol para guardar el rapé, “un hacha gastadísima de la cual prácticamente sólo quedaba el ojal; reluciente y muy bien cuidada; lo que nos hace sospechar algún contacto remoto con la civilización”, y el hacha nueva de Julián Gil (Font [Fray Juan Berchmans de Felanix], 1969: 1-9).

Pero, ¿quiénes eran estos indígenas descubiertos en las selvas del Puré y Bernardo, de dónde venían y cuál era su identidad cultural, lingüística y étnica? ¿Había más de una tribu en la zona? ¿Son los caraballos los mismos yuris? Tornaremos la vista a los cronistas y viajeros que recorrieron la región desde el siglo XVI hasta comienzos del XX en busca de pistas o señales que nos permitan determinar la identidad y la procedencia de este grupo desconocido.

NOTAS

- 1 *El Tiempo*, 22 de marzo de 1969; 25 de marzo de 1969; 28 de marzo de 1969; 29 de marzo de 1969; 30 de marzo de 1969; 2 de abril de 1969; 3 de abril de 1969; 11 de abril de 1969; 24 de abril de 1969; 4 de mayo de 1969; 19 de mayo de 1969; 21 de mayo de 1969; 25 de mayo de 1969; 25 de junio de 1969; 19 de julio de 1969; 4 de enero de 1970.
El Espectador, 20 de marzo de 1969; 21 de marzo de 1969; 27 de marzo de 1969; 29 de marzo de 1969; 1 de abril de 1969; 2 de abril de 1969; 3 de abril de 1969; 5 de mayo de 1969; 22 de mayo de 1969; 3 de agosto de 1969.
- 2 El término cariba parece ser antiguo y otros grupos indígenas como los yucunas, de habla arawak, y los ufaina o tanimuca, de habla tucano oriental, también lo utilizan para referirse a los blancos. Existe una relación entre el término caribe y caníbal. La gente del río Mirití identificó a los primeros blancos que entraron a su territorio como comegente, caníbales.
- 3 El título original en inglés es “Stone age tribe found; colombians use strange tongue”.
- 4 De la boca del Cahuinari al río Puré hay sólo unos 70 kilómetros en línea recta.

Capítulo 2

CACIQUES DEL RÍO AMAZONAS

Por varias razones que se harán evidentes a lo largo de la exposición, tuve la sospecha de que los yuris y otros pueblos indígenas de la región eran los descendientes de los poderosos cacicazgos que dominaron el curso medio del río Amazonas desde tiempos prehispánicos. Fue así como emprendí la tarea de leer minuciosamente las crónicas y los relatos de la época de la conquista y la consecuente colonización, en busca de elementos de juicio que permitieran comprobar esta aseveración.

La zona de *várzea* del río Amazonas es la región más rica en recursos naturales de toda la cuenca, debido a diversos factores, entre los que se encuentran el aporte anual de sedimentos fértiles en los suelos inundables y la mezcla de aguas blancas y negras que dan origen a una gran riqueza hidrobiológica, representada por infinidad de peces diferentes, por mamíferos como delfines y manatíes y diversos reptiles entre los que se destacan los caimanes y babillas, la gran tortuga de río o charapa y otra tortuga menor conocida como taricaya. En este ecosistema ribereño se desarrollaron sociedades complejas, con estratificación social y especialización del trabajo: chamanismo, alfarería, agricultura, conservación de alimentos, comercio intertribal. Sociedades clasificadas como cacicazgos, en contraposición a las sociedades tribales de la tierra firme, que son igualitarias y en las que no existe acumulación. Las sociedades de la *várzea* eran las dueñas del gran río debido a su poderío para la guerra y a su alta densidad de población.

Sin embargo, y paradójicamente, fueron los cacicazgos de la *várzea*, como los tupinambas, omaguas, yurimaguas, aisuares e ibanomas, los que primero sucumbieron ante la colonización española y portuguesa, debido a su localización en las riberas del gran río, mucho más accesibles y vulnerables. Allí recibieron el primer y letal impacto.

Este impacto se manifestó en el desplazamiento de pueblos, nuevas enfermedades y epidemias, la esclavitud y la guerra. A comienzos del siglo XVIII estos grupos habrían desaparecido, sea por su extinción física o por el cambio cultural. Este libro muestra que a pesar de la virtual extinción de estos cacicazgos, algunos pueblos o partes de los mismos lograron sobrevivir, ya no en la *várzea* sino en tierra firme y en condiciones muy diferentes a las que tuvieron en el XVI.

Las dos principales expediciones españolas que recorrieron todo el curso del Amazonas durante ese siglo fueron la de Orellana, en 1540, y la de Ursúa y Aguirre, en 1560. Sin embargo, los datos etnográficos, lingüísticos y territoriales de sus cronistas son bastante pobres y los nombres de las provincias que mencionan confusos. La precariedad de las crónicas de la época se debe, en buena medida, a que fueron aventuras en condiciones muy difíciles en las que la vida de los expedicionarios corría peligro todo el tiempo.

El primer viajero, Francisco de Orellana, se desprendió en 1540 de Gonzalo Pizarro, hermano del conquistador de los incas, en cercanías de la boca del río Coca en el Napo, y durante siete meses descendió con sus acompañantes en condiciones desesperadas de abastecimiento de comida, razón por la cual con excepción de algunos grupos que los atendieron sin recelo, debieron combatir con multitud de indios por largos trechos del río, y solo arrimaban a sus orillas cuando veían la posibilidad de tomarse algún pueblo y robarse la comida que encontrarán: yuca, plátanos, tortugas, pescados. Fue una expedición de piratería más que de descubrimiento y conquista, y los arcabuces y ballestas, las armas más avanzadas de la época, sirvieron a los viajeros para sobrevivir.

Gaspar de Carvajal, el cronista de la jornada, padre dominico que quedó tuerto por un flechazo propinado por los indios durante la expedición, menciona los siguientes sitios en el curso del río Amazonas que nos interesa, entre el Napo y la boca del río Negro: Aparia, Machiparo, Oniguayal, Omagua y Paguana.

En Aparia, que se extendía ochenta leguas, fueron bien recibidos y construyeron un bergantín. Después estaba Machiparo, en donde se hablaba una sola lengua y que tenía más de ochenta leguas de extensión. Dicha provincia estaba muy poblada, pues vieron sectores de río con cinco leguas continuas de casas. Los indios les salieron a hacer la guerra en canoas “y con sus pavecés (escudos), que son de conchas de lagartos y de cueros de manatís y de dantas, tan altos como un hombre, por que todos los cubren. Traían muy grande grita, tocando muchos atambores y trompetas de palo”. Los españoles se tomaron un pueblo y en él encontraron “gran cantidad de comida, así de tortugas en corrales y alberques (*sic*) de agua, mucha carne y pescado y bizcocho, y esto en tanta abundancia...” (Carvajal, MCMXLII: 16, 17). Más abajo se hallaron con que “andaban entre esa gente y canoas de guerra cuatro o cinco hechiceros, todos encalados y las bocas llenas de cenizas, que echaban al aire; en las manos unos guisopos, con los cuales andaban echando agua por el río a manera de

hechizos” (Ibid.: 21). Es probable que estas cenizas fueran en realidad coca en polvo o ipadú.

La tercera provincia era la de Oniguayal, en donde los españoles se tomaron el pueblo fuerte en un alto sobre el río. “Había muchos caminos que entraban la tierra adentro, muy reales”. Allí estuvieron tres días y continuaron bajando hasta encontrar un río “muy poderoso a la mano derecha”, tal vez el río Purus, en donde estaba la provincia de Omagua, de cien leguas de extensión y muy poblada. Los indios les hicieron la guerra de tal forma que no podían arrimar a las orillas hasta que decidieron tomarse un pueblo, en donde encontraron

mucha loza de diversas hechuras, así de tinajas como de cántaros muy grandes de más de veinte y cinco arrobas, y otras vasijas pequeñas como platos y escudillas y candeleros de esta loza de la mejor que se ha visto en el mundo... porque es toda vidriada y esmaltada, de todas (*sic*) colores y tan vivas que espantan y demás de esto los dibujos y pinturas.

Carvajal cuenta más adelante que en una casa encontraron

dos ídolos tejidos de pluma de diversa manera, que ponían espanto, y eran de estatura de gigante y tenían en los brazos metidos en los molledos unas ruedas a manera de arandelas, y lo mismo tenían en las pantorrillas junto a las rodillas: tenían las orejas oradadas y muy grandes... (Carvajal, MCMXLII: 23).

La siguiente provincia era la de Paguana, donde fueron bien recibidos por los indios, quienes les dieron comida. La tierra era muy alegre y vistosa y había gran abundancia de alimentos. Después de Paguana pasaron por otra provincia, cuyo nombre no pudieron conocer por no permitirlo el estado de guerra. Estaba habitada por gente muy belicosa que tenía “sus paveces de palo y defienden sus personas muy como hombres” (Carvajal, MCMXLII: 24, 25)¹. A continuación llegaron a “una boca de otro río grande a la mano siniestra, que entraba en el que nosotros navegábamos, el agua del cual era negra como tinta, y por esto le pusimos el nombre de río Negro” (Ibid.: 25). Hasta aquí nos interesa el relato de Carvajal.

Al analizar su crónica, el estudioso brasileiro Antonio Porro advierte que la provincia que denominó omagua no corresponde con el grupo de habla tupí de este nombre que vivía por ese tiempo aguas arriba, tal vez en Aparia. Los omaguas de Carvajal corresponden a los yorimanes de Acuña un siglo después, como veremos más adelante (Porro, 1995). Carvajal no menciona la deformación craneana de los grupos que por su ubicación

geográfica coinciden con el territorio de los omaguas del siglo XVII, y en su crónica tampoco hace referencia a la existencia de tatuaje facial, lo que nos habría ayudado a probar la hipótesis del parentesco de los cacicazgos del Amazonas con los yuris, jumanas y passés del siglo XVIII.

Dada la situación desesperada de los españoles que acompañaban a Orellana, pues tenían que robar para comer y vivían en casi continua guerra, lo que veían de los indios era gente pintada de rojo y negro, con armas de madera y cañas, que se adornaban con plumas, horadaban las orejas o las aletas de las narices y ponían allí conchas o cañas o palos de diversas clases o pedazos de flechas, que se tatuaban la boca y pintaban los tatuajes, cuyo cuerpo tenían pintado de diversas maneras, unos vestidos y otros desnudos, y algunos con las cabezas raras. En ese paisaje humano abigarrado y complejo, colorido y feroz, el cronista no pudo llegar a detallar los diversos grupos indígenas por sus distintivos tribales.

Veinte años después, en 1560, la expedición de Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre bajó por el río Huallaga hasta el Marañón, y desde allí por todo el curso del Amazonas. Los detalles de la jornada se refieren principalmente a los conflictos entre los mismos españoles expedicionarios, con asesinatos y crueldades. La versión de uno de los soldados que estuvo en la expedición aporta algunos datos de interés para este trabajo (Vázquez, 1993). Abajo del río de la Canela o Napo encontraron las provincias de Carari y de Manicari, donde cambiaron objetos por comida, aun cuando muchos de los pueblos estaban vacíos por miedo de los españoles. Los indígenas estaban vestidos, usaban pequeñas joyas de oro y había gran abundancia de comida. La provincia se extendía por ciento cincuenta leguas. Después pasaron por terrenos despoblados durante nueve días hasta llegar a la provincia de Machefaro, de gente desnuda. Sus armas eran la estólica o tiradera, mantenían guerra con sus vecinos y sus casas eran redondas y estaban cubiertas de palma hasta el suelo. Tenían un pueblo grande sobre una barranca alta del río, donde se aposentaron los españoles. En el pueblo había más de seis mil tortugas encorraladas, gran cantidad de maíz en las casas y muchas sementeras con “yuca brava y otras comidas”. En el siguiente pueblo que encontraron algunos expedicionarios mataron al gobernador de la expedición, Pedro de Ursúa.

Posteriormente pasaron por una región en la que las casas eran cuadradas y en donde encontraron el pueblo más grande que hasta allí hubieran visto, pues tenía más de dos leguas de largo. “Los indios se habían huido del pueblo y nos habían dejado las casas con infinitas comidas de maíz; y

estos indios andan desnudos del todo, tienen las mismas armas de los de arriba; sus casas son cuadradas”. Encontraron tinajas que podían contener veinte arrobas, en donde hacían sus bebidas. “Después que nos aposentamos en este pueblo, nos vinieron los indios de paz y se nos mostraron muy familiares y rescataron con nosotros gran cantidad de pescado, tortugas y puercos de monte y algunos manatíes y otras cosas, y aún se alquileron para moler maíz y otras obras” (Vázquez, 1993: 186, 187). Cuando los españoles apresaban algún indio por estar robando, “venían a rescatar los presos con manatíes y tortugas”. Este último grupo correspondería, por su ubicación geográfica, con los omaguas de Carvajal y los yorimanes de Acuña.

Como puede verse por estas descripciones del río Amazonas en su sector medio, que los brasileiros conocen como Solimões, había mucha abundancia, representada por tortugas, peces y manatíes, y cazabe y maíz en grandes cantidades. Los pueblos eran muy grandes y anchos caminos se adentraban a la tierra firme. Eran pueblos guerreros, alfareros con una cerámica muy elaborada y tenían sacerdotes o chamanes.

Casi un siglo después, cuando las coronas de España y Portugal se encontraban unidas bajo el cetro de Felipe IV (1580-1640), llegaron a Belén de Pará dos curas franciscanos, fray Andrés de Toledo y fray Domingo de Brieva, quienes venían derrotados de su intento por evangelizar a los pueblos de los encabellados del río Putumayo, razón por la cual descendieron río abajo. En vista de esta circunstancia, los portugueses decidieron enviar una gran expedición aguas arriba hasta Quito, al mando del capitán Pedro Texeira, expedición que estuvo compuesta por cuarenta y siete canoas en las que iban sesenta soldados y mil doscientos indígenas. Esta fue la tercera gran expedición que viajó por el río Amazonas, y desde entonces los portugueses iniciaron su penetración del sector medio del río-mar, despoblando sus riberas.

En el viaje de bajada desde Quito, la expedición de Texeira estuvo acompañada por el padre jesuita Cristóbal de Acuña, quien escribió su *Nuevo Descubrimiento del río de las Amazonas* (Acuña, 1942), sin duda la versión más rica y fidedigna de las que se escribieron en esa época. Con base en el viaje de Texeira, los portugueses arguyeron sus pretensiones territoriales sobre el gran río, llegando a sugerir una frontera con el imperio español en la boca del río Aguarico, en el Napo.

Acuña menciona la gran cantidad de islas del río Amazonas y su asombrosa fertilidad, por el aporte anual de limos del río, que permitía sembrar continuamente sin pérdida de riquezas. Señala que cuando comenzaba a

crecer el río cogían la yuca madura y la enterraban en “silos hondos”, de donde la sacaban al bajar el río, y con la cual hacían cazabe. Hacían sus vinos (chicha) con el cazabe y con otras frutas, y

guardan estos vinos, unos en tinajas muy grandes de barro, como las de nuestra España; otros en pipas pequeñas que labran de una pieza, de socavados trancos (*sic*, ¿trancos?), y otros en vasijas grandes que tejen de yerbas, dándoles por dentro y fuera tal betún, que no se les pierde gota de licor que en ellas recogen (Acuña, 1942: 39).

Cazaban manatíes con arpones que hacían de conchas y hacían sal con las cenizas de ciertas palmas. Pescaban con flechas o utilizaban el timbó (barbasco). Cada familia tenía canoas hechas de cedro a partir de troncos que el río traía en las crecientes. En el tiempo de verano o aguas bajas guardaban en corrales miles de tortugas para tener comida todo el año. Acuña destaca que el río tenía otras riquezas como las maderas, el cacao, el tabaco, que vio cultivado por los indios, el algodón, el urucú (tintura roja), la pita y la zarzaparrilla.

Entre los instrumentos utilizados por los indios menciona la estólica como arma de caza y de guerra, y la existencia del veneno para las flechas. Tenían escudos de cuero de manatí, caimán o danta, y elaboraban herramientas como hachas fabricadas a partir del plastrón² de las tortugas, y azuelas con el mismo material encabado en la mandíbula del manatí. Vio también hachas de piedra bien adelgazadas “y más en breve que con las otras de tortuga, cortan cualquier árbol, por grueso que sea” (Acuña, 1942: 56). Adoraban ídolos propiciatorios de la pesca, la guerra y la agricultura, y tenían hechiceros con una casa especial para su actividad, donde guardaban los huesos de los hechiceros muertos. Tenían rituales fúnebres en los que lloraban y se emborrachaban.

Se refiere a los omaguas o aguas, que vivían entre los ríos Napo y Caquetá, y aguas abajo hace referencia a la provincia de los curuziraris (aisuares), más abajo del río Juruá, en una zona muy poblada, en donde hacían de barro “tinajas, ollas, hornos en que cuecen sus harinas. Cazuelas, jarros, lebrillos y hasta sartenes bien formadas” (Acuña, 1942: 77), con las cuales comerciaban. Los portugueses llamaron una de sus aldeas la “aldea del Oro”, pues algunos indios lo usaban en las narices u orejas. Para llegar al río del Oro era necesario entrar por la banda norte del río Amazonas, “por el río Yurupazí, y de allí se pasaba al Yupurá, y que por este se entra al Yquiarí, que es el río del Oro, donde de pie de una sierra que allí está, lo sacan los naturales en gran cantidad”. Los indios llamaban *yuma* al oro y a todos los

metales. El río del Oro podría ser el Taraira, donde en 1985 fue descubierto oro en grandes cantidades y a ras de tierra.

Río abajo se situaba la provincia de Yorimán, “la más nombrada y belicosa nación de todo el río de las Amazonas”, que se extendía por sesenta leguas con población muy densa:

en ninguna parte vimos juntos más bárbaros que en ella. Son comúnmente más bien agestados, y de mejores talles que los otros; andan desnudos como ellos, y se echa de ver que fian de su valor, pues con gran seguridad entraban y salían entre los nuestros, viniendo cada día al Real más de doscientas canoas cargadas de niños y mujeres, con frutas, pescados, harinas y otras cosas, que con abalorios, agujas y cuchillos se les rescataban (Acuña, 1942: 81-82).

Los expedicionarios vieron un pueblo de más de una legua de largo en cuyas casas vivían varias familias. Los yorimán “eran respetados y temidos por los demás”. Los yorimanes vivían en las islas y riberas del río Amazonas entre los ríos Coarí y Purus, y ya desde esa época estuvieron sujetos a que los portugueses subieran por el río capturando esclavos para llevarlos aguas abajo a sus pueblos y ciudades. Esto era lo que llamaban los *descimentos*.

La versión portuguesa del viaje de Texeira fue escrita en 1662 por Mauricio de Heriarte (1874). En su texto menciona que arriba del río Negro se llegaba a la provincia de los agoas³, con una extensión de sesenta leguas, muy poblada, con muchos alimentos y en donde los indígenas “carecían de herramientas de hierro por estar muy apartados de los portugueses”. Hacían sus sembrados en las orillas del río cuando estaba bajo y en cuatro o seis meses cosechaban la yuca (Heriarte, 1874: 47, 48). Los indios hacían sal con una hierba llamada *capinasú*, la cual vendían en otras comarcas. No dormían en hamacas sino en camas de paja. La siguiente provincia era la de los sorimões, con unas treinta leguas de extensión. También estaba muy poblada y en ella había mucha comida, y “los naturales tienen un ingenio muy agudo y son muy curiosos labrando objetos de madera, con herramientas de piedra y huesos de animales”. Tenían sombreros hechos de palma y andaban desnudos (Heriarte, 1874: 50).

Después de la provincia de los sorimões estaba la de los carapunas, quienes sembraban mucho algodón y hacían mucha losa de barro que vendían en otras partes. Eran idólatras, pues tenían “ídolos hechos de madera, grandes y pequeños, los cuales llaman Tururucari” (Heriarte, 1874: 52).

A continuación venía la provincia de los cambebas, nombre dado por los portugueses a los omaguas, por llevar las cabezas chatas, y cuyos pueblos estaban situados en las barrancas altas del río, fortificados con estacas. Se vestían con ropas de algodón y usaban tabaco. Dominaban a los pueblos del interior (Heriarte, 1874: 53-56). Tenían trompetas de caña y un tambor de madera con huecos pequeños que hacían sonar con palos cubiertos de resina (¿el manguaré?).

Por su lado, el cura franciscano Laureano de la Cruz, tras una permanencia de varios años entre los omaguas abajo de la boca del Napo, el 15 de octubre de 1650 se embarcó aguas abajo parando en algunos poblados omagua, y pasó el río Putumayo que “los indios llaman Iza”. Después cruzó el Jutac, actual Jutahí, todavía en los últimos pueblos de los omaguas, donde tuvo noticias de que los portugueses andaban cerca de allí buscando oro. En efecto, este fue uno de los incentivos de los portugueses para explorar la cuenca y a esto se debió, en buena medida, su expansión territorial.

La expedición pasó después el río Jurva, actual Juruá, y encontró la provincia de los aisuares, con ochenta leguas de largo, quienes tenían sus casas en los barrancos altos y sus sementeras en las islas. Los indígenas hacían ollas y cántaros de barro y tenían totumas que intercambiaban con otros grupos. A continuación pasaron el río Tapí, tal vez el Tefé, y más abajo, en la banda norte, en el río Aragatupa, encontraron un pueblo de cuarenta casas de los indios jaguanais. En este punto de su relato el franciscano dice, “aquí se nos acabó la lengua y no se pudo de aquí en adelante hablar a los indios ni entenderlos” (Cruz, 1993: 299). Esto es muy interesante, pues quiere decir que hasta allí se hablaba la lengua tupí, lo que coincide además con lo planteado por el padre Fritz, que veremos más adelante, de que el omagua y yurimagua eran lenguas diferentes.

Más adelante, río abajo, entraron en la provincia de Jorimán, de sesenta leguas de larga, cuyos pueblos tenían entre veinte y veinticuatro casas cada uno y cuyos pobladores vivían desnudos. “Venían a vernos cargados de armas, que son unas flechas que tiran con una sola mano y con un instrumento que llaman Palleta, de madera; no llegamos a sus casas porque en su proceder echamos de ver su mala intención...”. Esta provincia “es la de más gente y más atrevida que vimos...” (Cruz, 1993: 296-299).

Unos cuarenta años después del viaje de Acuña, en las últimas dos décadas del siglo XVII, el padre Samuel Fritz, originario de Bohemia⁴, estableció misiones jesuitas españolas en el sector del río Amazonas que nos interesa, entre Tabatinga, que todavía no existía, y la boca del río Negro. Fundó

decenas de pueblos con los omaguas, yurimaguas, aisuares e ibanomas. De Fritz tenemos su diario, que incluye su viaje desde San Joaquín de Omaguas, en el Marañón peruano, hasta Belén de Pará, y vuelta, entre 1689 y 1691, y su famoso mapa del Amazonas, que sirvió a todos los cartógrafos posteriores.

Cuenta Fritz que el año de 1689 fue de una gran creciente y que el pueblo de misión Nuestra Señora de las Nieves de Yurimaguas, localizado cerca de la boca más occidental del Japurá, se inundó. Los yurimaguas y sus vecinos, los aisuares, tenían lenguas diferentes pero las mismas costumbres. Vivían desnudos, se alimentaban de cazabe y fariña y vendían cuyas o totumas (pilches) pintadas por sus mujeres. Fritz dice que

antiguamente los Yurimaguas han sido muy belicosos y señores casi de todo el río de Amazonas, y las mujeres de ellos “según tuve noticia”, pelearon con flechas tan valerosamente como los indios... Pero ahora están muy acobardados y consumidos por las guerras y cautiverios que han padecido y padecen de los vecinos de Pará. Sus aldeas eran de una legua y más de largo, de caserías (*sic*); pero después que se vieron perseguidos, se retiraron muchos a otras tierras y ríos para estar algo más seguros (Fritz, 1997: 80).

Esta descripción de Fritz es bastante interesante, primero, por mostrar el grado de vulnerabilidad en que se encontraban los yurimaguas, y, segundo, porque nos abre la posibilidad de que hayan sobrevivido retirados en otras tierras. Su supervivencia hasta la actualidad sería de la mayor importancia.

Fritz cuenta que en este pueblo de los yurimaguas acostumbraban hacer una borrachera, y que

tocan un flautón, que me causó tal susto, que no pude sufrir su tono; mandé dejasen de tocar aquella flauta; pregunté que era aquello, y me respondieron que desa manera tocaban y llamaban a Guaricana, que era el diablo, que desde el tiempo de sus antepasados visiblemente venía y asistía en sus pueblos y le hacían siempre su casa apartada del pueblo dentro del monte y allí le llevaba bebidas y los enfermos para que los sanase.

Mativa, el curaca o jefe de los yurimaguas del pueblo de Nuestra Señora de las Nieves, contaba que Guaricana era horrible y espantaba a todas las mujeres y niños, y que entonces tomaba un “azote... de una correa del pelleco (*sic*) de Vaca marina, y nos azotaba en el pecho hasta sacarnos mucha sangre... Hacíamos esto, dicen, para hacernos valientes. Las figuras que tomaba era de tigre, puerco y de otras bestias; ya se hacía gigante, ya enano” (Fritz, 1997: 81). Esta misma costumbre la tenían los aisuares, que llamaban solimõens. Mativa le dijo al cura que desde el que llegó y puso

la cruz, Guaricana ya no quería venir al pueblo, y que por eso ahora ellos esperaban que Fritz sanase los enfermos rezando el Evangelio⁵.

En una ocasión al pueblo de los yurimaguas llegaron diez canoas de indios manaves (manaos), del río Negro, a comerciar. Sus tierras quedaban en el Yuruebtss (Yurubaxi), adonde se llegaba por el río Japurá. El comercio tradicional de los manaves “con los aisuares, ibanomas e yurimaguas, son unas planchitas de oro, bermellón (carayurú), ralladeros de yuca, hamacas de cachibanco, con otros géneros de cestillos y macanas que labran muy curiosas” (Fritz, 1997: 82). A cambio, los yurimaguas daban “tetes o pilches que sus mujeres pintan, vistosos”, y muy seguramente objetos de caracol, finos y pulidos, muy valorados y que intercambiaban por herramientas⁶.

En 1689 el padre Fritz se encontraba mal de salud por lo cual emprendió viaje río abajo con destino a Belén de Pará, puesto que para subir a las misiones del alto río gastaba dos meses. Pasó de largo las rancherías de los aisuares y por sus pueblos de Guayoeni y Quirimatate. Pasó la boca del Juruá y después la del Japurá, y entró al “pueblo de los ibanomas llamado Yoaboni, cuyo curaca es Arimavana”. Después cruzó el pueblo de Guayupé, de ibanomas también. Estuvo en la boca del río Purus, llamado en esa época Cuchivara. En la boca del río Negro se encontró con un cacique “tupinambarana, llamado Cumiarú”, que iba acompañando una tropa de rescate portuguesa (Fritz, 1997: 83), tropas de rescate que capturaban indios como esclavos con la excusa de que iban a ser canibalizados, en ese sentido los rescataban.

El padre Fritz fue retenido durante casi dos años en Belén de Pará por el gobernador Arturo Sa de Meneses, con el argumento de que estaba invadiendo tierras de Portugal. De esta forma, sólo en 1691 consiguió permiso para volver aguas arriba. Llegó entonces al pueblo ibanoma de Yoaboni, que estaba en la boca del Japurá. Pasó los pueblos antes mencionados de los aisuares y por el de Turucuaté (sin gente). Después de cruzar la boca del río Juruá, lo hizo por el pueblo aisuar de Samonaté, para llegar luego al pueblo yurimagua de Guapapaté, estos dos últimos sin gente. Más adelante se encontró con dos indígenas yurimaguas que iban huyendo y decían que “todos estaban huidos en los cercanos pueblos. Porque un indio ibanoma, llamado Manota, cojo y tuerto, los había alborotado diciendo no venía más el Padre, sino los portugueses quemando, cautivando y matando” (Fritz, 1997: 94). Nuestra Señora de las Nieves de los Yurimaguas estaba despoblada y la iglesia quemada. Pasó de vuelta por veinticuatro pueblos omaguas, de treinta y ocho que formó, y por fin llegó a San Joaquín, de donde pasó a La Laguna, cabeza de las misiones jesuitas, en el actual Perú.

En 1695, Fritz bajó de nuevo al pueblo de Yurimaguas, debido a la presencia de portugueses por esos lares, que estaban allí con el fin de comerciar y rescatar cautivos. Se encontró con que ya habían bajado con cacao y algunos esclavos, y que habían amenazado a los yurimaguas y aisuares con que “volverían cuanto antes a llevarlos todos presos por abajo, porque rehusaban darles sus hijos a que los llevaran consigo al Pará, y cautivos que rescatar”. Los indios aducían que no entregaban a sus hijos porque el padre se enojaba, y que cautivos no podían conseguir por cuanto “ya no tenían más enemigos a quien quitárselos, porque yo tenía apuntados en mi libro todos los gentiles de tierra adentro y había hecho paces con todos ellos, prohibiéndolos el hacer guerra” (Fritz, 1997: 110).

De esta forma, los yurimaguas y sus vecinos se encontraron en una situación desesperada por cuanto ya no cautivaban los indios de tierra adentro, cosa que habían hecho desde antes de la llegada de los blancos al Amazonas, pasando a ser ellos mismos los cautivos de las tropas portuguesas de rescate.

Por esta razón, cuando los caciques aisuares e ibanomas llegaron a Nuestra Señora de las Nieves, el padre Fritz les propuso migrar aguas arriba junto con los yurimaguas, a San Joaquín, lejos del alcance de los portugueses. Pero estos argüían que donde vivían “con facilidad y bajo costo se proveen de herramienta inglesa del río Orinoco, porque la compran con unos abalorios que hacen de caracoles, más estimados entre aquellos gentiles que los de vidrio” (Fritz, 1997: 112).

Fritz menciona la existencia de otro pueblo yurimagua llamado Macuaya, cuyo cacique se quejó ante él por la conducta del capitán portugués Antonio de Miranda, su acompañante desde Belén hasta las misiones españolas, quien de bajada entró al Japurá donde mató a uno de sus hijos y se llevó unas mujeres presas para abajo. Los portugueses habían hecho una entrada a otro pueblo de yurimaguas, “cautivando mucha gente; otra a un pueblo de Ibanomas que está junto a una laguna; pero como estos se resistieron apelando al Padre, en fin los soltaron; otra, en fin, a un riacho llamado Cuarí, donde mataron cruelmente sin haber sido ofendidos, muchísima gente y la demás llevaron por esclavos” (Fritz, 1997: 112). Se presume que este grupo de yurimaguas era el último que aun vivía en su territorio tradicional.

En el año de 1696 llegaron a San Joaquín unos enviados del cacique del pueblo de yurimaguas pidiéndole a Fritz que bajase, pues las tropas portuguesas habían subido a cobrar las herramientas entregadas a los indios, las

que debían pagar con esclavos. Debido a que el cacique devolvió las herramientas ya que “el Padre los había prohibido negociación tan injusta”, temían que los llevaran presos al Pará (Fritz, 1997: 114). La situación para estos grupos era crítica porque temían ser esclavizados por los portugueses, y por cuanto los omaguas, a su vez, les decían que los españoles los esclavizarían si migraban aguas arriba (Ibid.: 122).

Sin embargo, en 1700 subieron por el río Amazonas veinticinco canoas yurimaguas, con su curaca Mativa, y se instalaron cerca de la boca del río Napo. Mativa le contó a Fritz que los ibanomas habían matado a un fraile carmelita cuando intentaba llevar para el Pará a las personas de la parcialidad del cacique Aurifarú. Este fraile tenía una canoa grande con muchos grillos (Fritz, 1997: 126). En 1708 subió una partida portuguesa con el padre carmelita fray Antonio Andrade, con once soldados y cien indios, hasta el pueblo de los yurimaguas cerca del río Napo, atacaron sus casas y se llevaron dieciocho familias cautivas aguas abajo (Ibid.: 139). En 1709, el cabo Ignacio Correa subió con una tropa portuguesa expulsando de forma definitiva a los jesuitas de la provincia de Omagua y amenazándolos con expulsarlos también del Napo y el Marañón, arguyendo que esas eran tierras portuguesas desde el tiempo del viaje de Pedro Texeira (Ibid.: 140, 141). Ese mismo año, un grupo de cincuenta familias yurimaguas y algunas aisuares fueron llevadas de Nuestra Señora de las Nieves, a instancias del padre Fritz, y en 1712 conformaron el pueblo de Yurimaguas, en el río Huallaga, cerca de la boca del río Parapapura (Rumrill, Dávila y Barcia, 1985: 45).

Esto es lo poco que sabemos sobre la historia y las culturas de los grandes cacicazgos que habitaban el curso medio del río Amazonas, entre los cuales los yorimanes o yurimaguas son el centro de nuestro interés. Carvajal, Acuña y Fritz nos dejaron un panorama de sociedades complejas y jerarquizadas, con oficios especializados y un manejo adaptado a las cambiantes condiciones del río Amazonas y sus afluentes, en que aprovechaban los recursos naturales con maestría.

He tratado de mostrar que los yorimanes son los posibles antecesores de los yurimaguas, puesto que compartían rasgos culturales, tenían proximidad territorial y eran grandes olleros o ceramistas, comerciantes y guerreros. También sabemos por Fritz que yurimaguas, ibanomas y aisuares compartían elementos culturales aunque se diferenciaban en cuanto a la lengua se refiere. Se sospecha que ibanomas y aisuares hablaban alguna lengua arawak, ininteligible con el yuri, y que los descendientes de estos dos pueblos serían hablantes de lenguas arawak como los passés, jumanas y uainumás.

Con la desaparición de los cacicazgos del río Amazonas debido a la codicia y violencia de los portugueses y españoles de la época, se presentó también la destrucción de su rica base de recursos, como las grandes tortugas de río y los manatíes, y la disminución de la agricultura de *várzea*.

Los conflictos de los indígenas del Solimões y los misioneros al servicio de España con los portugueses cesaron con la expulsión definitiva del padre Fritz a partir de 1710. De aquí en adelante el Solimões se despobló, como ya lo estaba el bajo Amazonas, por los efectos combinados de guerras, esclavitud, enfermedades y desplazamiento territorial. Con los restos de estas poderosas naciones, a lo largo del Solimões fueron naciendo algunos pueblos.

Los yurimaguas sobrevivientes y sus vecinos ibanomas y aisuares se dispersaron por ríos como el Içá, el Japurá, el Juruá y el mismo Solimões, habiéndose asentado en asentamientos dispersos o en los incipientes poblados portugueses. Pero el tiempo de su poderío había pasado. Tan es así que a mediados del siglo XVIII ya no se hablaba de yurimaguas, ibanomas y aisuares, sino de los yurupixunas, que quiere decir bocas negras, que incluían pueblos indígenas como los yuris, passés, uainumás y jumanas de diferentes tradiciones lingüísticas, yuri y arawak. Ya por esa época estos pueblos estaban buscando zonas de refugio en los afluentes de los ríos Puré y Cahuinarí, en zonas alejadas de las rutas de navegación y de los poblados españoles y portugueses.

NOTAS

- 1 Los paveces son escudos.
- 2 El plastrón es la parte del casco de la charapa situada en su parte ventral.
- 3 Estos agoas corresponden a los yorimanes de Acuña.
- 4 Bohemia hace parte hoy en día de la república Checa.
- 5 Poco se sabe sobre la identidad de los aisuares; es posible que sean los mismos passés del siglo XVIII, caso en el cual hablarían una lengua arawak.
- 6 El padre jesuita Juan Rivero menciona que en los Llanos los achaguas estimaban mucho la quiripa. La quiripa se elaboraba a partir de la punta de ciertos caracoles, que servían de moneda en los Llanos y que cambiaban por herramientas, pues estos eran muy apreciados por los indígenas de las bocas del Orinoco. Rivero describe la forma de fabricarla (Rivero, 1956: 160, 161).

Capítulo 3

MIGRACIONES A LOS RÍOS PUTUMAYO Y CAQUETÁ

Aun cuando los españoles fueron los primeros en explorar el río Amazonas, buena parte de las fuentes que describen a los indígenas y sus territorios a partir de comienzos del siglo XVIII son portuguesas, ya que estos, mediante una rápida expansión a lo largo de la cuenca, establecieron los límites de su área de influencia en la región del Yavari y Tabatinga. El incentivo principal para esta empresa fue la búsqueda de oro y esclavos, y como el oro solo se descubrió a comienzos del XVIII en Minas Gerais, el estímulo para continuar la búsqueda y expandir los límites portugueses se mantuvo. Los frailes carmelitas portugueses sustituyeron a los jesuitas entre las bocas de los ríos Putumayo y Negro. De hecho, el río Caquetá, abajo de Araracuara, estuvo bajo influencia brasilera hasta finales del XIX, cuando los primeros caucheros bajaron desde las cordilleras colombianas. La influencia de los padres franciscanos de Quito y Popayán solo se sintió en el bajo Putumayo y en el alto Caquetá.

A continuación veremos de qué modo ocuparon las coronas de España y Portugal el territorio que nos interesa en el siglo XVIII, y los efectos de esta ocupación sobre las poblaciones indígenas, en especial los yuris, jumanas, uainumás y passés. Todo lleva a pensar que estos grupos indígenas descendían de los grandes cacicazgos de los yurimaguas o yorimanes, los aisuares e ibanomas, y que sobrevivieron en los cursos bajos de los ríos Putumayo y Caquetá, en la frontera de la entonces Nueva Granada y el Brasil.

MISIONEROS FRANCISCANOS EN EL PUTUMAYO

El Putumayo es el único río navegable de la Amazonia colombiana: los demás, con excepción de nuestro corto trayecto del Amazonas, están obstruidos por raudales que impidieron e impiden la navegación a vapor o el paso de embarcaciones grandes, como es el caso del Caquetá en el salto de Araracuara, Mapiripán en el río Guaviare, Yuruparí en el Vaupés o Jirijirimo en el Apaporis. De esta forma, en el reparto republicano de la Amazonia el territorio al occidente de los raudales le quedó a Colombia. Como se dijo, el Putumayo no tiene raudales, por lo que desde comienzos del siglo XVII fue recorrido en toda su extensión por curas franciscanos empeñados en evangelizar las numerosas etnias que vivían en sus riberas. Del mismo

modo, cazadores de esclavos portugueses y españoles penetraron sus orillas causando despoblación, guerras y migraciones. Ante esta situación, sus pobladores tendieron a ubicar sus asentamientos selva adentro, lejos de la plaga de mosquitos y zancudos, y de la plaga española y portuguesa que introducía enfermedades y zozobra.

Desde el siglo XVI, en el alto Putumayo-San Miguel se establecieron encomiendas con indígenas que pagaban sus tributos con oro. Aunque esta actividad se prolongó durante varias décadas, la población disminuyó considerablemente; además, las rebeliones de los indígenas andaquíes destruyeron los incipientes pueblos de Mocoa y de Sucumbios.

Solo a finales del XVII los misioneros franciscanos lograron reducir a pueblos de misión a una serie de tribus del río Putumayo, que fueron conocidos como encabellados, grupos que pertenecían a la familia lingüística tucano occidental. De ellos sólo subsisten en Colombia los sionas en el alto río Putumayo y los coreguajes en el Orteguaza. En medio de las tribus de encabellados se destaca la existencia de una tribu zorimán o solimán, tal vez descendientes de los cacicazgos del Solimões (Mantilla, 2000, tomo III, volumen II: 155, 98). En 1711 ya los franciscanos habían logrado establecer siete pueblos de misión (Llanos y Pineda, 1982: 22, 23).

Por esta época, el deán José Fausto de la Cueva contaba cómo los comerciantes de Pasto llegaban a Mocoa y salían al río Caquetá, donde

rescatan todas las piezas de indios e indias que a dicho puerto suben los infieles... y sacándolas a Pasto con poco temor de Dios las venden por esclavos en precios setenta, cincuenta y cien pesos de a ocho reales conforme las piezas, costándoles el rescate de cada pieza una hacha...¹.

Uno de los principales atractivos para que los nativos se redujeran a las misiones eran

las conveniencias que tienen ya reducidos, de herramientas, hachas, machetes, cuchillos, vestuarios, abalorios, etcétera, atrayéndolos estas cosas llevados del interés más que de la palabra divina y evangélica, pero después con la enseñanza continua entran muy bien en la fe de nuestros santos misterios y por esta vía de los donecillos se han convertido (Mantilla, 2000: 103).

Unos años después, en 1721, hubo una rebelión general indígena que llevó a que, de siete pueblos, en el Putumayo solo quedaran dos (Mantilla, 2000: 104). En 1722 las etnias de los ríos Putumayo, San Miguel y Napo eran los "Ayamas... los Yayuaras, los Ocoguazes, los Ciameacos, los Arusaguas, los Masases, los Sensetaguas, los Taumeas, los Sorimanes, los Senseguajes..."².

Dada su gran extensión, de más de 1.800 kilómetros de largo, y las formas de navegación, los padres franciscanos no lograron establecer misiones permanentes más abajo del río Cauca yá, cerca del actual pueblo de Puerto Leguizamo, con una notable excepción, el pueblo de San Joaquín en la boca del Putumayo en el Amazonas, además del pueblo de Santa Ana.

De acuerdo con un documento del Archivo Central del Cauca³, el 2 de mayo de 1754 el padre Antonio de Jesús Paredes llegó a la boca del Putumayo y al año siguiente sacó “ciento cuarenta almas del monte, con grande riesgo de mi vida, por ser una nación nueva que nunca se había descubierto y se llama dicha nación Yumana, gente atrevida que usan de todo género de armas, y de distinta lengua de otras naciones”. Este sería el origen del pueblo misional de San Joaquín, que se llamó *del desemboque*.

En un documento de 1762 se cuenta que los portugueses subían por el río Putumayo a coleccionar cacao y zarza y a llevar indios para el Brasil. El misionero relata las difíciles circunstancias que afrontaba en las poblaciones de San Joaquín y Santa Ana en el bajo Putumayo, conformadas con indios yumanas bocas negras y bocas blancas, murciélagos, yuris y passés. Los portugueses estaban empeñados en expandir el área de influencia lusitana a lo largo del Içá, como llaman al Putumayo.

En una ocasión llegó al pueblo de San Joaquín un soldado portugués, quien abusó de las mujeres indígenas por lo que los indios intentaron matarlo. A los doce días el soldado regresó y amenazó al padre, yéndose luego a donde el negro Juan Antonio estaba cogiendo tortugas y amenazándolo de muerte. Un tiempo después, los indios yumanas se levantaron con su capitán Mauricio contra el padre Antonio e intentaron matarlo, pero los indios murciélagos lo defendieron y “los indios de nación Pazé se retiraron a sus montes sin avisarme... Averiguando el motivo de porque se habían levantado contra mí me refirieron que el indio Mauricio, su capitán, había seguido el consejo de los portugueses”. Además, al pueblo había llegado “una peste de cursos de sangre y catarros y había gente nueva recién salida del monte y dijeron que yo los había muerto por que los tenía bautizados. Los indios huídos de nación Pazé y Yumanas mandaron decir que para el verano volverían al pueblo”, quedando el padre solo con la nación de los murciélagos y algunos yumanas boca negras.

Respecto de la segunda fundación, el pueblo de Santa Ana, cinco días a remo aguas arriba de San Joaquín, “... va muy adelante y pretendo poner quinientas almas en dicho pueblo de una bella gente que son de nación yuris y yumanas boca blancas, quienes tienen hechas muchas rosas y chagras encima del río”.

Pero la situación del padre se estaba volviendo insostenible, por vivir allí sin escolta armada adecuada, enfrentando la amenaza de los portugueses y por la extrema lejanía de su pueblo, por lo cual buscó el apoyo de las misiones de la ciudad de Quito, que tenían "... las conquistas muy adelantadas y que gobiernan y mantienen 30 y tantos pueblos con más de diez mil indios". Pensó que por la vía del Napo se podía surtir de sal y de lienzos. El padre solicitó también un auxilio al virrey de Santa Fe, de "seis hombres y si fuera una docena sería mejor y un misionero, o aunque sea un religioso lego". Y pidió así mismo que le enviaran los presos que hay en la ciudad de Popayán, como "desterrados para estas montañas para que vengan a servirnos y a guardarnos de los portugueses"⁴.

En el padrón de indios del pueblo de San Joaquín, de mayo de 1759, levantado por los padres fray Antonio Alfaro y fray Antonio Paredes, se listan veintiséis indios de la nación murciélagos (al parecer de habla siona), y once indios yumana. Algunos nombres de los yumanas eran: Charetana, Caricua, Mairacire, Cafure, Cohanafaro, Curaparu, Oreme⁵. A pesar de todo, este pueblo subsistió hasta 1766, con un breve resurgir años después. La boca del Putumayo estuvo controlada desde entonces por los portugueses, con el pueblo de San Fernando de Içá, llamado después San Antonio.

El padre franciscano fray Bonifacio de San Agustín Castillo menciona en su informe de 1773 que la banda sur del Putumayo estaba poblada por los encabellados, mientras que la banda norte, más abajo de la nación quiyoyo (¿quitoto?), estaba habitada por las siguientes tribus: zezeguaje, guachiguaje, ocoguaje, maguaje, cabuya, yuri, ochuri, catibio, passé, comatea, chumana, pasiana, guasnana, macaya y mefusié. El cronista cuenta que las casas de los indígenas estaban escondidas monte adentro, a tres días a pie desde el Putumayo, y explica esto por la plaga de mosquitos que infesta este río y para estar más protegidos de sus enemigos (Cuervo, 1894: 265).

Estas naciones eran muy populosas, pues

de cada una de las grandes casas que fabrican los Churies se puede formar un pueblo, pues comúnmente pasan de diez familias sus habitantes. Fabricanlas en sitios dominantes. Son indios guerreros tan prevenidos que no salen de sus casas á diligencia alguna sin empuñar un manajo de dardos, que son sus armas y los arcabuces portugueses. Son también laboriosos pues no dejan de tejer hamacas, beneficiar harinas (como todas las naciones comarcanas) y cocinar su mortal y eficaz veneno y de robar muchachos para mantener su plagiarío comercio con los portugueses (Cuervo, 1894: 266).

Sobre este comercio relata que un negro esclavo de los españoles y otras personas recibían de los portugueses bastones con títulos de sargento o cabo “para la extracción (*sic*) de algunas parcialidades de la Nación Juri...”. Por este tiempo sesenta y tres portugueses subieron veinticuatro días por el Putumayo, “causando grande inquietud en algunas parcialidades de dicha Nación Juri...” (Cuervo, 1894: 262).

De San Agustín Castillo menciona además que en 1767 se estableció el pueblo de Santa María con los yuris, un día aguas arriba de la boca del Mecaya en el Caquetá, sobre la banda sur de este río⁶. La nación yuri o churri habría sido “trasplantada voluntariamente de sus bosques” originarios sobre el Putumayo (Cuervo, 1894: 252). Pero menos de diez años después ya no había yuris en Santa María, “porque el mismo año de (17)74, por el mes de octubre, se fueron a sus bosques después de haber recibido lo que deseaban (que es el socorro) y es lo que frecuentemente están todos haciendo, sin poder uno solo remediarlo” (Mantilla, 2000: 155).

En 1764, dos caciques de la nación yuri, Guayaracare y Amaneyo, salieron al pueblo principal de La Concepción sobre el río Putumayo, “caciques principales y señores de muchas gentes quienes habían sido contactados por un grupo de españoles que habían viajado hasta el Napo a conseguir sal”⁷. En el viaje de regreso, a los españoles les faltó comida cuando estaban a veinte días de la Concepción, por lo que hallando algunos

rastros de gentes, ó poblaciones, arribaron a la orilla y saltando en tierra armados, fueron internándose por aquellas intrincadas montañas, hasta que descubrieron casas; luego que fueron sentidos se alborotaron sus gentes y en breve tiempo se hallaron los nuestros rodeados de gentiles armados no conocidos, y de idioma nunca oído en aquellas misiones. Hicieron los nuestros señas de paz, de que entendidos los bárbaros los llevaron a presencia de los referidos caciques, quienes después de enterados del motivo de su arribo, con generosidad de príncipes los hospedaron, socorrieron, mantuvieron algunos días en sus pueblos y aviaron (Cuervo, 1894: 268).

Los dos caciques yuri, Guayaracare y Amaneyo, manifestaron al padre que querían conocer más de cerca a los cristianos, y fueron hasta Popayán por la vía de La Ceja. Para los habitantes de Popayán la llegada de estos “indios salvajes” fue un gran espectáculo. El 11 de marzo (de 1764) los sacaron

del Colegio de las Misiones en la procesión más solemne y lúcida que se haya visto, y les encaminaron a la iglesia Catedral donde esperaba todo el clero revestido que incorporaron para ir al palacio Episcopal a traer a su Ilustrísima. Estando al mismo tiempo calles, plaza, balcones y ventanas

ocupadas de todo el pueblo que lleno de regocijo, de espiritual gozo, con lágrimas expresaba su cristiana piedad. Llegaron a la Yglesia y Bautismal que se adornó con la mayor decencia donde aguardaba todo el golpe de la música que al entrar entonó el Te Deum Laudamus, y vistiéndose de Pontifical su Señoría Ilma. dio principio al solemne bautismo de Guayaracare que quiso llamarse José, y de Maneyo que se llamó Manuel Francisco. También fueron bautizados otros indios de nación Amaguaje, Payoguaje. Luego del bautismo fueron las confirmaciones, “quedando dichos Yndios sumamente devotos, alegres y agradecidos”.

Y á la verdad, Exmo. Señor, que son estas gentes que han salido de tan notable índole, desembarazo, afabilidad y persona que se estrañan en Yndios salvajes tan relevante carácter, cosa que no sabe, en los que maneamos aun nacidos y criados entre españoles: ellos muestran claro entendimiento, mucha agilidad, bien repartidos miembros, caras aguileñas bien formadas y nariz aguda, y dan fundada esperanza de que serán muy útiles á la Corona. A más de abrirse con esto una puerta muy amplia para una gloriosa y copiosa reducción, pues de solo estos son veinte y ocho las behetrías ó pueblos de que hay noticia (Cuervo, 1894: 229, 230).

Tenemos pues que los yuris del Putumayo-Içá tenían una compleja organización social con veintiocho clanes o linajes y que su antigua tradición de descendientes de caciques del gran río se reflejaba en un orgullo y una disposición de ánimo poco comunes.

Es interesante constatar que con la fundación del poblado de Tabatinga por parte de los portugueses en 1773, invadiendo territorio que correspondía a España, las autoridades españolas informaron que en los trabajos de construcción se empleaba a “los Infelices Indios de las Naciones Yumaná, Yuri, Pazees, y Ticuna, á unos a la cadena, á otros custodiados, y en los trabajos que ocurren, sin permitirles el regreso a sus territorios...” (Goulard, 2010: 10). Todos estos grupos indígenas habían sido traídos del Putumayo. Otro testimonio afirma que los portugueses se llevaron la campana del pueblo de misión de San Joaquín a San Pablo (de Olivença), y que en 1772 había en Tabatinga tres indios yuris aprisionados con cadenas, uno de los cuales hablaba castellano y dijo ser cristiano del Putumayo y que había estado en Popayán, pero que los portugueses lo habían capturado en una de sus correrías (Ibid.: 27).

En 1776 los misioneros informaron que los portugueses habían establecido una fortaleza y un regimiento en inmediaciones de la desembocadura (*el desemboque*) del río Putumayo. Al parecer, sobre el río se había formado también un pueblo de indios yuris y allí se hallaban un europeo llamado

Juan Antonio García y un esclavo negro, Fernando de don Francisco Rivas, quienes, como los yuris, fueron apresados y conducidos a la ciudad del Gran Pará⁸. En 1785 la audiencia de Quito solicitó a don Ramón de la Barrera, en Pasto, que le informara sobre el río Putumayo y su navegación, pues la corona estaba discutiendo los límites con Portugal y este río era fundamental para consolidar las pretensiones españolas (Barrera, 1913).

De este informe nos interesa destacar que para bajar por tierra de la cordillera hasta Mocoa se gastaban trece días. De allí se tomaba el río Guineo y bajando por el Putumayo se llegaba en cuatro días al pueblo misionero franciscano de La Concepción, y en veinte más a la boca del río Putumayo en el Amazonas. En total eran treinta y ocho días de viaje. No obstante, para subir el trayecto desde la boca del Putumayo se tomaban tres meses.

Con base en un testimonio de Javier Constaín, quien junto con el padre Joaquín Gil recorrió todo el río en 1765, sabemos que los misioneros permanecieron en el pueblo de San Joaquín “bastante tiempo, hasta que los indios, veleidosos y codiciosos, viendo que el religioso ya no tenía qué darles, se ausentaron, por cuya fuga quedaron este Misionero y el Constaín solitarios y faltos de alimentos, lo que les obligó a refugiarse en un pueblo de las misiones portuguesas...” (Barrera, 1913: 51). Constaín relata que cuando subieron por el Putumayo, a los ocho días de viaje encontraron monte adentro “una casa de una cuadra de largo, y por el interior ambas bandas compuestas de aposentos iguales, y en cada uno se aposentaba una familia de indios... que componían poco más o menos de quinientos, entre hombres, mujeres y niños...” (Ibid.: 51). El techo de la casa bajaba hasta el suelo. De noche mantenían un centinela “con su manojo de dardos”. El jefe de la tribu les dio comida que fue cargada hasta la orilla del Putumayo donde se encontraba el padre Gil. A todas luces, estos indígenas que socorrieron a los españoles eran los yuris y en esos tiempos tenían inmensas malocas donde vivían muchas familias.

En 1787, cuando las misiones del Putumayo estaban en franca decadencia, el padre fray Antonio del Rosario Gutiérrez informó que los portugueses subían por todo el río extrayendo sus productos, esclavizando a los indios para poblar sus establecimientos en el Marañón y ahuyentando a los indios a los bosques. Menciona que se “contuvo la ambición de los portugueses con el misionero y escolta que puso en la nación Yurí, para impedir los progresos de aquellos y facilitar la catequización...”⁹. Un año después, el mismo padre manifestaba a sus superiores que el escaso número de misioneros y de escolta armada hacían imposible atender las misiones del Putumayo y Caquetá¹⁰.

Desde esa época los portugueses controlaron el curso bajo del río Putumayo, lo mismo que el territorio ribereño de los indígenas yuris, passés y jumanas. Este hecho será crucial para debilitar a estos grupos y para que algunos huyeran al centro del monte buscando zonas de refugio. El fracaso de las misiones franciscanas determinó también que en la definición de límites con el Brasil, la Nueva Granada y después Colombia perdiera el curso bajo del río Putumayo.

LOS YURUPIXUNAS

En la segunda mitad del siglo XVIII la región del Solimões y el río Negro estaba bajo la jurisdicción de la capitania de San José del río Negro, establecida en 1757, con su capital en Barcellos. Allí, en 1768, el cura portugués José Monteiro de Noronha escribió su diario de viaje desde la ciudad de Pará hasta las últimas colonias de los dominios portugueses en los ríos Amazonas y Negro. En su diario hace varias referencias a los yuris, passés y otras etnias que habitaban por esos tiempos en los poblados sobre el Solimões, desde Tefé hasta San Pablo de Olivença (Monteiro de Noronha, 1862).

Sobre el lugar de Fonte Boa, en el Solimões, menciona que fue fundado con indios omaguas o cambebas, “a los que se agregaron después las naciones Marauá, Araicá y Xomana y últimamente los de las naciones Tescuna, Passé y Tumbira” (Monteiro de Noronha, 1862: 52). Además, localizó a los yuri y mariarana sobre la banda septentrional del bajo río Japurá en el poblado de San Antonio, en el sitio que los indios llamaban Imarí, lugar ubicado cerca del actual poblado brasileiro de Maraá, en el sector del delta del Japurá. Por ese tiempo, en la banda austral del Japurá hasta las cachiveras vivían los yuri, passé, xomana y xama, entre otros.

Monteiro menciona que, de oriente a occidente, sobre esta misma banda los afluentes del río Japurá eran los ríos Acanauí, Mauarapi, Yuamiuaçu, Yuamimerim, Poreo, Cuancuá y Arapá. Por el río Poreo (Puré) se podía pasar al Içá, “venciendo una corta extensión de tierra”. Arriba de los chorros ubicó los ríos Cahuinari y Metá, en donde vivían “las naciones Muruuá, Cayuicena, Pariana, Yupiuá, Tamuana, Paráuama, Iuri, Passé, Xomana (Jumana), Xama, Purenumá, Tumbira, Ambuá, Chituá, Periatí y Peridá” (Monteiro de Noronha, 1862: 44, 45).

Sobre el Içá dice que los españoles lo llamaban Putumayo, y que estos controlaban la parte alta del río, aun cuando bajaron hasta su boca, donde fundaron el pueblo de San Joaquín, que abandonaron en 1766, como

vimos antes. En este río vivían “las naciones Passé, Xomána, Miranha, Ieri (¿Iuri?), Tumbira, Pirana, Içá y Cacatapuya”. Aguas arriba por el Solimões, en San Pablo de Olivença, vivían los umauá, tucúna, xomana, passé y yurí (Monteiro de Noronha, 1862: 56).

De esta forma el padre Monteiro ubica indígenas yuris, passés y jumanas entre los ríos Cahuinari y Puré, en la banda derecha del Japurá, en el bajo Içá, y sobre el Solimões. Menciona también la presencia de indios passés en varios poblados del río Negro. Monteiro hace referencias detalladas a tatuajes en las caras de algunos de estos grupos, de los cuales destacaré los relativos a los passés, yuris y xomanas (o jumanas), xama, tumbira y tamuana.

Los passés

tienen por distintivo una malla negra que comienza en los pómulos de la cara que incluye parte de la nariz y desciende hasta la parte baja de la mandíbula inferior, en donde se encuadra de forma perfecta. De las raíces del cabello sale un trazo negro que pasando por entre los ojos termina sobre la nariz. Desde las sienas por ambos lados bajan muchas líneas negras que conforman una celosía de pulgada y media de largo que llega hasta la malla antedicha. En la extremidad inferior de las orejas tienen un hueco ancho en que meten pedazos de flechas y tienen otro hueco bajo el labio inferior el cual tapan con una chapa esférica de palo negro del tamaño de una moneda de cobre de diez reis. Los de las naciones Iuri y Xama tienen la misma malla pero más pequeña y sólo les cubre los labios y un trazo negro del borde de la boca hasta las orejas las cuales tienen huecos. Los de la nación Xumana tienen los mismos diseños con una única diferencia y es que los trazos desde los bordes de la boca no llegan hasta las orejas, las cuales también tienen huecos... Los de la nación Tumbira tienen todo el rostro negro y una chapa también negra y esférica en un hueco bajo el labio inferior... Los de la nación Pariána tienen los mismos huecos en las orejas y un trazo negro sobre los dos labios en toda su extensión. Los de la nación Tamuána tienen los labios completamente negros (Monteiro de Noronha, 1862: 45, 46).

El padre Monteiro cuenta que todos usaban la cerbatana para cazar y que para la guerra tenían escudos de piel de caimán o de danta y macanas o garrotes de madera llamados *cuidaruz*. Utilizaban también lanzas de palo rojo en cuyas puntas ponían veneno, así como en los dardos de sus cerbatanas. El veneno lo hacían a partir de la cáscara de un bejuco llamado *uyrari*¹¹, que mezclaban con otras plantas para hacerlo más potente.

En cuanto a las prácticas funerarias, los jumana quemaban los huesos de sus difuntos y después los tomaban con su chicha (dice “su vino”). “La

mayoría de estos grupos entierran a sus muertos en ollas grandes”. Los passés, una vez se pudrían los cuerpos en las ollas grandes, “trasladan los huesos a otras ollas más pequeñas con muchos bailes y fiestas” (Monteiro de Noronha, 1862: 47, 48).

Estas manifestaciones culturales denotan un grado de complejidad característico de sociedades complejas y nos recuerdan los pueblos alfareros del Solimões de los tiempos de Carvajal y Acuña. Koch-Grünberg (1995 / 1905) menciona la existencia de urnas antiguas en diversos sitios de las riberas del río Japurá.

Un segundo viajero portugués, el oidor Francisco Xavier Ribeiro de Sampaio, encargado de la intendencia general de la capitanía de San José del Río Negro, recorrió entre 1774 y 1775 el Amazonas, el Solimões y el bajo Japurá (Ribeiro de Sampaio, 1825). En su *Diario* señala que las islas del Solimões, arriba de Coarí, eran las famosas islas de la nación “Jurimauás”, la nación más “numerosa y belicosa del río Amazonas” (Ibid.: 21). En Arvellos, sobre el río Coarí, subsistían algunos yurimaguas, además de los “Sorimão, Júma, Passé, Uayupí, Irijú, Purú y Catauuixi” (Ibid.: 24). El último grupo sobreviviente de los yurimaguas vivió en Tayaçutiba, cerca del río Juruá sobre el Solimões hasta 1709. Según el oidor, los jesuitas españoles asaltaron este poblado, se llevaron a los indios aguas arriba y fundaron una población que lleva su nombre (Ibid.: 21) (actual Yurimaguas, en el Perú).

En su tránsito por este sector del río Solimões, más arriba de Manacapurú y abajo de Coarí, el viajero encontró el sitio de Paricátiba, en donde abundaba el árbol de paricá, “cuya fruta tostada y vuelta polvo es el tabaco más querido por los indios”, el cual “utilizaban en sus fiestas llamadas *Parassé* ..., para las cuales tienen destinado en sus poblaciones una gran casa sin divisiones llamada *Casa do Paricá*”. En ella los hombres se sometían a flagelaciones rituales con “látigos de manatí, danta o venado, y a falta de pieles con pita bien torcida y gruesa”, con una piedra en la punta. “Esta cruelísima ceremonia” duraba ocho días, durante los cuales las mujeres preparaban el paricá, las bebidas, comidas y el cazabe (*payanari*). Una vez terminados los azotes consumían el paricá del siguiente modo: entre dos compañeros se soplaban el polvo de la boca a los dos orificios de la nariz, uno a uno, con un tubo de hueso. La borrachera y la fiesta duraban ocho días más¹².

Por esta misma época, el naturalista Rodrigues Ferreira menciona que el paricá se consumía utilizando una elaborada parafernalia en la que se incluía un almofariz (*indua*), para lo cual se usaba la cáscara del gran fruto de las castañas, una mano de moler (*Indua-mena*), una escobilla (*tapixana*),

un caracol (*yapuruxitá*), una planchita de madera con figura de animal y dos huesos de las alas de un ave. Las semillas de esta leguminosa se tostaban, maceraban y guardaban en el caracol. Para consumirlo se ponía un poco de polvo de paricá encima de la plancha de madera y con los huesos se introducía el polvo en las narices. Con la escobilla se limpiaba el almofariz y se extendía el polvo. El caracol era denominado *Paricá-neru*, es decir caja de paricá (Rodrigues Ferreira, 1974: 97, 98).

Es interesante que a finales del siglo XVIII el consumo del paricá persistiera, y la descripción de Ribeiro de Sampaio revela cierta similitud con el ritual de Guaricana mencionado por Fritz entre los yurimaguas y con el complejo ritual de Yuruparí, del área cultural del Vaupés, aunque en el Solimões el paricá reemplaza al yagé. Es interesante constatar también que el nombre Yuruparí es un topónimo de una isla del río Solimões. Puede pensarse de manera hipotética que este importante ritual tan expandido en el área cultural del Vaupés tenga su origen entre los cacicazgos de los yuris, ibanomas y aisuares del Solimões.

En la villa de Ega, actual Tefé, el oidor señaló la presencia de familias de las siguientes etnias: “Janumá, Tamuana, Jauaná, Tupivá, Achouarí, Júma, Manáo, Coretú, Xáma, Papé (¿passé?), Jurí, Uayupí, Cocruna” (*sic*, debe ser Coeruna). Todas ellas habían sido traídas de varios ríos, entre ellos el Japurá. El oidor menciona el uso del *ipadú* (coca de mambear) por parte de los indígenas de este pueblo, y describe la forma de prepararlo. Al otro lado de la villa de Ega, sobre el lago Tefé, en el pueblo de Nogueira vivían numerosas familias de los “Jurí, Catauíxí, Juma, Passé, Uayupí, Yauaná, Ambuá, Mariarána, Cirú” (Ribeiro de Sampaio, 1825: 34, 35).

Subiendo por el Solimões, en la población de Alvaraes, llamada anteriormente Caiçara, donde las tropas de rescate guardaban a los indios esclavizados en un corral, vivían los “Ambuá, Uaymá, Yucuná, Alaruá, Passé, Cauiarí, Miránha y Marauás” (Ribeiro de Sampaio, 1825: 37). En Fonte Boa, pueblo al sur del delta interno del Japurá, habitaban familias de los umauas o cambebas, xama, xomana, passé, tecuna, conamána, cumuramá, payána. En las calles de este sitio se veían sobresalir las urnas funerarias de cementerios antiguos. Por esta época la viruela (*bexigas*) había hecho estragos tanto allí como en el resto del río Amazonas.

Cuando estuvo en el reciente poblado de San Fernando en la boca del río Içá, el oidor menciona su riqueza en cacao y zarzaparrilla¹³. Según Ribeiro de Sampaio, el término Içá corresponde a una tribu y también a “un pequeño mico de boca negra, como la traen los indios de la nación

Passé, Payába, Xumána, Tumbira y otras” (Ribeiro de Sampaio, 1825: 63). Subiendo por el Solimões pasó por el pueblo de Castro de Avelans, en donde menciona a los Cambebas (omaguas), originarios de este sitio, y a los “Pariánas, Cayuicenas, Jurís y Xumánas, traídos del Içá”, quienes sembraban un tipo de yuca que producía en seis meses, lo que permitía sembrarla en las islas inundables (Ibid.: 64). Aguas arriba, el oidor estuvo en Olivença, tierra de los omaguas, donde también encontró tecunas, pasés, juris y xumanas (Ibid.: 74).

A la vuelta de su largo viaje entró por el canal Manhána, el canal Uaiúpiá, y por último por el canal Auatí Paraná, que unen al Solimões con el Japurá. Primero encontró el pueblo de São Mathias, población formada un año antes con indios de las naciones “Aniána y Yucúna”. La casa del indio principal era “de célebre arquitectura formando una pirámide de figura cónica”. El siguiente pueblo que visitó fue San Antonio, donde vivían los “Mepurí, Xomána, Mariárana, Macú, Baré y Passé”, población que estuvo situada ocho días aguas arriba por el Japurá, donde ahora había otra, cuyo jefe principal se llamaba Macupurí y donde vivían los coerunas y los yuris (Ribeiro de Sampaio, 1825: 77, 78).

El oidor señala que

de todas las naciones la más célebre es la de los Passés. Es muy numerosa y ama la agricultura y el trabajo. Su distintivo es una malla (tejido en forma de red) negra y cuadrada que abarca parte de la nariz, el rostro, la barbilla, con dos líneas o rayas que salen de la nariz hacia los ojos y hasta la raíz de los cabellos. De la frente bajan varias líneas cruzadas con otras que llegan hasta la malla antes mencionada. Las orejas están horadadas con varios orificios largos en que acostumbran introducir pedazos de flechas. El labio inferior tiene otro orificio en que traen una plancha esférica de palo negro muy fino.

Estas líneas o trazos eran tatuadas desde la infancia con espinas, en la piel de la cara, y cada huequito se llenaba con pintura negra (Ribeiro de Sampaio, 1825: 78, 79). Sobre los yuris dice que

tienen también mallas negras que cubren sus labios y un trazo que sale de las comisuras de la boca hasta las orejas, las cuales llevan horadadas. La nación Jurí es semejante en su genio o carácter y en sus costumbres a los Passés, y sus lenguas se diferencian muy poco (Ribeiro de Sampaio, 1825: 80, 81)¹⁴.

Además de las etnias mencionadas, Ribeiro de Sampaio nombra veintidós naciones en el Japurá, que incluirían las del Mirití, el Apaporis, el

Cahuinarí y el Yará (Ribeiro de Sampaio, 1825: 80, 81). Estas etnias eran muy guerreras y conservaban rencores y deseos de venganza durante muchas generaciones. Utilizaban la cerbatana, lanzas con puntas envenenadas, el *coidarú* (garrote de madera fina muy pulido y usado para dar golpes contundentes a los enemigos), escudos de cuero de danta o de babilla. El río Puréu, estaba “pobladísimo de gentío” y se comunicaba con el Içá “venciendo una corta distancia de tierra: Cunacuá, Arapá”.

Por último, el oidor se refiere a la Fortaleza de la Barra del río Negro, actual Manaos, un fuerte militar con una población aleña en que vivían algunos blancos e indígenas baré, baniwa y passé, estos últimos traídos recientemente del Japurá (Ribeiro de Sampaio, 1825: 96). También en Barcellos, la antigua capital de la capitanía del río Negro, encontró gente passé.

Unos años más tarde, durante su viaje por el río Negro en la década de los setenta del siglo XVIII, el sabio naturalista portugués Alexandre Rodrigues Ferreira estuvo en un baile de los yuris, y menciona que estos habían sido trasladados hasta la población de Caldas sobre este río, como muchos otros grupos del Caquetá (Rodrigues Ferreira, 1974: 41-46). Sobre los yurupixunas dice que viven enmascarados y que habitaban el río dos Párcos (*sic*, parece error de transcripción, debiera decir Pureus) y en otros ríos de la margen sur del Japurá. La etimología que explica su nombre es yuruboca y pixuna-negro. Cuenta que para fijar la tinta se hacían pequeños huecos con las puntas de espinas de palmas, configurando una máscara negra alrededor de los labios y aumentándola con el paso de los años hasta quedar con toda la cara dibujada y tatuada. Además, “no contentos con esto algunos traen el labio inferior perforado y en el hueco introducida una semilla de coquito” (*marca de coquilho*). Sobre el carácter de los yuris dice que “son indios humildes y sujetos a los blancos que los domestican”, y una vez establecidos en las aldeas portuguesas del río Negro o el Solimões se avergüenzan de su máscara y hacen todo lo posible por borrarla (Rodrigues Ferreria, 1974: 85-86). Triste destino de una otrora orgullosa nación que con su cacicazgo manejaba las riquezas del río Amazonas.

A partir de estos relatos quise destacar la supervivencia de varios rasgos culturales de la *várzea* mencionados en los siglos XVI y XVII, como la yuca de seis meses, las armas y el curare, los sistemas funerarios con urnas, los objetos de caracol pulido, el consumo de paricá en medio de un ritual que se celebraba en una casa ceremonial, una compleja parafernalia para su consumo y un elaborado sistema de tatuajes entre varios pueblos indígenas como los yuris, passés, jumanas y xama, entre otros. Además, comenzamos

a observar que los grupos descendientes de los yurimaguas, aisuares e ibanomas fueron migrando paulatinamente aguas arriba por los ríos Japurá e Içá y sus afluentes, ocupando, entre otros, el río Puré. Los grupos que permanecieron en los poblados portugueses del Solimões fueron perdiendo lentamente sus rasgos culturales para asimilarse a la población local a lo largo del siglo siguiente.

YURIS, JUMANAS Y PASSÉS EN LOS LÍMITES DE DOS IMPERIOS

La segunda mitad del siglo XVIII estuvo marcada por la competencia entre los imperios español y portugués en América del Sur, por consolidar una frontera adecuada en la Amazonia, mediante el establecimiento de poblados permanentes o puestos militares que delimitaran sus pretensiones. No obstante, esto sólo podía lograrse al contar con suficiente mano de obra indígena que sostuviera estas fundaciones, razón por la cual la competencia por este recurso fue aguda. Los españoles buscaron subir a los indígenas a sus pueblos de misión en el Marañón y el alto Putumayo, mientras que los portugueses continuaron su política de hacer descender forzosamente a los indígenas de los cursos altos de los ríos, en calidad de siervos o esclavos, a sus poblados sobre el Solimões, el Amazonas y el río Negro. Las mismas expediciones de límites, con cientos de indios remeros, constituyeron una demanda más sobre la mano de obra. De esta forma, los indígenas sobrevivientes de las guerras, la esclavitud, las enfermedades y la dislocación territorial, se vieron entre dos fuerzas que amenazaban con hacerlos desaparecer como etnias diferenciadas y orgullosas de su historia e identidad. Las respuestas a esta situación fueron el sometimiento, la resistencia y la búsqueda de zonas de refugio.

Mediante el tratado de límites de Madrid, de 1750, y de San Ildefonso, de 1777, las coronas de España y Portugal intentaron trazar sus fronteras mutuas en Suramérica. Para esto conformaron sendas partidas de límites, entre ellas la que debía definir los límites con el virreinato de la Nueva Granada. La línea partía de Tabatinga, en el Solimões, hasta la boca más occidental del Japurá, y de allí subía por el Japurá hasta un río que, partiendo hacia el norte, dejara a salvo las posesiones portuguesas del alto río Negro. Este río debía ser a todas luces el Apaporis, pero el comisario portugués logró que se explorara hasta el río Yarí y sus afluentes, buscando extender los límites hacia el occidente en favor del reino portugués.

Un año antes de la expedición de límites por el Japurá, João Wilckens, el segundo comisario de límites portugués, subió por este río para crear

condiciones favorables a la partida portuguesa que subiría un año después. Para esto intentó fundar asentamientos en la banda izquierda del Japurá, trasladando gente de la banda derecha, con el fin de demostrar posesión portuguesa.

Según Wilckens, el río Purues (*sic*) desaguaba por tres bocas estrechas formando dos pequeñas islas¹⁵. “Este río cuyas aguas son negras, se comunica con el río Içá (Putumayo), domicilio de los Paús, Tumorás, Chumanás, Yuris y Tucanos, todos de boca negra (*boca preta*)”. Un poco abajo de la boca del río Apaporis en el Japurá, Wilckens encontró indígenas yuris y amoas en la quebrada Chaarupé, sobre la margen austral del Japurá.

Arriba del raudal de Cupatí, actual chorro de Córdoba, en el sitio de Manacarú, fomentó la fundación de la población de Tauocas sobre la margen norte del río, aunque los indios tauocas y cuarunas habitaban la otra margen, en unas ocho malocas o choupanas, sobre el *igarapé*¹⁶ Uaniuá. De acuerdo con Wilckens, en el sitio de Manacarú, donde había una antigua *tapera*, establecieron nueve malocas¹⁷. Allí le ofrecieron a Wilckens esclavos en venta. Según el cronista, las mujeres de los indios tenían las caras y las bocas negras, mientras que los hombres no tenían ni las caras ni las bocas negras, sólo *batoque*. El *batoque* es a todas luces un pedazo pulido de palo, caña o guaduilla incrustado en un hueco bajo el labio inferior. El principal de los tauocas, llamado Yarimaçú, tenía “un gran batoque blanco en el labio inferior y dos pedazos de flechas en las orejas. Venía vestido con pantalón y traía un palo negro en la mano como insignia”. Yarimaçú le contó al cronista que su abuelo se llamaba Cupatí (Wilckens, Henrique João, 1994: 19, 28)¹⁸. Este es pues el origen del nombre del cerro de La Pedrera. La identidad de los tauocas parece yuri, porque con posterioridad Martius los nombraría yuri-tabocas. En cuanto a los cuarunas o coerunas, son un grupo de filiación lingüística witoto, ligados por lo visto a los yuris por matrimonios.

En su diario de viaje, don Francisco Requena (1991), primer comisario español de la Cuarta Partida de Límites luso española, cuenta que el día 12 de marzo de 1782 pasaron por

la boca del río Purcos (*sic*), que entra también por la margen del sur al Japurá, el que está poblado de indios Yurís y Pazees. En la misma boca tuvimos noticia que por el expresado río Purcos (*sic*) navegando quince días se llega a aproximarse por sus cabeceras al río Putumayo, con solo un día de camino por tierra de travesía, saliéndose a las inmediaciones en que se halla el grueso número de las naciones de los referidos indios (Requena, 1991: 81)¹⁹.

Tras pasar el raudal de Cupatí, la comisión llegó al “pueblo nuevo de Tabocas, población formada en el margen septentrional por el segundo comisario portugués el año pasado con indios de la margen opuesta”. En la citada población de Tabocas, “no pude hacer idea justa de su vecindario, por estar la mayor parte de él en sus antiguas rozas y por no estar acabadas sus casas”. Requena no menciona la presencia de mirañas sobre el Caquetá, mas sí sobre el río Içá, un afluente de este (Requena, 1991: 96, 97)²⁰.

Con esta expedición en que se adquirieron nuevos datos sobre los ríos Japurá, Apaporis, Yará y sus habitantes, no se concluyó nada definitivo sobre los límites en estos ríos, pues la decisión final se tomaba en la península ibérica. Requena permaneció en Tefé durante unos diez años, esperando que se tomara una decisión definitiva respecto de los límites, cosa que no ocurrió. Entre sus preocupaciones estaba la necesidad de establecer un pueblo permanente en la boca del Putumayo, empeño en el cual fracasó, a pesar de su prolongada estancia en la región.

NOTAS

- 1 APFS. Papeles de Popayán y Cali, sección Colonia, 1704, caja 1, doc. 5.
- 2 APFS. Papeles de Popayán y Cali, sección Colonia, 1722, caja 1, doc 10.
- 3 ACC. Sig: 9386. En Llanos y Pineda, 1982: 25.
- 4 APFS. Papeles de Popayán y Cali, sección Colonia, 1762, caja 2, doc. 10.
- 5 APFS. Papeles de Popayán y Cali, sección Colonia, 1759, caja 1, doc. 66.
- 6 Navegando un día aguas arriba de Santa María, los padres franciscanos llegaban a la boca del Orteguaza o Suya.
- 7 Doscintas leguas serían unos mil kilómetros.
- 8 AGN. Sección Colonia, Fondo Milicias y Marina, tomo 146, folios 876-885.
- 9 APFS. Papeles de Popayán y Cali, sección Colonia, año 1787, caja 3 doc. 5.
- 10 APFS. Papeles de Popayán y Cali, sección Colonia, año 1788, caja 3, doc.25.
- 11 De esta palabra proviene la voz curare.
- 12 Al parecer el paricá es el mismo yopo o una especie emparentada, que utilizan los grupos indígenas de los Llanos colombianos como un alucinógeno.
- 13 Fundado en 1768, una vez los franciscanos abandonaron San Joaquín.
- 14 El yuri es una lengua independiente y el passé pertenece a la familia lingüística arawak.
- 15 Hoy en día el río Puré desemboca por una sola boca en el Japurá brasilero.
- 16 *Igarapé* es el término de la lengua geral para quebrada. Esta podría ser la quebrada Manacaro.

CAPÍTULO 3

Migraciones a los ríos Putumayo y Caquetá

- 17 Según un diccionario portugués-español, *taçera* quiere decir “casa en ruina o hacienda abandonada sin cultivo”. En términos locales es lo que se conoce como rastrojo.
- 18 El término Cupatí para el cerro de La Pedrera degeneró en Yupatí.
- 19 La mención al río Purcos parece ser un problema de transcripción del diario original, debe decir Pureos o algo similar.
- 20 No confundir este Içá con el Putumayo, pues Requena dice que es un afluente del Japurá. Puede ser el actual río Metá o el quebradón del Sol, aguas arriba de la boca del río Cahuinari.

Capítulo 4

DEL CONTACTO AL AISLAMIENTO

Con la independencia de las repúblicas andinas del imperio español a comienzos del siglo XIX, la actividad misionera disminuyó ostensiblemente y apenas unos pocos curas recorrían las selvas y los Llanos orientales del país. A los pueblos de misión se los tragó el monte en unos cuantos años, y sólo algunos aventureros llegaban hasta Mocoa para internarse en la selva en busca de esclavos, cera y venenos. Los brasileros, por su parte, mantuvieron su presencia en buena parte de los ríos Putumayo y Caquetá con expediciones esclavistas y en su búsqueda incesante de cacao y zarzaparrilla. Debido a esta presencia continua, varios sitios y ríos acabaron designados con términos de la lengua geral, como Araracuara, Yuruparí, Mirití paraná, Igará paraná y Pirá paraná.

Aun cuando desde mediados del siglo XIX el caucho comenzó a adquirir valor en el mercado mundial, sólo a finales de ese siglo la actividad se convirtió en la base de la economía de la selva amazónica durante veinte o treinta años. La violencia de ese proceso, tal vez peor que todas las atrocidades coloniales, hizo huir a tribus y segmentos de tribus hacia zonas cada vez más alejadas de los ríos principales, en busca de refugio. Muchas de las tribus que mencionaron los viejos cronistas desaparecieron y algunas sobrevivieron en diversas circunstancias.

VIAJEROS DEL SIGLO XIX

Mientras en la Nueva Granada se luchaba por la independencia, en Europa, con ocasión del enlace matrimonial entre la casa real de Portugal con los príncipes de Baviera, se organizó la expedición de exploración al Brasil de los naturalistas alemanes Carl Friedrich von Martius y Johann von Spix, expedición que inicialmente se extendió por las costas y el interior brasiler, y recorrió después los ríos Amazonas, Negro, Solimões y Japurá.

Von Martius, naturalista y explorador alemán, dejó una obra botánica mayúscula, su *Flora Brasiliensis*, lo mismo que un libro sobre su viaje, en el que aporta información muy importante sobre los yuris, los passés y sus vecinos. Recogió, entre otros aspectos, extensos vocabularios así como algunas melodías en partitura, una de ellas de los yuris (Martius y Spix, 1981, tomo 3). Así mismo, depositó en un museo de Múnich la colección

de objetos etnográficos que consiguió en su viaje, entre los que se encontraban numerosos objetos de la cultura material de los yuris y passés. Von Spix, por su parte, también hizo importantes colecciones zoológicas y compiló un vocabulario yuri en Fonte Boa, aun cuando es menos conocido, por haber muerto muy joven.

El primer encuentro de Spix y Martius con los yuris y passés tuvo lugar en la hacienda de Manaquirí del capitán Zani, el acompañante brasileiro de los naturalistas, quien tenía un cultivo de café y cacao y una pesquera en la banda sur del Solimões, arriba de Manaus. Zani tenía a su servicio “indios passés, juris y macunas, que había mandado traer de las selvas del Japurá. Las dos primeras tribus generalmente llamadas jurupixunas (bocas negras), se distinguen por su actividad, destreza y apego a sus patronos” (Martius y Spix, 1981, tomo 3: 149). Allí los indios cazaron un manatí, que se capturaba arponeado con el fin de extraer su aceite y consumir su deliciosa carne¹.

Por esta época, Japurá arriba sólo subían expediciones grandes y armadas, si se pretendía pasar más arriba de los dos pueblos formados por los brasileiros en su curso bajo: Santo Antonio de Maripí y São João do Príncipe. Martius calculó que de este río, con una cuenca tan grande como España, se habían capturado unos veinte mil esclavos indígenas.

La expedición de Martius al Japurá estaba compuesta por ocho embarcaciones y cincuenta y seis hombres. Salieron de Tefé a finales del año de 1819 y llegaron a Maripí a la semana de viaje, tras pasar el complejo de islas y canales del delta del Japurá en el Solimões. Este pueblo, que tenía un juez que vivía en el poblado de Fonte Boa, estaba habitado por passés, yuris, coerunas y jumanas, quienes en su gran mayoría no vivían en la aldea sino en sus inmediaciones, en casas multifamiliares o malocas. Los jumanas, coeruna (del afluente Caritaja del Mirítí paraná) y passés, tenían aquí sus “principales” o “tuchauas”, autoridades que servían de intermediarios en su relación con las autoridades brasileiras (Martius y Spix, 1981, tomo 3: 207)².

Albano, el jefe de los passés, le presentó a Martius sus compañeros de tribu, quienes le parecieron los más bellos indios de la región, aun cuando después de hacer un gran elogio de su apariencia física señala que

estas facciones simpáticas son desfiguradas con la horrenda marca distintiva de la tribu. Los Passés tienen tatuado el rostro con una mancha o malla que comienza abajo de los ojos donde es tallada a través en línea recta e incluye mejillas, nariz y labios hasta el hueco de la barbilla. Los hombres raspan su cabeza y dejan apenas en el borde de la frente una estrecha

casi completamente desaparecida. Solo unos 600 uainumás habitan en libertad, en las selvas situadas entre el río Upi, afluente del Içá y el Cabuinari, que desagua en el Japurá arriba de las cataratas (Martius y Spix, 1981, tomo 3: 211)³.

Este grupo puede corresponder con la gente de Chontaduro que recuerdan los actuales indígenas mirañas. Sobre los uainumás sólo sabemos lo que documentó Martius, razón por la cual es importante mencionar algunas de sus costumbres: hacían algunos bailes, dos de los cuales en el tiempo de la maduración del chontaduro, y otros ocho en el tiempo de las migraciones de las “garzas reales acarás”, que cazaban en grandes cantidades y ahumaban. Utilizaban el ipadú o la coca y se autodenominaban inabiçanas. Se cortaban el pelo al estilo de los antiguos peruanos y las diversas hordas o familias se distinguían por la extensión del tatuaje en el rostro. De esta forma, el grupo miriti (una palma) no tenía tatuajes, los jacamin (tente) se tatuaban el labio superior, los pupuña (chontaduro) tenían un tatuaje que abarcaba la mitad de las mejillas, sin la nariz, los asai (una palma comestible) la mitad de las mejillas y la nariz, los moira (una madera) todas las mejillas, y los jauareté (tigre) tan solo la boca tatuada. Además, a veces utilizaban conchas en las aletas de las narices y una caña o guaduilla en el labio inferior (Martius y Spix, 1981, tomo 3: 211). Eran enemigos declarados de los umauas o carijonas y se enfrentaban también con los mirañas.

Las armas de los indios de San Antonio de Maripí eran cerbatanas con flechas impregnadas de curare, que conseguían en las selvas situadas al occidente, el arco y la flecha (*curabi*), la lanza (*murucu*), y el mazo o porra de madera fina, llamado *cuidaruz* (o *tamarana*), que, según la tribu, ornamentaban de diversas formas. Martius colectó aquí grandes escudos elaborados a partir del cuero curtido de la danta o de la coraza dorsal del jacaré (caimán). En este punto conviene hacer una digresión para recordar los paveses y rodelas que utilizaban los guerreros de los cacicazgos del Amazonas como armas defensivas, cuando los españoles bajaron por el Amazonas en los tiempos del descubrimiento.

Martius señala que en Maripí conoció un payé yuri que amaestraba culebras, y que todo el tiempo decía la palabra *paa*, que quería decir diablo en su lengua. El término para Dios era prestado del tupí, *Tupana* (Martius y Spix, 1981, tomo 3: 213)⁴.

Subiendo por el Japurá pasaron por la casa del tuchaua Albano de los passés, situada en la boca del lago Maraã, donde tenía algunos cultivos. Más arriba, Martius observó grandes manchas de cacao y de zarzaparrilla.

Después de cinco días de viaje, la expedición llegó a São João do Príncipe⁵, en la margen septentrional del Japurá en un barranco elevado, donde se encontraban un mulato de São Paulo y un grupo de indios yuris y coretus sujetos a un juez “libidinoso y cruel”, que los obligaba a trabajos forzados en su propio beneficio, razón por la cual se mantenían alejados del pueblo. Los yuris trajeron a los expedicionarios grandes ollas de cerámica con bebidas elaboradas con yuca y otras frutas⁶.

Allí conoció Martius a Pachico, el jefe de los coretus, quien se dedicaba al comercio de esclavos y apareció frente a él con una chaqueta azul y un bastón de mando con empuñadura de plata, del tiempo de la expedición de límites.

Procuraba conservar a su tribu en el monte lejos de los blancos, y por su propia cuenta hacía la guerra a sus vecinos con el fin de negociar los prisioneros con los europeos y aun a sus propios compañeros de tribu los vendía por una bagatela. Así, por primera vez, en el interior de América vimos el retrato perfecto de un jefe africano que hace del tráfico de esclavos su negocio (Martius y Spix, 1981, tomo 3: 218)⁷.

Pachico ofreció a Martius llevarlo a una rica mina de oro en las cabeceras del Apaporis, a lo que este se negó sospechando una posible traición. Los coretus estaban muy disminuidos por el tráfico de esclavos, pero habitaban todavía entre el Apaporis y el Mirití. Sus enemigos tradicionales eran los yucunas y se casaban con mujeres de la tribu uainumá.

Según Martius, “antiguamente, y después de los mirañas y uainumás, los yuris eran la tribu más poderosa entre el Isá y el Japurá, pero actualmente su población total será de apenas 2.000 almas, pues fueron llevados antes que las demás tribus a las colonias de los blancos...” (Martius y Spix, 1981, tomo 3: 227). A más de habitar en los pueblos antes mencionados, los yuris tenían dos poblados independientes sobre el Japurá: Uarivaú y Manacaru. El 2 de enero de 1820, Martius llegó a Uarivaú, muy cerca de la boca del río Puré, donde encontró una comunidad yuri, comandada por el tuchau Miguel

muy conocido en todo el Japurá. Este indio cuya estatura larga y compacta, cuyos ojos brillantes revelaban al guerrero, hace algunos años había traído hasta aquí, desde los bosques del Puré, un grupo de cien individuos... Aunque están en contacto con los blancos, estos yuris deben ser considerados todavía indios del monte (Martius y Spix, 1981, tomo 3: 219).

Los hombres andaban con guayuco, mientras que las mujeres lo hacían desnudas. Tenían cultivos de plátano en los alrededores de las casas y en las rozas o chagras sembraban yuca, algodón y urucú. Hacían fariña y vivían de la abundante caza, frutos y peces del río. Miguel empleaba a la comunidad en trabajos agrícolas o en sus “expediciones para traer indios del interior hacia las colonias. También los cedía a los blancos mediante salario despachando cada tres meses cuatro personas a Ega (hoy Tefé), para trabajar en los astilleros”.

Los yuris se levantaban antes de despuntar el alba a bañarse en el río Japurá. Después las mujeres pintaban a sus hijos con tinte rojo de urucú preparado con aceite de manatí. Luego comían los restos de la comida del día anterior con cazabe. Los hombres salían a cazar o pescar mientras que las mujeres iban a los cultivos o enseñaban a sus hijas a hilar algodón, hacer hamacas (chinchorros), fabricar ollas de cerámica y cocinar. Cuando los hombres volvían esperaban la comida y tocaban la gaita (flauta de pan o chiruro).

En honor a Martius, unos cuarenta hombres le hicieron un baile adornados con pintura roja, coronas de plumas en la cabeza, collares de dientes de animales en el cuello, piernas y antebrazos, y guayas (semillas de un bejuco tejidas con cumare) puestas en los tobillos. El que dirigía el baile llevaba en la cabeza un cilindro hueco de madera (*embauba*) con plumas, y en la mano izquierda un cilindro similar o bastón de baile para llevar el paso. El baile, que en este caso era el de los passés, sus vecinos y aliados, consistía en una fila de indios con las manos puestas en los hombros del vecino, que golpeaban el piso con los pies a cada paso y tocaban el chiruro o gaita de caña. Después hicieron el baile de los yuris, que incluía la música del chiruro y cantos de hombres y mujeres⁸. Algunos usaban máscaras, “que representaban cabezas monstruosas, hediondas. Estas máscaras eran fabricadas con cestos de fariña revestidos de cáscara de tururí (carguero). Las máscaras tenían boca y dientes. Una máscara representaba la danta y el danzador la imitaba de manera perfecta”. Tocaban un pequeño tambor de palo (*oapycaba*) y en una ocasión tocaron la lanza sonajera del tuchaua, “cuya vibración producía un sonido agudo”. Finalmente, el tuchaua ejecutó la danza de guerra de los yuris con sus mejores hombres, utilizando grandes escudos redondos de cuero de danta, lo que hizo decir a Martius:

qué atroz imagen de barbarie representaba ese rápido evolucionar amenazante de los guerreros desnudos, cuya musculatura, untada con aceite, brillaba como el metal, las horrendas caretas de los rostros tatuados y

enrojecidos con urucú, los gritos repentinos al lanzar el dardo... (Martius y Spix, 1981, tomo 3: 222)⁹.

Los expedicionarios siguieron subiendo por el Japurá hasta que un día vieron a lo lejos una montaña que se extendía en sentido norte-sur atravesando el Japurá, la sierra de Cupatí, con una altura de 600 pies. Allí se encontraba la “cachoeirinha de Cupatí”, el actual chorro de La Pedrera. Más arriba, el viajero observó varios arroyos en donde se encontraban piedras de amolar (*ita-ky*) que algunos indios llevaron hasta Belén de Pará. Más adelante estaba la *cachoeira* (*ytú*) de Cupatí, que pasaron con pocas dificultades por estar el río en aguas bajas.

El 12 de enero de 1820 Martius llegó a Manacaro, poblado yuri con ocho o diez malocas, la mayor parte de cuya población vivía en los bosques aledaños. El tuchaua de Manacaro, Domingo, no se encontraba en el pueblo por estar haciendo un *descimento*¹⁰ con un mameluco de Ega. Los yuris de Manacaro hablaban la misma lengua que los de Uarivatú y estaban organizados en toda una serie de clanes o linajes como los cacau-tapuia del Puré, los moira tapuia del Ipú¹¹, y sobre el Japurá los assai tapuia, tucano tapuia, pupuña tapuia (chontaduro), curaçé tapuia (sol), uiraaçu tapuia (ave grande), ubi tapuia (palma), ibitu tapuia (viento) y los taboca tapuia. Menciona también a los jauareté tapuia (tigre), que Martius sospecha eran un clan uainumá, pues se decía que hablaban otra lengua (Martius y Spix, 1981, tomo 3: 227). El yuri que Martius llevó a Múnich, era comá tapuia.

Martius explica los muy diversos distintivos tribales de los grupos indígenas de la región diciendo que servían para afirmar la identidad e identificar a cada grupo en una región con muchas lenguas y tradiciones y en donde los grupos tenían enemistades de larga data.

Los distintivos tribales bajo la forma de tatuajes de los grupos indígenas del Caquetá eran los siguientes: los passés tenían “un tatuaje semielíptico que cubría la mayor parte del rostro con varias líneas simples o cruzadas en la frente y en las sienes”; entre los yuris era “una malla parecida en forma de escudo, que a veces se extendía hasta el pescuezo, rejillas cuadradas en las sienes y la cabeza, estas tres ligadas a veces con líneas transversales” (el clan de los yuri tabocas tenía además una taboca de palo en el labio inferior); los uainumás tenían “una malla simple con diversas variaciones o en su lugar las aletas de la nariz y las orejas perforadas con láminas de concha”; los jumanas usaban una malla “oval oblonga en torno de la boca que acaba en ambos lados con una línea horizontal”. También los xamas y tumbiras tenían una malla tatuada en forma de escudo. Los brasileiros acostumbraban

llamar a estas tribus “caras-pretas o iuru-pixunas”, como vimos antes (Martius y Spix, 1981, tomo 3: 253, 254).

Los juri-taboca

tenían una taboca de palo de palma en el labio inferior perforado... Encontré los tatuajes diferentes en diferentes individuos. La mayoría tienen una malla semielíptica de diversos tamaños según la edad y la familia. Otros tienen dos trazos oblicuos o cuatro puntos redondos en el labio superior o solamente el labio superior enteramente tatuado (Martius y Spix, 1981, tomo 3: 227).

Entre los yuris subsistía la práctica de enterrar a sus muertos en “grandes potes de barro, que entierran en la propia cabaña o afuera”. Posteriormente removían los huesos de estas ollas y volvían a enterrarlos envueltos con corteza de árboles (Martius y Spix, 1981, tomo 3: 228).

El distintivo tribal de los mirañas eran “las aletas de la nariz perforadas en donde incrustan láminas de concha, y los lóbulos de las orejas dilatados de forma atroz” (Martius y Spix, 1981, tomo 3: 254). Curiosamente, el tuchaua João Manuel del Porto dos Mirañas de los miraña-carapana-tapuya (gente Zancudo) estaba tatuado como un yuri (Ibid.: 230)¹². Según Martius, los uainumás tenían muchas malocas en el río Ipú, afluente del Içá. Martius aceptó del tuchaua miraña cinco esclavos mirañas-muriatés, de los cuales llevó dos a Múnich, donde murieron al poco tiempo.

Mientras exploraba el Japurá hasta Araracuara, donde enfermó, su compañero Spix subió de Tefé hasta Tabatinga y remontó posteriormente el curso bajo del río Negro hasta Barcellos. Spix encontró indígenas yuris, passés, jumanas y uainumás viviendo en varias de las poblaciones del río Negro, lo que demuestra que su traslado desde el Caquetá fue masivo y que su población debió ser muy grande. Las rutas para hacer estos traslados eran seguramente pasando del Japurá, vía el río Yurubaxi y Unueixi, hasta el río Negro. Estos grupos indígenas estaban en los siguientes poblados: Barra do río Negro (actual Manaos), Airão, Moura, Poaires, Barcellos y Moreira. En su viaje por el Solimões menciona la supervivencia de prácticas como el tatuaje, los entierros secundarios y la flagelación ritual entre los jóvenes. Las tribus del Solimões eran los marauás, yuris, passés, jumanas, catuquinas, tecunas y airaç, entre otros. Los habitantes de Fonte Boa, entre quienes había passés, yuris y jomanas, eran famosos por sus trabajos de alfarería.

En la boca del río Içá encontró una población de doscientos indios passés con las caras tatuadas de negro, y numerosos yuris que hicieron

una fiesta con palos de baile y flautas de pan o chiruros. Su territorio era el bajo río Içá. El chamán o payé de los passés era muy respetado y estaba encargado de bautizar a los niños recién nacidos.

Tanto los yuris como los passés tenían la costumbre de recluir a las mujeres en el tiempo de la menstruación y practicaban la *cowade*, práctica consistente en que cuando nace un hijo el hombre se acuesta en una hama-ca y su mujer recién parida lo atiende. Usaban el polvo de paricá y tenían frecuentes fiestas durante las que utilizaban máscaras. Aguas arriba por el Solimões, en la hacienda de Maturá, Spix encontró otro grupo de passés que en el término de una hora mataron cincuenta micos y otras tantas aves con sus cerbatanas (Martius y Spix, 1981, tomo 3: 196, 197).

Treinta años después, a mediados del siglo XIX, y siguiendo la tradición de naturalistas exploradores como Martius y Darwin, dos ingleses exploraron la región amazónica del Brasil: Henry Walter Bates el río Solimões, y Alfred Russell Wallace, codescubridor con Darwin de la teoría de la evolución, el río Negro-Vaupés. Por esa época se establecieron las primeras líneas de barcos de vapor que surcaron el Amazonas, revolucionando la región, acelerando los intercambios y haciendo accesibles zonas hasta entonces inexploradas. Viajes de meses se convirtieron en periplos de semanas o días, y los recursos naturales que se extraían con suma dificultad por la lentitud del transporte a remo fueron sacados más fácilmente. Los barcos de vapor fueron instrumentales para posibilitar el gran proceso extractivo que internacionalizó a la Amazonia, el del caucho.

Wallace conoció a los yuris en el río Negro y señala que aun cuando su territorio tradicional se ubicaba en el Solimões entre el Içá y el Japurá,

un cierto número de estos indios han migrado al río Negro, se han establecido y se han civilizado parcialmente allí. Se destacan por la costumbre de tatuarse en círculo alrededor de la boca, de formas a parecerse exactamente como los monos ardillas de boca negra (*Callithrix sciureus*); por esta causa son llamados Juripixúnas (yuris negros) o por los brasileiros *bocapreitos*.

Según Wallace, los yuris eran “vecinos de los indios colibrí o Uaenam-beus del bajo Japurá”, y su lengua era utilizada como sucedáneo de la lengua geral en “los lagos y tributarios del Solimões”. Además, eran “los indios más expertos en el manejo de la cerbatana o bodoquera”. Wallace destaca en su relato la existencia de artesanías dedicadas a la elaboración de cuyas o totumas pintadas en la zona de Tefé y en Monte Alegre, abajo de la boca del río Negro, donde las pintaban con dibujos geométricos, destacando su durabilidad, su buen gusto, su fino acabado y sus brillantes colores vege-

tales o minerales, de tipo indeleble ante la acción del agua (Wallace, 1972: 333, 355). Recordemos que las mujeres yurimaguas en tiempos del padre Fritz se dedicaban a esta tarea, otra supervivencia de la antigua cultura de la *várzea*.

Más impactante aun es la referencia de Wallace a que los indios de Yavareté, en el Vaupés, tenían

el ornamento más curioso, la naturaleza del cual me tenía completamente confundido: se utilizaba como collar en el cuello o en la frente, según la cantidad que se posea, y consistía de pequeños pedazos curvos y blancos, con cierto matiz rosado y que parecía concha o esmalte. Los conseguían con indios del Japurá y otros ríos, y eran muy caros pues tres o cuatro pedacitos valían un hacha de hierro.

Wallace destaca que “cada pedacito tiene una misma forma y tamaño, lo que me hace dudar que sea de concha o que los indios puedan fabricarlos” (Wallace, 1972: 203). Recordemos otra vez que Fritz mencionaba que el comercio de los yurimaguas con los manaos consistía en darles conchas pulidas a cambio de herramientas¹³, lo cual comprueba el gran valor que tenían estos objetos de concha en el comercio antiguo de los habitantes de los cacicazgos del Solimões, y cómo eran muy valorados todavía, casi doscientos años después de Fritz.

Por su parte, Henry Walter Bates, compañero de Wallace, quien vivió entre 1850 y 1859 en Ega (hoy Tefé), menciona que la mayoría de los sirvientes indígenas de este poblado habían sido traídos de los ríos Solimões, Japurá e Içá, llegando a conocer sirvientes de dieciséis tribus diferentes. Cuenta que al llegar a la villa de Ega estos indígenas experimentaban una gran mortandad.

Las mejores tribus de salvajes que habitan esta región cercana a Ega son los Jurís y los Passés: sin embargo, están casi extintos y sólo unas pocas familias permanecen en las orillas de las quebradas conectadas al río Tefé, y en otros ríos afluentes entre los ríos Tefé y Jutahí. Son apacibles, gentiles e industriosos, dedicados a la agricultura y a la pesca, y siempre han sido amistosos con los blancos... la principal causa de su disminución numérica parece ser una enfermedad que siempre aparece cuando un poblado es visitado por gente de asentamientos civilizados, una fiebre lenta acompañada de los síntomas de una gripa común, llamado por los brasileiros *defluxo*... (Bates, 1930: 278, 279).

Durante una visita a la familia *passé* del viejo tuchau Pedro Grande, en cercanías de Ega, Bates observó que este tenía en la mitad de la cara

un tatuaje cuadrado, grande, de color negro azulado. Su mujer también, mientras que una de sus hijas tenía una mancha de tatuaje en forma oval alrededor de la boca. Pedro Grande se comunicaba mediante la lengua geral o tupí. En un momento de la conversación afirmó que “la gente de mi nación siempre han sido buenos amigos de los cariwás (blancos) pero antes de que mis nietos lleguen a ser tan viejos como yo, el nombre de los passé habrá sido olvidado” (Bates, 1930: 304). Esta profecía se hizo cierta, a menos que en las selvas de Colombia todavía subsista un grupo passé vecino de los yuris.

Para Bates, el territorio original de los passé era el bajo río Japurá y su extenso delta, lo que nos hace pensar que sean los descendientes de los aisuares o ibanomas de los tiempos del padre Fritz. Dice además que el viejo asentamiento de Barcellos, en el río Negro, fue poblado con indígenas passé, lo mismo que el poblado de Fonte Boa en el Solimões. Menciona que la gente mayor de Ega recordaba asentamientos passés en el río Içá a 240 millas de Ega. Sin embargo, afirma que “el único grupo grande de estos indígenas que todavía existe está localizado en el Japurá, en un lugar situado a unas 150 millas de Ega: la población de esta horda no excede, según lo que pude averiguar, de 300 o 400 personas”.

Durante una de sus excursiones a las playas de las islas Shimuni y Catuá a recoger huevos de charapa, en una época en que todavía este recurso natural no había sido diezmado del todo, Bates dice que allí había

muchos indios primitivos de los ríos adyacentes, entre ellos los Shumánas, habitantes del bajo Japurá, de buen temperamento e inofensivos. Todos ellos estaban tatuados alrededor de la boca y la tinta azulada haciéndole un borde a los labios se extendía también en línea recta sobre las mejillas hasta las orejas en ambos lados (Bates, 1930: 325, 326).

En otra de sus excursiones, Bates exploró el río Tonantins, un río relativamente pequeño entre la boca del río Içá y la boca más occidental del Japurá. La aldea de Tonantins estaba compuesta principalmente por “indios semicivilizados de las tribus Shumána y Passé. Sin embargo, los bosques del río Tunantins están habitados por una tribu de indios salvajes llamados Caishána...” (Bates, 1930: 381). Sobre el pueblo de Fonte Boa afirma que

... era antes un lugar de cierta importancia puesto que un gran número de indios pertenecientes a las tribus más industriales como los Shumánas, Passés y Cambevas se habían instalado en el lugar habiendo adoptado costumbres civilizadas (Bates, 1930: 388).

Por último, Bates refiere que los indios Tucúnas eran una tribu que “se parecía mucho a los Shumánas, Passés, Juris y Mauhés, en cuanto a sus costumbres y apariencia física”. Tanto los hombres como las mujeres tucúnas se tatuaban la cara, “a veces un rollo en cada mejilla, pero era más común ver hileras de líneas cortas y derechas en la cara” (Bates, 1930: 397). Mucho tiempo después, Nimuendajú encontraría similitudes lingüísticas entre las lenguas yuri y ticuna.

Diez años después, en 1869, el viajero francés Paul Marcoy, a su paso por la boca del Içá o Putumayo, menciona que este río estaba habitado por los pocos sobrevivientes de los yuris, passés, barrés y chumanas. Manifiesta además que

de todas sus costumbres salvajes sólo han preservado el uso de ciertos ornamentos, y la costumbre de tatuar sus caras con la ayuda de una aguja y el jugo del indigo o genipa, el tótem o emblema de la nación a la cual pertenecen. Gracias a estos tatuajes simbólicos y los diferentes diseños que utiliza cada nación, es posible distinguir un Passé de un Yuri, y a un Barré de un Chumana (Marcoy, 1873, volumen IV: 411).

Por estos tiempos, a mediados del siglo XIX, Colombia hizo el mayor esfuerzo por conocer su geografía y hacer mapas de su territorio, para lo cual organizó la Comisión Corográfica, que recorrió el país entre 1851 y 1859 al mando de Agustín Codazzi, coronel e ingeniero italiano. Hacia 1856, Codazzi se internó en el piedemonte amazónico y compiló información sobre todo el territorio que se extendía aguas abajo. La población indígena del Putumayo incluía a los mayatíes (ochocientos habitantes), mariates (mil), yuries (novecientos), picunas (mil docientos) y los paseses (mil doscientos habitantes) (Pérez, 1862, tomo primero: 477). De acuerdo con este censo, parece ser que en esa época todavía una población apreciable de yuris y passés mantenía contactos con los colombianos. En su descripción de los indios del territorio del Caquetá, menciona que “el hábito de pintarse o teñirse desde jóvenes los dientes i la boca de negro, con el jugo de ciertas hierbas i de la cal cáustica, llamó la atención de los primeros viajeros” (Ibid.: 478). En algunos casos, esta pintura del rostro era seguramente tatuaje.

Cerca de veinte años más tarde, entre 1874 y 1885, Rafael Reyes y sus hermanos emprendieron el trabajo de extracción de quinas en los bosques andinos del Cauca y el Putumayo, con fines de exportación. Tras algunas exploraciones, Reyes decidió buscar una salida para sus productos por el Brasil, razón por la cual descendió el río Putumayo y consiguió del gobierno brasilero, en cabeza de don Pedro II, el permiso de transitar su territorio con barcos de vapor.

CAPÍTULO 4

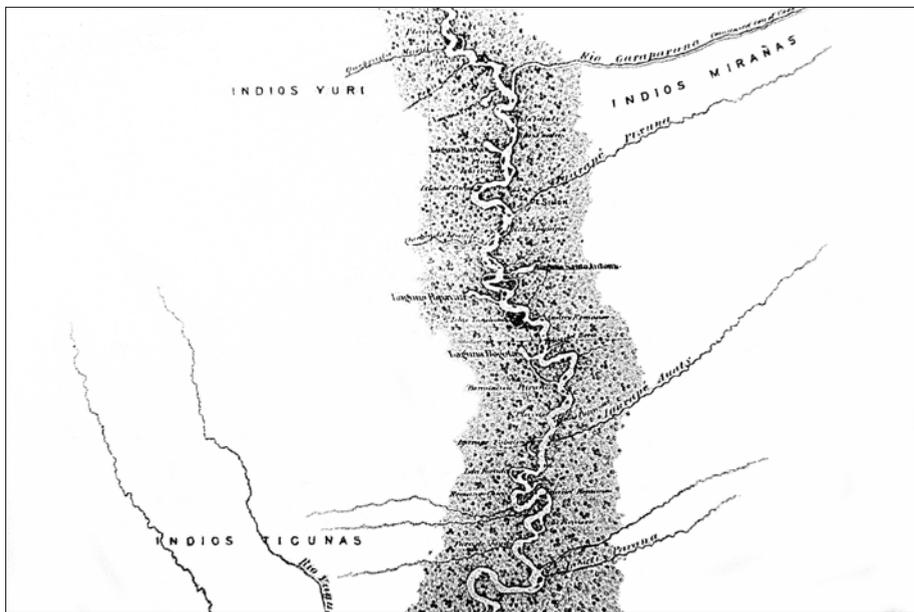
Del contacto al aislamiento

De esta forma, Reyes estableció por unos pocos años el tránsito de vapores por el Putumayo y el Amazonas. Cuando llegó a la presidencia de Colombia, entre 1904 y 1909 de forma inexplicable permitió la presencia continua de la Casa Arana en territorio colombiano, y descuidó no solo las fronteras del país, sino a los pueblos indígenas de la Amazonia.

De los viajes y exploraciones de Reyes tenemos sus memorias, escritas en 1911 durante su viaje a Europa y al Oriente medio, y un mapa del Putumayo elaborado en 1877 con Francisco A. Bissau (Reyes, 1986), en el que aparecen, entre otras etnias, los yuris, ubicados en la banda derecha del río Putumayo a la altura de la boca del río Igaráparaná. Esta ubicación parece errada, pues su territorio estaba en la banda izquierda del Putumayo, es decir al norte del río, pues al sur estaban los ticunas, yaguas y encabellados. De cualquier forma, es diciente de la situación que se vivía por ese entonces que todavía hubiera contactos entre los exploradores y los yuris.

En el texto de Reyes, escrito casi treinta años después de los hechos, se destacan varios asuntos que son de nuestro interés. Debe mencionarse, primero, que al paso del primer viaje del vapor *Tundama* desde el alto Putumayo,

MAPA 5. SECTOR DEL RÍO PUTUMAYO



Fuente: Rafael Reyes. 1986. *Memorias. 1850-1885*. Fondo Cultural Cafetero. Bogotá, p. 121.

hasta Pará, estuvieron en un poblado siona llamado Cosacunty, situado en una bella colina junto al río. Eran “quinientos indios hermosos y robustos”. A su vuelta a los tres meses encontraron que casi toda la gente había muerto y sólo había sobrevivido una india con su hijo, quien les contó que “poco después de nuestro paso por Cosacunty, había sido atacada la tribu por una especie de tisis galopante, que he observado que el hombre civilizado lleva a los salvajes del Amazonas, quienes le tienen tal horror que cuando oyen estornudar a un blanco, huyen despavoridos” (Reyes, 1986: 115, 116).

Según Reyes, los orejones estaban a mitad de camino entre el alto Putumayo y el Amazonas. Trescientos kilómetros más abajo de su asentamiento encontraron una tribu de “indios nómades”, que mambeaban coca y que los invitaron a ir hasta sus asentamientos. Por el camino, Reyes y sus amigos se asustaron y retrocedieron al río. Su forma de hablar era “como ladridos de perros” o “gritos de los monos”, y tenían un camino ancho que llevaba selva adentro. Dice Reyes que

durante diez años que hice repetidos viajes en el río Putumayo, no volví a encontrar a aquella tribu que me parecía la especie más degenerada del hombre, semejante a los pigmeos negros nómades, que Stanley encontró en su viaje a través de África (Reyes, 1986: 125-127).

Estas palabras develan el explorador eurocentrista, racista, despectivo, discriminador, con ínfulas de superioridad racial y cultural, que asignaba a los indígenas características animales para denigrarlos.

Más abajo por el sinuoso Putumayo, Reyes llegó a un asentamiento miraña¹⁴ en la margen izquierda de ese río, con una “multitud de cabañas y de sementeras de plátano y yuca”. Los mirañas llegaron al puerto “desnudos, con plumas en la cabeza, los vientres pintados de negro y la cara tatuada”. El jefe Chúa llevaba en las manos una lanza de macana y un hacha de piedra. Señala Reyes que Chúa era un gran jefe que “dominaba o mandaba a unos sesenta mil indios de diversas tribus y era el jefe más respetado y temido en la región que bañan los ríos Putumayo y Caquetá” (Reyes, 1986: 132). Este grupo pudo ser de filiación lingüística bora, emparentada con los mirañas, aun cuando la presencia de tatuajes podría indicar su identidad yuri o passé. Reyes pensaba que las tribus de esta zona tendían a desaparecer “aniquilados por las epidemias, abusadas y sacrificadas por los que hacen la caza y comercio de hombres, como en África, y por los negociantes en caucho” (Ibid.: 142). Describe entonces las expediciones esclavistas de brasileiros que subían en grandes batelones fomentando las guerras entre tribus, cambiando cautivos por mercancías y llevándolos amarrados

a vender a las poblaciones del río Amazonas, en contravía de las leyes del Brasil y Colombia.

Sobre el río Caquetá, hacia el final del periodo esclavista, en los albores del siglo XX, los arojes (gente de Guama para los mirañas) o caraballos controlaban la boca del río Bernardo en el Caquetá, y en vez de comerciar con los brasileros que subían los atacaban. En esa época, en la boca del río Bernardo había una playa que obligaba a las embarcaciones que subían a arrimar hacia el río Bernardo, donde los arojes los esperaban y los mataban con flechas envenenadas. De un ataque sólo sobrevivió una persona, quien bajó a avisar. Eso fue en el tiempo de “los últimos viajes de los brasileros”, antes de las caucherías.

Entonces el empresario ya organizó una comisión y ahí sí armados con carabinas se vinieron otra vez subiendo, subieron, subieron, llegaron a La Pedrera, pasaron Córdoba y subieron ya por el Caquetá... subieron hacia el Bernardo. -Vamos por la mitad del río porque si vamos por la orilla seguro nos van a flechar, nos van a matar-. Entonces cuando iban subiendo salieron los arojes del monte a flechar, a atacar, pero como ellos ya iban con carabina comenzaron a hacer fuego ya, mataron muchos también. Y ya digamos ya cayendo, ya con bala no aguantaron y corrieron ya y ellos armaron y siguieron detrás de ellos tiroteando. Dicen que como correr una manada de puercos, y ellos detrás de ellos haciéndoles fuego, y será los cansaron y ahí fue que dejaron dos niños, una niña y un niño, estaban muy cansados y los dejaron, pequeñitos¹⁵.

Dice el cacique miraña Boa que de esa época eran las últimas hachas que habían podido conseguir los arojes y que por eso en la expedición de rescate de Julián Gil las encontraron reducidas al mero ojo de las hachas.

El comercio de esclavos que llevaban a cabo los brasileros subsistió en el Putumayo y el Caquetá hasta finales del siglo XIX, cuando una nueva forma de esclavitud, la de los caucheros, destruyó y diezmó a los grupos indígenas de la Amazonia colombiana, llevando unos a su extinción, otros a soportar un régimen de intensos sufrimientos y millares de muertos, y otros al aislamiento en zonas alejadas de difícil acceso.

YORIMANES, YURIMAGUAS Y YURIS

Para recapitular es conveniente reflexionar sobre los testimonios de los viajeros antiguos del Solimões y sus afluentes, en el sentido de mostrar la continuidad histórica entre los cacicazgos yorimanes conocidos poste-

riormente como yurimaguas y, después, entre los yurimaguas y los yuris (y los yurupixunas). Habríamos probado así la equivalencia étnica y cultural entre estos pueblos indígenas. Para esto contamos con la etimología de ciertas palabras clave, indicios lingüísticos, pues no existe un vocabulario yurimagua del que tengamos conocimiento, con aspectos de tipo territorial que podrían mostrar la coincidencia o vecindad de los territorios en diversas épocas, y con características culturales que demostrasen una relación de parentesco cultural y rasgos comunes. Veamos entonces cada uno de estos aspectos.

Cuando Cristóbal de Acuña bajó por el río Amazonas en 1639, a la altura de los ríos Coarí y Purus encontró la población más guerrera y más poblada del río, conocidos como yorimanes. En el cuidadoso análisis que Antonio Porro hace sobre los cacicazgos que habitaban el Amazonas entre la boca del río Negro y Tabatinga, concluye que debido a la entrada de expediciones guerreras y esclavistas a este sector del río, hubo una dislocación territorial en que los yorimán migraron Amazonas aguas arriba, instalándose cerca de la boca más occidental del Caquetá, entre Fonte Boa y la bocas del río Juruá, encontrando allí la protección del padre Fritz y las misiones españolas. Dice Porro que yorimán y yurimaguas son sinónimos, y termina por afirmar que debido al “avance lusobrasileiro por el río Solimões las aldeas de los yurimaguas fueron devastadas” y la población restante migró hacia el alto Amazonas o Marañón, donde fundaron el poblado de Nuestra Señora de las Nieves de Yurimaguas, en el río Huallaga. “En el río Solimões los pocos yurimaguas que escaparon a los “descimientos” y no fueron atraídos por las misiones españolas fueron reunidos por los carmelitas portugueses en las misiones de Tefé y Coarí...” (Porro, 1995: 119).

Sobre la lengua yurimagua se especuló que fuera de filiación tupí, pero Fritz señala que la lengua de los yurimaguas es “del todo diferente de la de los Omaguas” (Fritz, 1997: 111). Esto es muy importante, pues si los yurimaguas hablaban una lengua tupí, como la lengua omagua, mundurucú o tupinamba, no podrían estar relacionados con los yuris actuales.

Parte de la erudición de Martius se observa en sus esfuerzos por develar la etimología de muchas palabras, especialmente de la lengua geral, una degeneración de la lengua tupí que estuvo muy difundida en la cuenca amazónica. Según él, la palabra yurimagua se deriva de la palabra “iurú” o “yuru”, que quiere decir boca, y “aba” o “ava” (o agua) que quiere decir hombre. De esta forma yurimagua o Iurú-m-auá, querría decir hombre-boca, lo que se explicaría por la costumbre de tatuarse alrededor de la boca.

Pero entonces la apelación hombre-boca y boca-negra se extendería no sólo a los yuris sino a todos los grupos de la zona que se tatuaban la boca (o el rostro), incluyendo a los yuris como tales, los passés, los jumanas o xumanas, los xama, los tumbira, los pariana y los tamuána. Por otro lado, Martius afirma que las palabras sorimão-sorimões-iorimaús son sinónimos.

Sobre los yurimaguas o sus vecinos no tenemos información de tatuajes en el rostro, aun cuando el hecho de que fueran nombrados *gente Boca* hace pensar que en la boca y el rostro se destacaba algo muy evidente. Otra posibilidad es que los tatuajes hayan surgido como un desarrollo cultural del siglo XVIII, aun cuando su complejidad entre tantas tribus no puede haber surgido de un día para otro. Los tatuajes de los yuris, passés, uainumás y jumana son bastante elaborados y destacan en sus fisonomías una especie de nobleza y distinción a costa de procedimientos dolorosos de tatuaje.

De esta forma tenemos serios indicios de la equivalencia entre los yorimán del cacicazgo situado entre el Coarí y el Purus en el siglo XVI, los yurimaguas de la zona comprendida entre Fonte Boa, Tefé y Coarí a finales del XVII, y los yuris y sus vecinos que se tatuaban la boca ya en el XVIII y que se encontraban dispersos por los bajos de los ríos Caquetá y Putumayo. Es interesante además que fue a partir de Coarí desde donde Martius comenzó a identificar familias ya aculturadas de yuris, passés y otras tribus que vivían en pueblos del Solimões, precisamente en el territorio de los antiguos yorimán-yurimaguas (Martius y Spix, 1981: 171). En efecto, más adelante, cuando hace la lista de tribus que vivían en Ega o Tefé, menciona a los “uainumás, tamuanas, sorimões, iauanás, jupiauas, achuráis, jumás, manaus, coretus, xamás, passé, juri, uaiupis y coerunas”, manifestando que “esta mezcla de gentes era casi toda primitivamente moradora de las márgenes del Solimões entre el Coari y el Jutái...” (Ibid.: 179). Esto nos reafirma en nuestra hipótesis de que los yuris y algunos de sus vecinos descienden de los pueblos organizados en cacicazgos a lo largo del medio Amazonas o Solimões.

Martius dice que los yuris

se consideran como una de las tribus emparentadas con los passés, y sin duda antiguamente estaban hermanadas. Su lengua tiene el mayor parentesco, sus insignias nacionales son las mismas, y hasta la forma de sus cuerpos presenta una extraña semejanza. Costumbres, hábitos, armas, enemigos, creencias religiosas y cosmogónicas son idénticas entre ambos.

A pesar de la similitud cultural entre los yuris y los passés, los trabajos lingüísticos adelantados por Juan Álvaro Echeverri en el marco de

esta investigación desvirtúan parentesco lingüístico alguno entre el yuri y el passé, pues los passés pertenecen a la tradición arawak y la lengua yuri es independiente.

Bates dice que los passés se parecían a los ahora extintos indígenas que vivían en el Solimões, los yurimaúas o sorimóas, por sus figuras esbeltas y su disposición amigable (Bates, 1930: 305). La opinión generalizada sobre los passés era que representaban la nación más avanzada de la región amazónica por sus hábitos, industriosisdad, fidelidad y belleza personal. Debido a su filiación lingüística arawak, tal vez los passés estuvieron emparentados con grupos arawak del bajo río Negro como los manaos y baré, quienes tenían frecuentes contactos con los grupos del Solimões, a los que les llevaban herramientas que cambiaban por conchas de caracoles. Es posible también que passés, jumanas y uainumás desciendan de los aisuares o ibanomas mencionados por Fritz, según el cual la lengua de los aisuares era diferente de la yurimagua, por lo que podría ser arawak.

Respecto de la cultura material de los indígenas del Solimões a comienzos del siglo XIX, es muy diciente de su tradición cultural de *várzea* que Martius haya destacado un mayor grado de “civilización e industria”, que se manifestaba en sus

utensilios y armas de madera, finamente pulidos o pintados o adornados con plumas de pájaros, los tejidos (traçados) y losa de barro -todo indicaba una especie de perfección que sólo se adquiere con diligencia sosegada, casi cómoda. También parecía que ellos apreciaban sus objetos no sólo por su utilidad sino con una especie de pasión.

Además, no accedían a cambiarlos por artículos europeos y menos si eran sus cerbatanas o el veneno de sus flechas, que Martius comenzó a ver a partir de Coarí (Martius y Spix, 1981: 173).

Martius afirma que el curare era el principal objeto de comercio entre los indígenas y que recorría una inmensa zona desde el piedemonte andino hasta el interior del Brasil. Destaca además su uso y el complejo proceso de transformación de la yuca brava como dos rasgos de civilización. Así mismo, la elaboración de las cerbatanas y los carcaj (estuche de dardos), que demostraban un grado de avance cultural característico de sociedades complejas. Tanto Martius como Bates mencionan la costumbre de yuris y passés de enterrar a sus muertos en urnas de cerámica.

Por último, la presencia de un ritual con flautas y con aplicación de azotes subsistió durante varios siglos, lo mismo que algunas armas como

las cerbatanas y los escudos de pieles, las máscaras y la elaborada cerámica característica de los cacicazgos amazónicos.

Pueblos indígenas como los yuris, los passés y los jumanas fueron mencionados continuamente durante los siglos XVIII y XIX, sobre todo en los ríos Japurá-Caquetá y Putumayo-Içá. No obstante, al finalizar el XIX y a comienzos del XX desaparecieron como por arte de magia, volviendo a aparecer, por lo menos los yuris, en 1969. A continuación veremos la frágil continuidad histórica entre estos grupos indígenas y sus descendientes a partir de algunas fuentes de comienzos del siglo XX.

ÚLTIMAS NOTICIAS

El siglo XX comenzó con el auge de la extracción de caucho, que con precios crecientes y el barco de vapor hicieron de la Amazonia un espacio en que los intereses nacionales e internacionales desempeñaron un papel cada vez más importante, llevando incluso a la guerra entre países por zonas fronterizas en disputa: Bolivia y Brasil combatieron por el Acre, Ecuador y Perú por el Napo, y Colombia y Perú por el Putumayo. La Amazonia adquirió valor y el control de la mano de obra indígena se volvió un asunto de la mayor importancia. El sistema del endeude definió las relaciones de explotación y los indígenas fueron esclavizados con base en deudas reales o ficticias. Frente a esta nueva situación, algunos grupos que habitaban los ríos Caquetá y Putumayo buscaron refugio en zonas aisladas, entre las cuales la del Puré resultó ser la más adecuada, pues ha demostrado ser casi invulnerable.

Cerca de cincuenta años después de los viajes de los naturalistas Wallace y Bates, de mediados del XIX, en pleno auge del caucho, el explorador alemán Theodor Koch-Grünberg pasó por la boca del Apaporis. Al final de su viaje por el Isana, el Ayarí, el Vaupés, el Piraparaná y el Apaporis, cuenta que llegó al establecimiento cauchero de La Libertad, en la zona del actual chorro de Sucre, el último chorro del Apaporis. Allí vivían un alemán llamado Ernst Berner, que trabajaba con la Casa Calderón, y algunos indígenas de las etnias uitoto, miraña y carijona en condiciones de servidumbre. Al llegar a la boca del Apaporis en el Japurá a comienzos de 1905, Koch-Grünberg encontró el establecimiento del cauchero colombiano Cecilio Plata, en Puerto Nariño, orilla izquierda del Caquetá, hoy en día Villa Bittencourt (Brasil). Allí se encontró con Faustino Kueretú, administrador del sitio y quien según la tradición de la gente del río Mirití

era el intermediario comercial con los brasileros y colombianos. Según el alemán, unos pocos kueretús vivían todavía en la quebrada Aguanegra, afluente del Mirití.

En Puerto Nariño, Koch-Grünberg se enteró de las matanzas de mirañas perpetradas por los caucheros en el Cahuinari y el Japurá. En la orilla izquierda del Japurá encontró la gran isla de Agutipurú, donde habían vivido los miránya-karapaná-tapuyo, los zancudos:

habían muerto o se habían trasladado. En otro sitio, sobre la orilla derecha, el jefe de los miránya-arára-tapuyo había tenido una gran maloka con mucha gente. Todos habían muerto. Enfrente se encontraba la *capoeira* (rastrojo) de un brasilerero. Los miránya lo habían matado con un hacha porque les había dado latigazos (Koch-Grünberg, 1995: 293).

Dos días aguas abajo de Puerto Nariño el viajero encontró el asentamiento llamado Gurupá, de Manuel Francisco de Macedo, localizado en el brazuelo Amaná-Paraná-Mirí. Aunque el Japurá era muy rico en tortugas, cacería, peces y caucho, no había casi gente y tampoco medios de transporte.

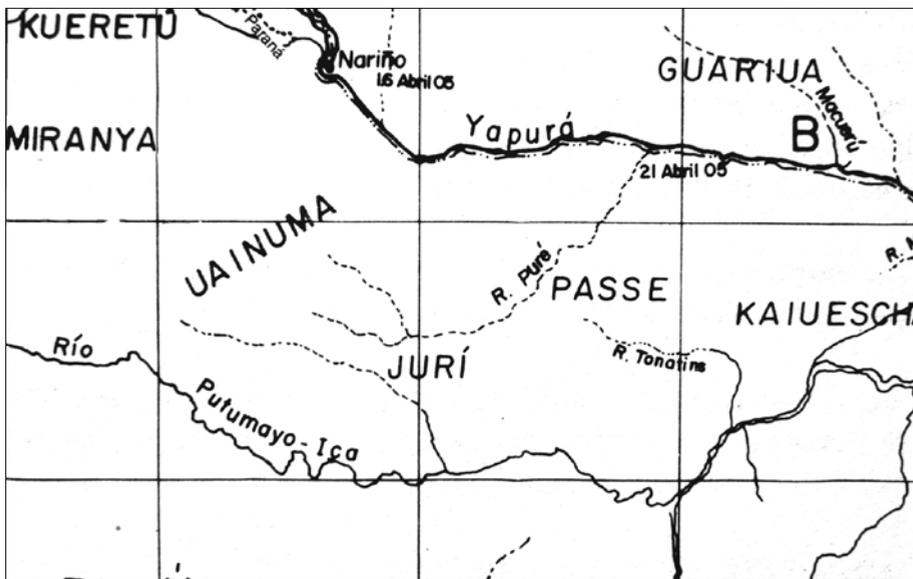
Al cuarto día de viaje llegó al río Puré, donde halló dos casas abandonadas de yuris y passés. El Puré es

un ancho afluente del lado derecho de aguas negras... El Puré sólo tiene *cachoeiras* en su lugar de origen al cual se puede llegar después de un mes de viaje en canoa. Allí habitan los yuris y passés. El río se divide en dos arroyos de origen, de los cuales uno viene del occidente y el otro del norte. En el primero, que está unido por una corta trocha con un afluente del Içá¹⁶, habitan los yuru pischuna (los de boca negra), llamados así por su tatuaje tribal de color negro, que les rodea la boca. Son una subtribu de los yuri. El otro arroyo es la región de los uainumá, de los cuales se dice que son muy salvajes y que viven en constante pelea con los passé, para lo cual utilizan lanzas envenenadas. Se dice que todos estos grupos son muy numerosos. Tienen grandes tambores de señales y al igual que los tukúna, quienes habitan al sur de ellos, tienen también diferentes máscaras y danzan con ellas (Koch-Grünberg, 1995: 293).

Esta es la última mención certera de un viajero o explorador a los yuris, passés y uainumás antes de 1969, y dada su ubicación sobre el Puré y sus afluentes nos ratificó en la idea de que estos tres grupos podrían sobrevivir todavía en esta zona.

Algunos indicios de tipo geográfico nos ayudan a reafirmar la idea de la supervivencia de los yuris. En un mapa de la casa Arana de 1907 aparece

MAPA 6. DETALLE DEL MAPA DE LAS EXPEDICIONES DE THEODOR KOCH-GRÜNBERG

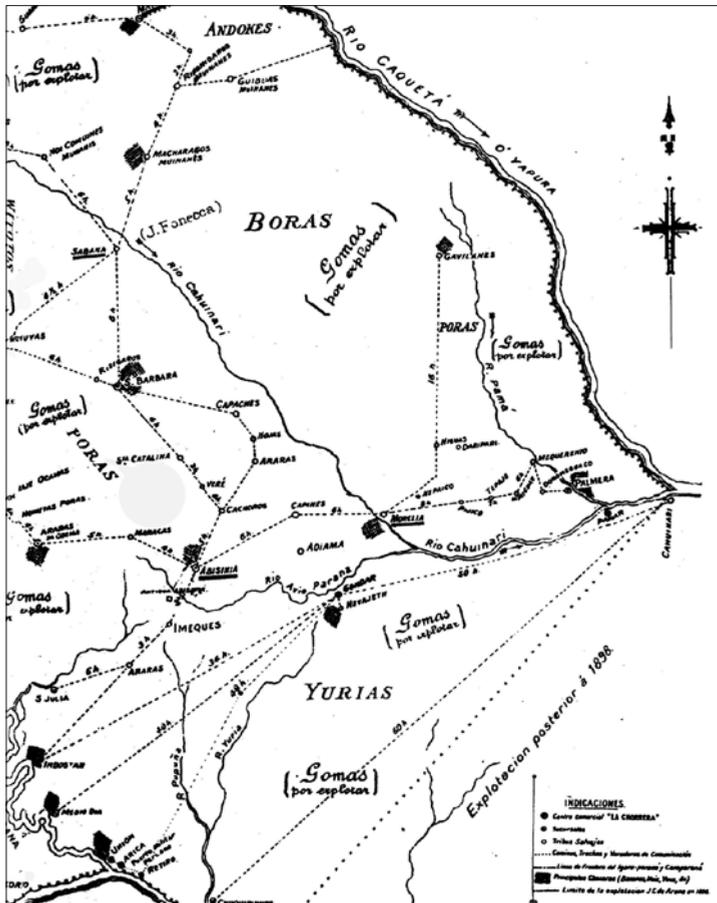


Fuente: Theodor Koch-Grünberg. 1995. *Dos años entre los indios*. Editorial Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, p. 9.

la tribu de los yurias al sur del río Avio Paraná, hoy río Caimo, y al oriente del río Yuria o Pupuña. Aparece además una trocha desde la boca del río Cahuinarí hasta la boca del Pupuña, enmarcando a los yurias entre esta trocha y los ríos antes mencionados (Casement, 1997).

Al parecer la Casa Arana y sus capataces lograron llegar a tierras yuris en las cabeceras del Puré, pero no lograron ponerlos a trabajar en el caucho, pues no aparecen en ningún documento sobre esta nefasta empresa, fuera de este mapa. Es posible que varios factores hayan influido en esto: primero, que por su ubicación al suroriente de las casas caucheras de los peruanos hubieran podido migrar lo suficiente al oriente como para evitar ser dominados. Segundo, porque la resistencia de los boras y mirañas en el Caimo y en el Cahuinarí, en la zona de influencia de las secciones caucheras de Abisinia y Morelia, hizo difícil la expansión de la Casa Arana hacia el suroriente. Por último, los escándalos del Putumayo que tuvieron resonancia internacional a partir de las contundentes denuncias de sir Roger Casement en 1910 habrían frenado la expansión de la Casa Arana, dejando las zonas periféricas sin intervención.

MAPA 7. DETALLE DEL MAPA “CROQUIS DE LA ZONA TERRITORIAL DEL RÍO PUTUMAYO OCUPADA POR LAS EMPRESAS J.C.ARANA HERMANOS...” POR EL SR. VÍCTOR MACEDO. CIRCA 1907

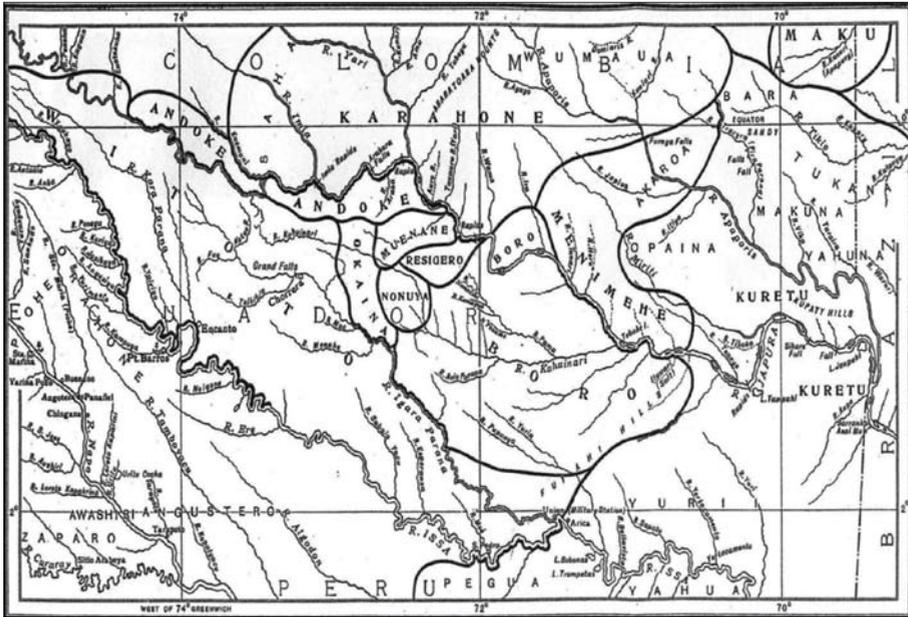


Fuente: Roger Casement. 1997. *Roger Casement Diaries. 1910: The Black and the White*. Edited by Roger Sawyer. Pimlico. Londres.

En el mapa del viajero inglés Thomas Whiffen, quien estuvo en la región en 1908 y mantuvo su boca cerrada sobre las atrocidades que se cometían en el Putumayo, los yurís aparecen en la parte inferior derecha del mapa.

En 1918, el padre capuchino Gaspar de Pinell intentó restablecer la navegación colombiana por el río Putumayo, encontrando escollos y problemas con los peruanos, que al final le impidieron el libre paso por este río. Sin embargo, durante su viaje, entre la desembocadura del río Igaraparaná y el Yaguas, en una zona despoblada del Putumayo, menciona la aparición de

MAPA 8. CUENCA DEL ISSÁ-JAPURÁ MOSTRANDO GRUPOS LINGÜÍSTICOS



Fuente: Thomas Whiffen. 1915. *The North West Amazon. Notes of some months spent among cannibal tribes.* Constable and Company. Londres, p. 59.

varias canoas viejas, rudimentarias, vaciadas a fuego y sin pulir por la parte exterior, abandonadas en medio de palizadas o entre las malezas de las orillas del Putumayo... supimos que eran potrillos de los salvajes que no han entrado aún en relaciones con los blancos, y que para fabricarlas se sirven de hachas de piedra y del fuego (Pinell, 1924: 45).

De esta forma constatamos la presencia de tribus aisladas en afluentes del Putumayo, en el sector de río conocido como territorio yuri desde tiempos coloniales.

El cura misionero francés Constant Tastevin, instalado en los años veinte de ese siglo en Tefé, menciona la colonización del Japurá por los brasileros, señalando que

los primeros intentos por recolonizar el Japurá desde el Brasil los hizo Manuel Francisco de Macedo Gurupá, en 1895, en el sitio de Igualdade, sobre la banda sur del Japurá, arriba de la boca de río Puré. En ese tiempo había sólo tres sitios con pobres ranchos que se llamaban Floresta, Alta Mira y San Antonio de Mameloca, en donde un tal Raymundo Castanha había reunido cerca de veinte familias Miranha, Uitotos y Upaira.

En la boca del Puré encontró a Geraldo Bentes, quien se hallaba allí desde 1892. Tastevin dice que esta invasión perjudicó los intereses de los makú, quienes “desde la desaparición de los Yuri, Pacé, Xomana, Coeruna, etcétera, estaban explotando una verdadera mina de huevos de tortuga, depositados cada año entre octubre y febrero en las playas del río Japurá” (Tastevin, 1923).

Tastevin menciona que en 1921 arriba de la boca del Puré había veintidós indígenas de diversas tribus entre las cuales tanimbuka, kueretu, yahuna, yukuna y makú (Tastevin, 1921: 173). Las lenguas de los yukuna del Mirití paraná, los passés, los wainumás del Puré y el Yauamí y aun los kawisana o kayuisana del Maparí, eran de la familia lingüística arawak (Tastevin, 1923a). Estos últimos eran conocidos como hijos del sol e hijos de la noche: Kuraso tapohoya y Potuna tapohoya, respectivamente (Tastevin, 1921: 173).

Unos años más tarde, en 1925, en su *Corografía del estado del Amazonas*, Agnello Bittencourt reconoce que Tefé tenía una población de mil quinientos habitantes, “descendientes en su mayor parte de las antiguas tribus (achouaris, jumas, juris, manáos, passés, tauanas, etcétera) reunidas originalmente por el padre Fritz”. Menciona además la existencia de jumanas, uainumás y cueretús en el bajo Japurá, y de yuris en el alto Solimões, con un signo de interrogación (Bittencourt, 1985).

Por otro lado, en 1929, en su concienzudo estudio sobre los ticunas, Nimuendajú planteó relaciones de parentesco lingüístico entre los ticunas y los yuris, “ex habitantes del curso inferior del río Yapurá, y cuyo parentesco no sólo se manifiesta en el léxico sino también gramaticalmente, en el sistema pronominal, sobre lo cual el propio Rivet ya llamó la atención” (Nimuendajú, 1982/1929). Nimuendajú consideró a los yuris extintos.

Darcy Ribeiro, en su análisis de la situación de integración de los grupos indígenas brasileiros entre 1900 y 1957, estableció que en este último año tanto los yuri como los uainumás, passé y los yumanas estaban extintos. En 1900, esos grupos estaban en contacto permanente (yuri) o integrados (passé y uainumá) a la sociedad nacional brasileira (Ribeiro, 1977: 40-57).

El censo indolingüístico de Colombia del padre capuchino Castellví (1962), elaborado en los años cuarenta y cincuenta del siglo XX, ubicó como grupos extintos a los uainumás entre el Upiá y el Cahuinarí, a los passés en el bajo Putumayo, y a los yumana (Chumana), entre los ríos Puré y Joamí, como pertenecientes a la familia lingüística arawak. Clasifica a los tamanis y aarufi como grupos yuris, de la quebrada Tamani, afluente del río

Putumayo y de la quebrada Okkasigwana, afluente del Caquetá. Considera su lengua no identificada y afirma que podría ser yurí-karib (Ibid.: 31, 41)¹⁷. Más adelante, en su listado de etnias de Colombia menciona a los yuris de filiación lingüística karibe (en parte), viviendo en Santa Clara-alto Puré-Karatué-Yuri, y menciona que había cerca de diez dialectos yuris (Ibid.: 219). Es sorprendente que a mediados del siglo XX Castellví considerara que los yuris todavía vivían en Colombia, mientras que todo el mundo los daba por extintos.

En 1968, un año antes de la aparición de un grupo indígena desconocido en las selvas del río Puré, el lingüista Cestmir Loukotka publicó su libro (Loukotka, 1968) sobre la clasificación de las lenguas indígenas suramericanas, y en cuanto a las etnias que nos interesan planteó lo siguiente: las lenguas de los uainumá, mariaté, jumana, passé y cauichana pertenecen a la familia lingüística arawak, lo mismo que las lenguas yucuna y resigero. Sobre la lengua uainumá (Ajuano, Inabishana, Uaypí, Uainamby-tapuya) señala que es una lengua extinta que se habló en el río Upí, un afluente del Içá. De la mariaté o muriaté dice que se habló en la boca del Içá. Dice que el jumana o shomana es una lengua extinta que se habló en los ríos Puré y Joamí, en el estado de Amazonas, Brasil. Sobre el passé o pazé dice que es otra lengua extinta que alguna vez se habló en los ríos Negro, Japurá e Içá. Los pocos sobrevivientes sólo hablan ahora portugués (Ibid.: 138). Por último señala que el yuri es una lengua aislada, que se habló una vez en el río Puré, en Colombia, y entre los ríos Içá y Japurá, en el Brasil. “Ahora está tal vez extinta” (Ibid.: 190).

Vemos pues que a pesar de que la mayoría de las fuentes modernas consideraban a estos grupos extintos, tenemos la certeza de la existencia de un grupo aislado de habla yuri en las cuencas del río Puré, y varios indicios que fundamentan la existencia en esta región de los passés, uainumás y tal vez los jumanas, los grupos arawak más meridionales de Colombia. Tras más de cuatrocientos años de resistencia, y contra todos los pronósticos, estos grupos habrían sobrevivido.

NOTAS

- 1 Martius dice que los indios acostumbraban la práctica del animalismo con las hembras del manatí, dada su semejanza orgánica con el cuerpo humano y con el fin de tener suerte en la caza.
- 2 Tuxauas, escrito también tubixaba o tuchaua.
- 3 El río Upí parece corresponder al Pupuña actual.
- 4 Payé es sinónimo de chamán o brujo.
- 5 Población fundada por el gobernador JJ Vitorio da Costa en 1808, con indios de las tribus juris, coretus y jamas que vivían en los bosques de sus cercanías. Era la colonia más extrema de los portugueses en el Japurá y estaba en la margen norte de ese mismo río. Allí los hombres estaban casados con mujeres uainumás.
- 6 Martius distingue diversas bebidas, entre las que menciona el *caxiri* (de frutas de monte y de chontaduro), el *cauim*, hecho de yuca dulce y batatas fermentadas, y el *pajauaru*, hecho con base en cazabe (*beiju*).
- 7 Durante la expedición de límites, en 1782, los coretus vivían en el bajo río Apaporis.
- 8 La descripción detallada del baile se encuentra en la página 221.
- 9 Lo que Martius llama dardos son unas flechas de más de un metro de largo que se llevaban en manojos guardados en estuches de guadua y agarradas junto con el escudo.
- 10 Por *descimento* entendían los portugueses la acción de capturar indios en los cursos altos de los ríos y bajarlos a trabajar en las colonias portuguesas del Solimões, río Negro y Amazonas.
- 11 Este río sería un afluente del Içá, muy seguramente el Pupuña o Yuria.
- 12 Este grupo, aun cuando es denominado miraña, en realidad es uno perteneciente a la familia lingüística witoto, lo mismo que los coerunas.
- 13 Los manaos cambiaban estas conchas por esclavos que vendían en el Orinoco, a cambio de herramientas.
- 14 La identificación de este grupo como miraña solo puede explicarse si se considera que los boras, sus parientes lingüísticos y con quienes comparten muchos rasgos culturales, tenían su territorio en el sector comprendido entre los ríos Igaraparaná, Caimo y Putumayo.
- 15 Entrevista con José Enrique Miraña, Puerto Remanso del Tigre, mayo de 2010.
- 16 Este afluente debe ser el Pupuña o Yuria.
- 17 La quebrada Okkasigwana sería el río Bernardo, el mismo río Dedo de los mirañas (Frank Seifart, comunicación personal).

1. MILITARES EN LA MALOCA DURANTE LA EXPEDICIÓN DE RESCATE DE JULIÁN GIL, 1969



Foto cortesía de Valois Rojas.

2. MALOCA MEDIA O ABIERTA. CIRCA 1976



Foto cortesía de Valois Rojas.

3. MALOCA MEDIA O ABIERTA. CIRCA 1976

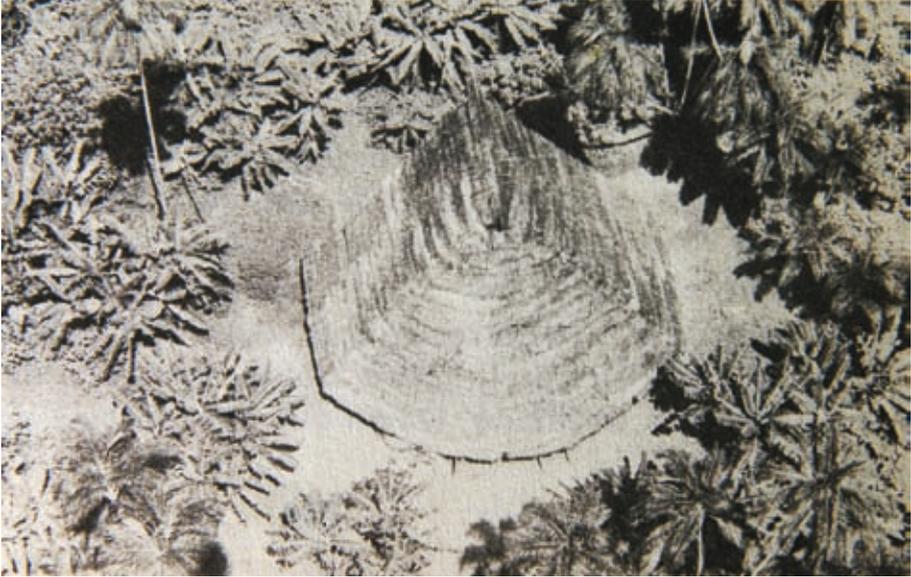


Foto cortesía de Donald Fanning.

4. MALOCA MEDIA O ABIERTA. CIRCA 1976



Foto cortesía de Donald Fanning.

5. EN CAMINO A LA MALOCA, 1969



Foto Ives-Guy Bergès. 1970: foto 31.

6. YVES-GUY BERGÈS CON CARABALLO Y AMAZONAS EN LA PEDRERA, 1969



Foto Ives-Guy Bergès. 1970: foto 23.

7. MONJA LAURA CON AMAZONAS EN LA PEDRERA, 1969



Foto Ives-Guy Bergès. 1970: foto 16.

8. CARABALLO EN LA PEDRERA, 1969



Foto Ives-Guy Bergès. 1970: foto 11.

9. LLEGADA A LA MALOCA DE LA EXPEDICIÓN
DEL PERIODISTA FRANCÉS YVES-GUY BERGÈS, 1969



Foto Yves-Guy Bergès. 1970: foto 36.

10. JÁCOME CABRERA, HERMANN DOMÍNGUEZ Y LA FAMILIA DE CARABALLO, 1969



Foto: Joaquín Molano Campuzano, 1972: 135.

11. CARABALLO Y SU FAMILIA DESEMBARCANDO, 1969



Fuente: archivo del padre Antonio Jover Lamaña. Cortesía Anastasia Candre.

12. INDIO JUMANA O CHUMANA



Fuente: Paul Marcoy. 1873: 412.

13. INDIOS PASSE Y YURI



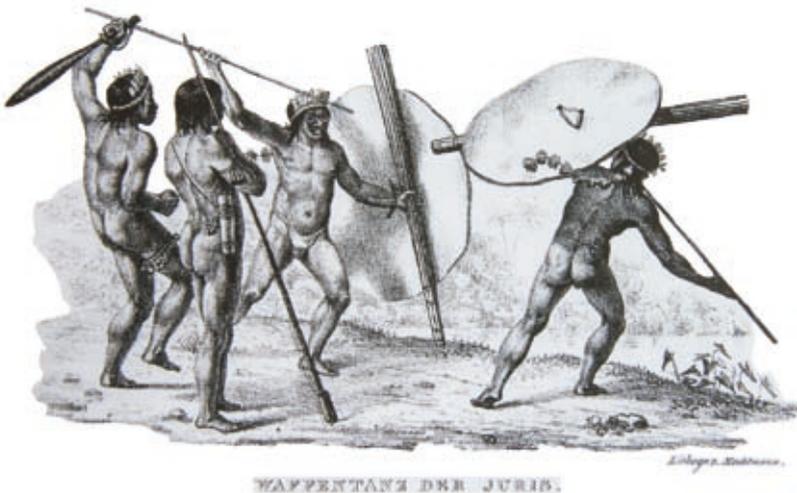
Fuente: Paul Marcocoy. 1873: 413.

14. SAN ANTONIO DE IÇÁ



Fuente: Paul Marcoy, 1873: 415.

15. DANZA DE GUERRA YURI



Fuente: Jörg Helbig (editor). 1994: 135.

16. INDIO YURITABOCA



Fuente: Jörg Helbig (editor). 1994: 63.

17. INDIO YURI



Fuente: Jörg Helbig (editor). 1994: 247.

18. INDIA PASSÉ



Fuente: Jörg Helbig (editor). 1994: 63.

19. INDIA UAINUMÁ



Fuente: Jörg Helbig (editor). 1994: 163.

20. INDIO JUMANA



Fuente: Spix & Martius. 1981: 243.

21. CORONA DE PLUMAS DE LOS YURIS



Cortesía del Staatliches Museum für Völkerkunde München/State Museum of Ethnology Munich. Fotógrafo: Swantje A.-Mulzer.

22. MÁSCARA DE TIGRE DE LOS YURIS



Cortesía del Staatliches Museum für Völkerkunde München/State Museum of Ethnology Munich. Fotógrafa: Marianne Franke.

23. MÁSCARA DE GARRAPATA DE LOS YURIS



Cortesía del Staatliches Museum für Völkerkunde München/State Museum of Ethnology Munich. Fotografía: Marianne Franke.

24. MÁSCARA DE YURUPARÍ DE LOS YURIS



Cortesía del Staatliches Museum für Völkerkunde München/State Museum of Ethnology Munich. Fotógrafo: Swantje A.-Mulzer.

25. MÁSCARA DE PESCADO DE LOS YURIS



Cortesía del Staatliches Museum für Völkerkunde München/State Museum of Ethnology Munich. Fotografía: Marianne Franke.

26. BANCO RITUAL YURI



Cortesía del Staatliches Museum für Völkerkunde München/State Museum of Ethnology Munich.
Fotógrafo: Swantje A.-Mulzer.

27. CARCAJ PARA LLEVAR LAS FLECHAS DE LAS CERBATANAS DE LOS YURIS



Cortesía del Staatliches Museum für Völkerkunde München/State Museum of Ethnology Munich. Fotógrafo: Swantje A.-Mulzer.

28. GARROTE O MACANA DE LOS YURIS



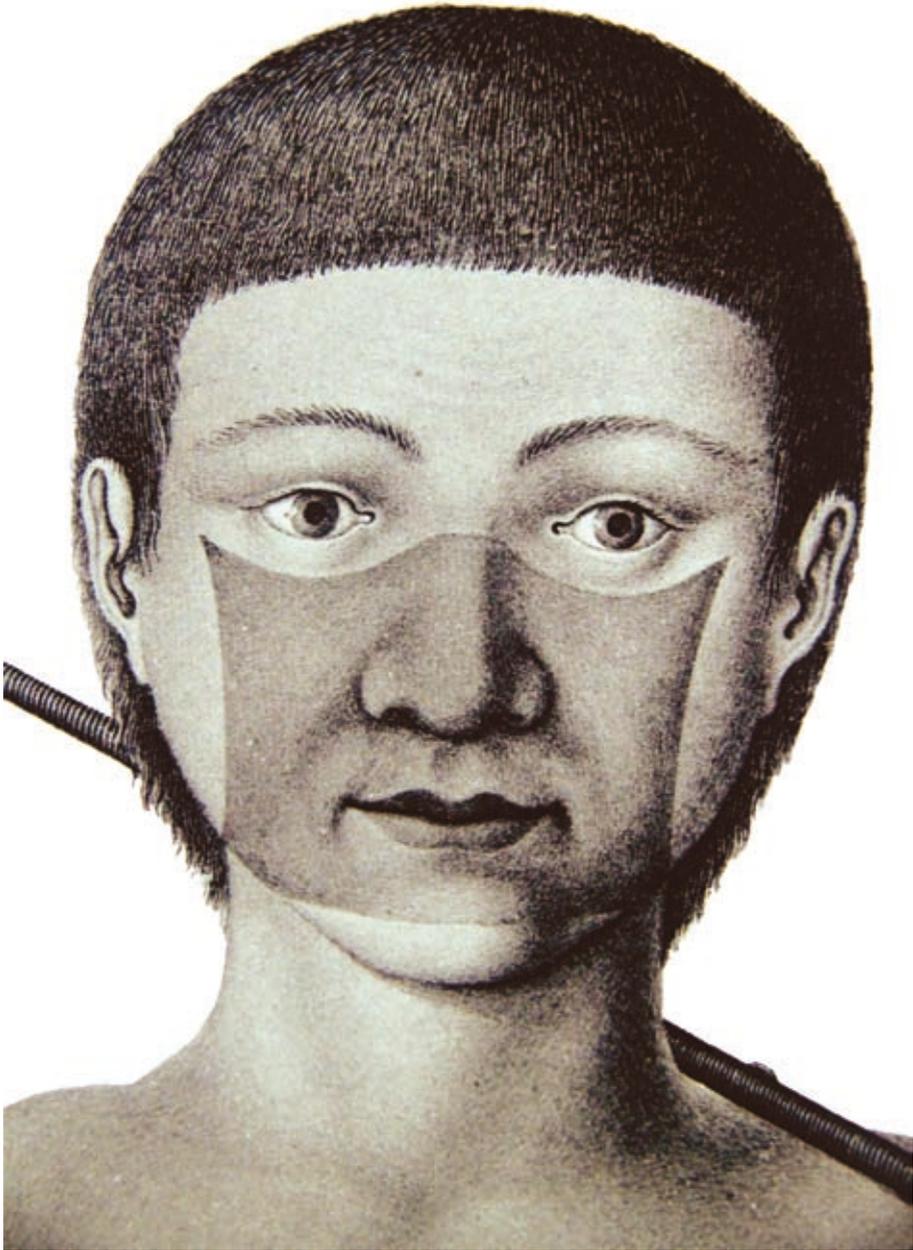
Cortesía del Staatliches Museum für Völkerkunde München/State Museum of Ethnology Munich. Fotografía: Marietta Weidner.

29. INDIO YURUPIXUNA CON TATUAJE FACIAL



Fuente: Alexandre Rodrigues Ferreira. 1974.

30. INDIO YURUPIXUNA CON TATUAJE FACIAL



Fuente: Alexandre Rodrigues Ferreira. 1774.

31. INDIO YURUPIXUNA CON MANTO DE JAGUAR



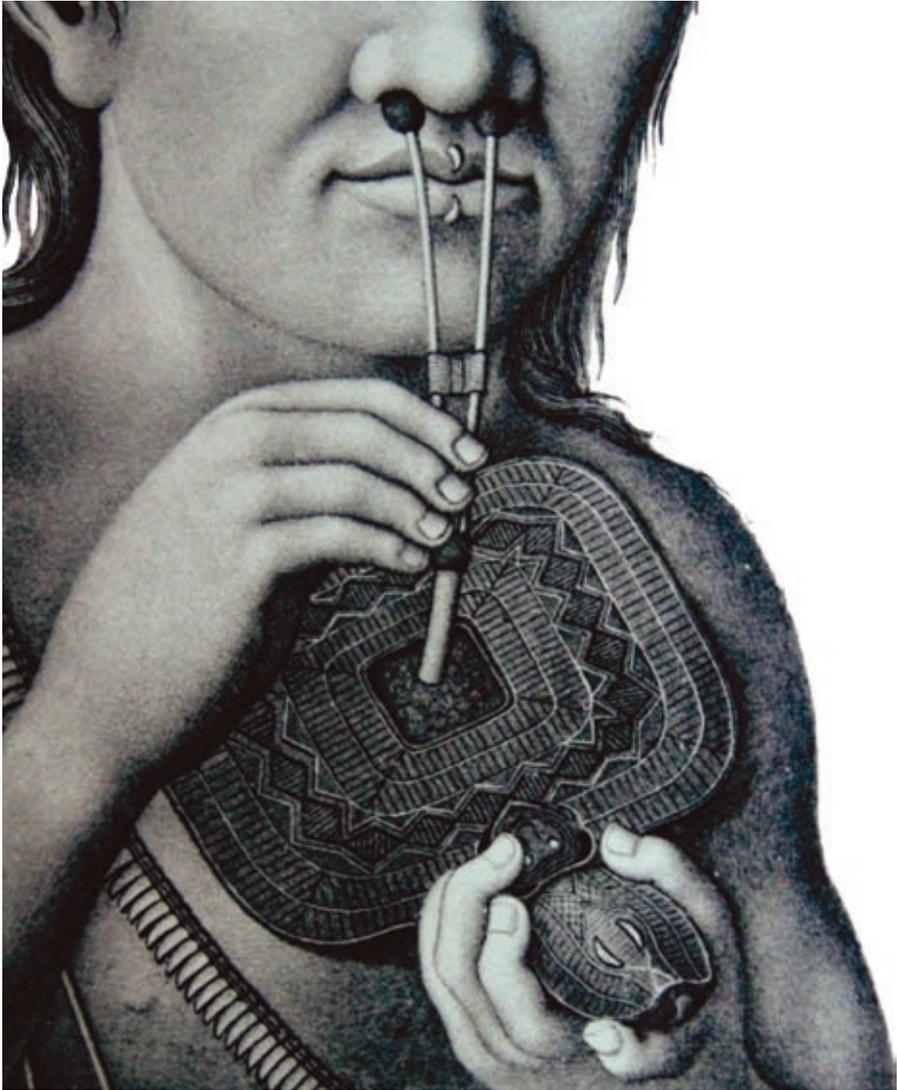
Fuente: Alexandre Rodrigues Ferreira. 1974.

32. TIPOS DE TATUAJES FACIALES DE LOS YURUPIXUNAS



Fuente: Alexandre Rodrigues Ferreira. 1974.

33. INHALANDO PARICÁ



Fuente: Alexandre Rodrigues Ferreira. 1974.

34. ACUARELA DEL RAUDAL MIRÍ (ACUARELA DE FRANCISCO REQUENA, 1782



Fuente: Catholic University of America, Oliveira Lima Library.

35. DETALLE DEL “MAPA DEMOSTRATIVO DE LAS EXPLORACIONES HECHAS POR LOS HERMANOS REYES EN AMÉRICA DEL SUR, MÉXICO, 1901”.
LAS CALAVERAS CORRESPONDEN A SUPUESTAS TRIBUS ANTROPÓFAGAS



Fuente: Rafael Reyes. 1979: 41.

36. PISTA DEL NARCOTRÁFICO EN LA REGIÓN DEL PURÉ

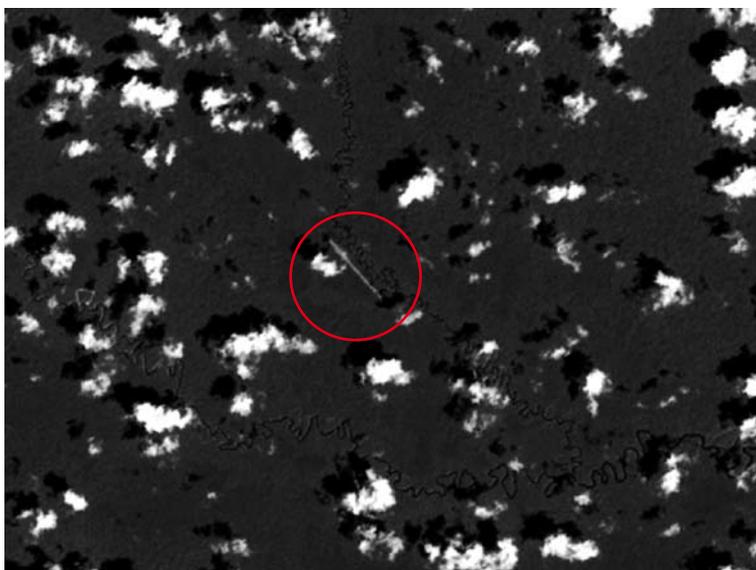


Imagen: Google Earth. 2011

37. RASTROJO DE ANTIGUO ASENTAMIENTO



Foto Cristóbal von Rothkirch, 2010.

38. CHONTADURAL VIEJO Y PLATANAL



Foto Cristóbal von Rothkirch, 2010.

39. MALOCA YURI PASSÉ



Foto Cristóbal von Rothkirch, 2010.

40. MALOCA YURI PASSÉ



Foto Cristóbal von Rothkirch, 2010.

Capítulo 5

HUELLAS, TROCHAS Y MALOCAS

Las selvas situadas entre el Caquetá y el Putumayo en la frontera de Colombia con el Brasil son muy poco conocidas. Hace unos ciento veinte años, dos, tres, ¿o cuatro?, pueblos indígenas que vivían en los cursos bajos de los ríos Japurá e Içá, y también en las cuencas de algunos de sus afluentes, se aislaron definitivamente del mundo circundante, manteniéndose allá a pesar de todos los sucesos ocurridos a lo largo de ese transcurso de tiempo. Dichos grupos ya conocían esos ríos y los habitaban desde por lo menos el siglo XVIII, tal como vimos en las referencias de curas y funcionarios coloniales de España y Portugal. Las páginas siguientes contienen un recuento somero de lo que sabemos sobre la historia reciente de esta región (1970-2010), basado en entrevistas hechas con pobladores de los bajos río Caquetá y Putumayo, en La Pedrera, Tarapacá, Leticia y Bogotá.

A partir de la infortunada aventura de Julián Gil, un pueblo indígena aislado del Puré fue conocido con diferentes nombres: por el río Caquetá fueron llamados caraballos, y en el Putumayo los denominaron patones. Para la población local de estos ríos las palabras *yuris*, *passés*, *jumanas* y *uainumás* no quieren decir nada. Aun cuando su ubicación le ha permitido a los grupos de la región Puré sobrevivir de forma independiente, el hallazgo de una tribu desconocida en 1969 destapó, de alguna forma, el territorio, y las incursiones de diversos actores se hicieron cada vez más frecuentes. En efecto, aunque el área es de difícil acceso debido en parte a la presencia de extensos cananguchales o zonas pantanosas, debe señalarse que la distancia entre el Caquetá y el Putumayo entre el curso medio del río Bernardo y la bocana del Pupuña es de solo 100 kilómetros, constituyéndose en un istmo que permite la comunicación entre las dos cuencas. Además, entre la bocana del Pupuña y el alto río Puré la distancia es de sólo 25 kilómetros, y entre el puerto de Julián Gil, en el Bernardo, y el Puré, la distancia en línea recta es de unos 35 kilómetros. Es evidente entonces que la zona era accesible, tal como lo demostrara Julián Gil a comienzos de 1969.

En esa época, el poblamiento de la región del bajo río Caquetá colombiano era principalmente indígena, como lo es hoy, y estaba compuesto por las comunidades *yucuna*, *tanimuca*, *carijona*, *bora* y *miraña*, distribuidas en pequeños asentamientos ribereños como Puerto Córdoba, Puerto Caimán, Manacaro, Puerto Miraña, Mariamanteca, La Maloca, hoy Puerto Remanso

del Tigre, y Santa Isabel. La Pedrera era una guarnición militar, un internado capuchino y el asiento de algunos comerciantes y sus trabajadores indígenas. Las actividades económicas eran principalmente la cacería y la extracción de caucho o juansoco (chicle), además de la pesca con cuerdas y arpones en tiempo de verano. Las relaciones laborales eran serviles y estaban basadas en el endeude, aunque muchos indígenas se liberaron de sus deudas con el negocio de las pieles, dado su alto valor.

El lado occidental de nuestra zona de interés estaba muy despoblado y sólo en Arica, sobre el Putumayo, y en el Igaraparaná, se encontraban los boras, okainas y uitotos, que con excepción de una familia bora que vivía en el Cahuinarí no incursionaban en la región. La única comunicación entre el Caquetá y el Putumayo era la vieja trocha entre el río Caimo y Arica, pasando por el Cahuinarí.

El Putumayo, por su parte, tenía población ticuna en la zona del trapecio, y aguas arriba había algunas familias de colonos en las bocanas de los caños afluentes del río, dedicados a la cacería y la extracción de maderas, en especial de cedro. En Tarapacá se situaba una guarnición militar y en Arica un puesto de policía y una comunidad bora y uitoto.

El sector oriental fronterizo con Brasil a lo largo de la línea Tabatinga-Apaporis estaba despoblado y sólo entraban por el Puré partidas ocasionales de cazadores en busca de pieles de tigrillo y perro de agua.

El río Puré es un curso de agua atípico en Colombia, pues su curso alto y medio transcurre en territorio colombiano mientras que su curso bajo lo hace en la república vecina del Brasil, para desembocar en el Japurá¹. El sector bajo del Puré, con 388 kilómetros de longitud, está en el Brasil. De un total de 613 kilómetros de largo, 225 transcurren en Colombia. El Puré es un río de tipo meándrico con numerosos lagos o madre viejas, y está rodeado de extensos cananguchales y tierras inundables. Su cuenca está enmarcada por los ríos Cahuinarí y Bernardo al norte, el Putumayo al sur, el Japurá al oriente y el Pupuña al occidente. No ha sido habitado por peruanos, brasileños o colombianos, aunque en tiempos recientes sus orillas han sido holladas por incursiones esporádicas de cazadores, mineros, guerrilleros, narcotraficantes y madereros. En 2002, la cuenca colombiana del río Puré quedó protegida con la figura jurídica de parque nacional.

A partir de los años setenta y hasta la actualidad varias personas, iglesias, instituciones y empresarios han estado interesados en la región del Puré, como una zona poco conocida en donde era factible establecer pistas

de aterrizaje y laboratorios de cocaína y de donde se podían sacar maderas y extraer oro, dada la ausencia de controles. Hasta comienzos de esa misma década, en la zona se cazaron animales de pieles finas, en lo que se conoció como *la tigrillada*, mediante expediciones de caza en lanchas que salían desde La Pedrera hasta el río Puré. Allí también se refugió la guerrilla de las Farc a partir de los años noventa y estableció caminos, puertos y campamentos entre el Caquetá y el Putumayo.

Los madereros, tigrilleros, narcotraficantes, mineros y guerrilleros no tenían interés alguno en los pueblos aislados que allí se encontraban, aun cuando ocasionaron encuentros indeseados creando situaciones de riesgo. Por otro lado tenemos algunos casos de un interés directo en los indígenas aislados: los hijos de Julián Gil, que al crecer y volverse hombres han recorrido la región con la ilusión de encontrar a su padre y con la ambición de hallar una mina de oro en unos supuestos cerros dentro de la cuenca; los misioneros evangélicos que estuvieron en la zona de La Pedrera en los años setenta y ochenta intentando contactar a los caraballos con el fin de traducir la *Biblia* a su lengua y hacerles llegar la palabra de Dios; y, por último, los padres capuchinos, quienes tuvieron también un interés claro en los *caraballos*, que se truncó con la llegada del periodista de *France Soir*, Ives-Guy Bergès.

Aun cuando hasta ahora se tenían muy pocas noticias de contactos con los *caraballos* o *patones*, el trabajo de tradición oral ha aportado informaciones muy importantes para conocer parte de su historia reciente y para reafirmarnos en la idea de que en la región del Puré-Bernardo-Cahuinari existe más de un grupo aislado, y que su aislamiento es un acto de resistencia que surge de un profundo convencimiento de que su libertad e independencia son más importantes que el mundo circundante de los demás seres humanos o caribas.

JUANSOCO Y LA CASA ARANA

El cacique Boa, un sabedor miraña conocido así por su pertenencia a ese clan, recuerda que en los años cincuenta un juansoquero² que trabajaba para la Casa Arana incursionó en las selvas del río Pupuña con su personal, en busca de juansoco o chicle. Aparentemente hay una trasposición de tiempos, pues en los años cincuenta la Casa Arana no existía y sus agentes estuvieron en el Putumayo colombiano hasta 1933. La matanza que menciona de gente venida de La Chorrera hace sospechar que lo ocurrido fue en tiempos de la Casa Arana, y que no buscaban juansoco sino balata, en

los años veinte, o caucho, en los anteriores. Si el relato es fidedigno este sería uno de los pocos datos sobre las relaciones de la Casa Arana con los grupos aislados del Puré. La otra posibilidad es que esta matanza haya tenido lugar en los años cincuenta y que no haya tenido ninguna relación con los peruanos y la Casa Arana. Veamos el testimonio:

En los años cincuenta había un juansoquero que se llamaba Tomás Torres, él era aliado de la Casa Arana. Él se metió a hacer una correría por el caño Pupuña, correría de juansoco. Subieron bien arriba e hicieron campamento. Al otro día salieron de a dos personas, se cuidaban de los indígenas pues los podían matar, se temía de todo. Se abrieron por las cabeceras del Pupuña y dos manes de esos se abrieron bien pal centro. Ellos llevaban un perro y lejos del Pupuña estaban cuando el perro de ellos sintió a los cazadores de esa tribu que estaba por ahí, el perro se botó y ellos pensaron que era cacería y cuando ellos corrieron, cuando escucharon fue gritos ya, o sea lo flecharon al perro, lo mataron, y ellos pensando que era tigre, dicen que pues gritaron y cuando ellos miraron que ya venían dos paisanos de esa tribu, ahí mismo miraron, se encontraron con los indios de la gente de chontaduro, enguayucados, y con su tercio de flechas al hombro y su arco. Entonces se regresaron, se huyeron y los siguieron, los siguieron, los siguieron, dicen que saben mucho de monte, ellos los atajaban a los que estaban huyendo, con palmadas se avisaban y no los querían dejar, los estaban siguiendo para matarlos, y por la orilla del caño Pupuña todavía ellos estaban huyendo y todavía los estaban siguiendo y ya como a las seis, ya oscuro ellos ya se tiraron en el caño. Ahí todavía de noche dicen que los indios estaban silbando, estuvieron ahí y ya parece que se regresaron, y se bajaron por ese caño de noche, y preocupados la otra gente y salieron también en busca de ellos y los encontraron. Entonces ya ellos contaron, -Los indios casi que nos matan los que estaban por acá, y dos manes nos estaban siguiendo, mataron el perro-. Y se fueron, se fueron para La Chorrera a dar parte. Entonces ya organizaron una comisión, ya con mucha gente, armados ya. Y los manes eran las guías de ellos, por aquí nosotros fuimos, por pica de ellos. Llegaron y aquí fue, y sí, dicen que después que ellos se regresaron del Pupuña, parece que esos manes que los estaban siguiendo fueron a dar parte a los demás. Ahí sí vino mucha gente más en busca de ellos, pues ellos encontraron muchas señas de gente, entonces los siguieron, los siguieron hasta que llegaron al camino, siguieron, siguieron, siguieron, y llegaron a la maloca de ellos. Entonces pues ellos se pasaron la noche y ya amaneciendo comenzaron ya a entrar a la maloca y cuando los indios escucharon que venía gente extraña, dicen que mucha gente en esa maloca, entonces salieron ya digamos a frentiar y comenzó la comisión a hacer fuego, a matar, mataron a todos dicen, los de la maloca los

acabaron, mujeres, muchachitos, todos, todos. Mataron y se regresaron. Eso contaba Tomás Torres, él vivía por acá en el Caquetá (José Enrique Miraña, Puerto Remanso, 11 de septiembre de 2008).

En una entrevista reciente con Ramón Riobo, un maderero del Putumayo (en Leticia, el 11 de septiembre de 2011), cuenta que en el tiempo de la siringa o caucho los brasileros habrían entrado al Pupuña. Ocurrió que mientras estaban rayando siringa del campamento se les perdían la fariña y los machetes, que veían rastros en las entradas de siringa e, incluso, en una ocasión encontraron flechado a su perro. Decidieron entonces puestear a los indios en una playa, lo que hicieron dejando una comida en el campamento; al regresar de trabajar encontraron todo manoseado. Entonces volvieron a poner más comida y esta vez llegaron veinte o treinta personas entre hombres, mujeres y niños y entonces los rodearon, dispararon y los mataron. Pero cogieron a un niño y lo trajeron al campamento y poco a poco lo fueron instruyendo en la lengua. Después de un tiempo lo llevaron al monte para que hablara con su gente y “los propios” lo rodearon y el muchacho habló con ellos y después de algún tiempo se pusieron a trabajar siringa. Bajaban toneladas de caucho por los caños, en especial por el caño Santa Marta que era el que más tenía.

A partir de estos dos testimonios se puede afirmar que es bastante probable que en los tiempos del caucho hubiera una matanza de indígenas, muy probablemente yuris, que se encontraban aislados en las selvas del río Pupuña.

CAIMANES, TIGRES Y PERROS DE AGUA

La cacería en busca de pieles finas que se desarrolló en los llanos y selvas de Colombia entre 1900 y 1974 fue una hecatombe para la fauna colombiana. Primero fueron las garzas, masacradas por sus plumas nupciales, en los Llanos y en la costa Caribe, después los caimanes y las babillas, inicialmente para sacarles el chaleco y después toda la piel. De los años sesenta en adelante el objeto de la cacería fueron los perros de agua (*Pteronoura brasiliensis*), para terminar con las pieles de tigre (*Panthera onca* y *Puma concolor*) y tigrillos (*Leopardus pardalis* y *Leopardus wiedii*). Los tigres más grandes eran más escasos y los perros de agua o nutrias gigantes se cazaban con cierta facilidad puesto que andaban en manadas (entrevista con Patricio von Hildebrand, Bogotá, 26 de julio de 2010).

En esta actividad, campesinos, colonos e indígenas recorrieron todos los Llanos, la Amazonia y la región Caribe, masacrando inmisericordemente

animales, por la codicia desatada por la moda europea y estadounidense que demandaba pieles y plumas, para abrigos, zapatos, cinturones y sombreros.

En el Guaviare, todavía en los inicios de la colonización campesina, hacia 1965, las pieles fueron importante fuente de ingresos.

El patrón y el indio salían cada uno con su macoca y volvían a la semana con las tres o cuatro pieles y la carne para la casa, que era aparte. Esa la salaban y la traían. Una vez coronaron un tigre mariposo, bonito animal; cada puño era más grande que el de un cristiano. Le habían puesto el tiro en toda la porra y la piel estaba enterítica. Don Melco García pagó dos mil pesos por el cuero... Las otras pieles se vendían apenas por quinientos pesos, siempre y cuando fueran de 35 de ancho por 75 de largo, limpias y sanas.

Alfredo Molano señala que en el tiempo de las *tigrelladas* los cazadores se encontraron con los macuses y en una ocasión capturaron a dos de ellos con un bebé, a quienes los misioneros del Instituto Lingüístico de Verano se llevaron a Lomalinda (Molano, 1989: 232, 236). A partir de ese encuentro, los misioneros establecieron una pista de aterrizaje en Guayacana, en las sabanas de la Fuga, con el fin de contactar a los macuses (los nukak), pero fracasaron en su intento, porque al parecer fueron rechazados violentamente.

Cazadores y comerciantes de La Pedrera llegaron hasta las cabeceras del Vaupés cazando nutrias y perro de agua. Los ríos más recónditos como el Mesay o el Cuñaré y el Ajaju fueron descabecerados y la matanza sangrienta continuó. Los cazadores debían cuidar su puntería para no dañar la piel, evitando el cuerpo del animal, pues las pieles se clasificaban según su estado y podían ser de primera, de segunda o de tercera. Primero se cazó mediante métodos indígenas, siguiendo sus huellas y señas, silbando, imitando el llanto de la cría del borugo o raspando la concha del morrocoy (entrevista con Patricio von Hildebrand, Bogotá, 26 de julio de 2010).

Pero en los años sesenta de Puerto Leguizamo llegaron al bajo Caquetá, entre Araracuara y La Pedrera, José López y Juan Rojas, quienes introdujeron una nueva práctica en la cacería de pieles: *la carnadeada*, sistema muy destructivo pero bastante efectivo consistente en matar micos, puercos o dantas, despresarlos, arrastrarlos por un camino y amarrarlos a un palo a cierta altura. La carnada se revisaba todos los días y si el tigre se había encarnizado lo puesteaban de noche desde una pasera y lo mataban con escopeta y linterna. De esta forma se desperdiciaba mucha carne y la fauna se volvió cada vez más escasa.

En la región del Puré la cacería fue relativamente tardía, de 1967 en adelante, dado su aislamiento, su lejanía y los rumores sobre indios bravos. Pero la codicia también llegó hasta allí, y en sus riberas se desarrollaron varias expediciones de cacería. Conviene mencionar que el impacto de esta actividad sobre los grupos aislados del Puré debió estar relacionado con limitaciones en su movilidad, esencial para satisfacer sus necesidades de subsistencia y con sus posibilidades de aprovisionarse de carne de monte, ya que la fauna, a más de disminuir en cantidad, debió ahuyentarse con el ruido de los tiroteos incesantes.

Los indígenas ribereños, endeudados con los patronos de La Pedrera, cazaban independientemente en su propio territorio, y poco a poco acumulaban pieles para pagar sus deudas, recorriéndose de esta forma los ríos Bernardo, Cahuinari, Yari, Miriti y Apaporis, entre muchos otros. La otra forma de pago era mediante la participación en largas expediciones organizadas por los patronos al río Puré o al Yari, en las que a los indígenas les daban escopeta, cartuchos y fariña, y los dejaban durante quince días o un mes en un sector determinado, donde los recogían posteriormente.

Por esa época Julián Gil decía que las pieles se estaban acabando y fue por eso que a finales 1968 emprendió la conquista de las selvas del Puré. Efraín Gil cuenta que su hermano decía:

Se están agotando las pieles, Efraín, y no nos quedan más de dos años de negocio... Es que hay mucha gente dándole duro a los animales y hoy son escasos. Ríete lo verraco que es encontrar una casa de un indio donde le alumbren a uno una puta piel... Y para completar, las que se logran conseguir se las roban los señores del Yaguas (*sic*). Yo sabía lo del Puré, pero no le presté mayor atención hasta que claro me tuvo que pasar a mí (Castro Caycedo, 1978: 177).

En otro momento Julián le dijo a su hermano:

Es que en todo el sur se están agotando las pieles. Además, no puede ser que los brasileños sigan con el mismo atropello, con el mismo chantaje. Estoy decidido a coger esa tribu, hacerme el dueño y ponerla a trabajar para mí...

Algunos años antes, Valois Rojas, sargento del puesto militar de La Pedrera, se iba en sus vacaciones con cazadores indígenas en la lancha de Jácome Cabrera, "La Maloca", a cazar al río Puré.

Resulta que en ese tiempo estaban autorizadas las pieles, tigre, tigrillo y lobo, y yo mis vacaciones era irme en la lancha con veinte cazadores allá, yo sacaba de allá las doscientas cincuenta las trescientas pieles. Y yo iba a Leticia y hablaba con George Tsalickis y le decía,

-Necesito que me haga un viaje al Puré.

-¿Para qué fecha?

-Pongámole para el 15 de junio.

-Para esa fecha allá le llego.

Cuadrábamos precios y todo, y lléveme dos cajas de cartuchos y dos escopetas. Él me compraba las pieles a mí y él las exportaba.

Después del periodo de caza, la avioneta Cessna de Tsalickis llegaba a un estirón del río Puré, donde acuatizaba. Valois lo atendía con carne de danta que mandaba cazar a sus empleados: "Es que allá hay mucha danta, allá está la danta del mundo... Entonces yo mandaba por ejemplo en tres canoas a mi gente a cazar danta, cada uno una, tres dantas...". Para que la avioneta despegara en el corto trecho recto del río era necesario amarrar la cola del avión con una manila a un árbol ribereño, mientras los motores prendidos cogían cada vez más fuerza. Cuando Tsalickis avisaba, "él hacia seña y nosotros cortábamos la manila, eso daba un salto y el avión eso daba como un salto, se iba como todo inestable y se iba y se fue George para afuera. George era muy serio, muy honrado, muy buena gente ese tipo".

En sus cacerías, Valois observó la riqueza de morrocoyes en el Puré. Cuando se carnadeaba la presa se arrastraba por la selva y se amarraba:

por ahí a un metro se amarra, a que se pudra ahí. Allá llegan los morrocoyes por la sangre esa, por el olor, allá llegan, tigrillos, tigre y morrocoy, allá llegan. Y no es raro encontrar uno los ocho, los diez morrocoyes, unos montados sobre otros tratando de alcanzar la presa, porque ellos son carroñeros, tratando de alcanzar la carnada, entonces recoja uno ahí en costales y lleve porque es una comida muy buena, sí. Yo tuve un morrocoy muy grande por dieciséis años en la casa de Pedrera, creo que no creció un centímetro. Eso ahí sacamos cada que íbamos morrocoyes para comer. En el Brasil les gusta más la hembra del morrocoy, eso es el plato de yabota en el Brasil...

Valois era conciente de que en la región podía haber indios y aun cuando exploró varias veces con los ojos bien abiertos, nunca encontró rastros o señas de gente.

Cuando en el Puré arrimábamos para pescar o para matar danta, porque allá había mucha danta, o cerrillo, entonces se limpiaba por ahí para hacer la hoguera para hacer el asado, eso nos metíamos diga usted una hora con dos muchachos, derecho únicamente a ver si uno veía alguna vaina. -Pilas a ver si ven algún palito partido o alguna vaina por ahí-, y nos íbamos a andar, andábamos mucho, yo cada que salía andaba por allá buscando indicios pero nunca vi nada, yo busqué mucho y le boté a eso mucho tiempo. Hacía recorridos a ver si veíamos alguna vaina, alguna muestra como que estaban tumbando un palo o hayan partido una rama o alguna cosa por ahí. Nada. A eso le gasté harto tiempo hasta las cabecezas del Puré, y como siempre en la lancha remolcaba canoas, entonces a veces me metía uno o dos días de la lancha para arriba y después de dejar el bote de motor, a remo como un berraco (entrevista con Valois Rojas, 24 de mayo de 2010).

La única referencia a grupos indígenas en la zona es de mediados de los años sesenta, cuando los primeros narcotraficantes habrían establecido una pista de aterrizaje en el río Puré, hasta donde habrían llegado unos indios desconocidos, quienes armaron un campamento en la punta de la pista³. Pista que duró poco tiempo, porque la gente que venía de las cacerías informó de su existencia a las autoridades.

El cacique Boa cuenta cómo durante los años sesenta y comienzos de los setenta toda la gente se dedicaba a la cacería.

En el tiempo de la bonanza de las pieles, como yo participé de esa bonanza, pues acá digamos la gente, en todas partes, en Apaporis, Mirití, en todas partes estaba la gente cazando tigrillos y nosotros por aquí por la zona del Caquetá mismo, por la zona del Cahuinarí, y del Bernardo también, pero nunca vimos señas, nada de gente. Yo llegaba hasta La Sabana rebuscando, mire yo descabeceré el Bernardo, con ese Fidel Miraña... yo le dije a Fidel no vamos a carnadear por aquí, vamos a descabecerar este Bernardo... Vamos, me dijo Fidel, vamos, vamos a subir a ver si encontramos a esa gente, los arojes, dijo. Vamos... Pero no vimos ninguna seña.

Desde La Pedrera se hicieron varias expediciones en lancha al río Puré.

La gente de acá solamente hizo dos viajes al Puré, en la primera yo no fui, en la segunda sí. Había unos socios ahí, Rondón, Hermann Domínguez, otro señor que llamaban *Boquisopa*, Orlando, y finado Balcázar y José López. Esos eran los socios. Pues ellos organizaron esa cacería ya casi terminando, cuando ya lo iban a vedar, como en el 72, porque ya yo había salido del Cahuinarí. Había una lancha, éramos cuarenta cazadores, cuarenta canoas que estaba remolcando la pobre lanchita... Nosotros nos

quedamos en un río pequeño que llaman Puresiño... La lancha subió fue a dejar la gente y volvió a La Pedrera. Como al mes volvió la lancha, malo el rebusque esa vez, de a dos pieles, de a tres, de a cuatro, no pagaba el viaje, nos regresamos otra vez. En tiempo de verano había mucha cacería en ese Puré, lleno de cerrillo debajo de esos yavarisales, pescado en las playas, en la orilla barbudo, pintadillo muy rico... Y llegando ya nosotros a La Pedrera, la veda.

Yo anduve mucho, también hicimos un rebusque para el Mesay. A lo último ya estaban muy escasos los tigrillos, último nos tocaba meter bien en las cabeceras de los caños, y eso también ya quedó escaso, porque todos los caños ya los barrieron. A lo último ya era trochar así pal centro, así ya cazábamos porque ya estaban escasos. Por el lado de esas tribus arojes y chontaduros, la gente no se metió, pues más que todo ellos se rebuscaban por la orilla del Cahuinari y las cabeceras de los caños, pero no pal centro, no se metieron. Sólo Julián se metió (entrevista con José Enrique Miraña, Puerto Remanso, 5-7 de mayo de 2010).

De esta actividad no quedó nada, nada más que una selva solitaria y silenciosa con pocos animales escondidos en los lugares más remotos.

LOS MISIONEROS EVANGÉLICOS Y LA PALABRA DE DIOS

Cuando el periodo de las cacerías terminó, a La Pedrera llegaron varios personajes, entre los cuales algunos antropólogos que fundaron la Estación Antropológica de La Pedrera del Instituto Colombiano de Antropología, además de un misionero evangélico de la iglesia Bautista, llamado Donald Fanning. Mister Donald piloteaba su propia avioneta y atendía a la población indígena con servicios de salud, mientras exploraba la región en sobrevuelos periódicos, proceso en el cual identificó varias malocas de grupos indígenas aislados en las cuencas de los ríos Puré y Bernardo. Ante la posibilidad de hacer llegar la palabra de Dios a grupos aislados que tal vez nunca habían sabido de Cristo, consiguió donaciones de ropa, hamacas, toldillos y herramientas, y organizó sobrevuelos en los que tiraba mercancías en los patios de las malocas. Tal vez su motivación inicial para viajar a La Pedrera fueron los indígenas caraballos, pues a su llegada sólo habían pasado cinco años desde la aventura de Julián Gil y la prensa había tratado el asunto de manera profusa, como vimos.

Para los misioneros evangélicos contactar a los grupos indígenas aislados se justificaba plenamente, pues ellos también estarían en el plan divino y tendrían el mismo derecho que cualquier otro ser humano a conocer la palabra de Dios y el mensaje de salvación.

Para Sofía Müller, quien a partir de 1948 evangelizó los indígenas del Guainía y el Vichada durante cuarenta años, haciendo innumerables adeptos a la fe evangélica entre los guahibos, piaroas, puinaves, piapocos, cuivas y curripacos, su tarea como misionera era cumplir la misión divina de “llegar a una tribu cuya lengua sea desconocida y nunca haya sido escrita”, traducir la *Biblia* a esa lengua y traer la luz adonde había “completa oscuridad espiritual” y donde reinaban la brujería y la superstición (Müller, 1952: 7, 124).

Esta visión mesiánica no deja de parecerse a la epifanía que tuvo William Cameron Townsend, cuando estando en Guatemala en los años treinta del siglo pasado supo que su misión era traducir la *Biblia* a todas las lenguas del mundo. De esta forma, en 1934 fundó Wycliffe Bible Translators y posteriormente crearía el ILV o Instituto Lingüístico de Verano (1938), que en Colombia tuvo como sede Lomalinda, en el departamento del Meta (Cabrera Becerra, 2007: 177). El Instituto llegó a Colombia en 1959, y en 1962, durante el gobierno de Alberto Lleras (1958-1962), firmó un contrato con el Ministerio de Gobierno para estudiar las lenguas de los indígenas colombianos.

Donald Fanning vivió en La Pedrera entre 1974 y 1978, siempre estuvo interesado en la tribu de los caraballos y en sus sobrevuelos identificó seis malocas de dos tipos diferentes: “una maloca media o abierta y cinco malocas rectangulares con las extremos redondeados”. Estando en La Pedrera, se hizo amigo de Homero Paredes, con quien viajó por agua y tierra para apaciguar su anhelo de contactar a los caraballos y llevarles el mensaje de la *Biblia*. Estando en Leticia en 2010 entrevisté a Homero, muy generoso y amable, aun cuando un poco viejo y achacoso, y quien me contó lo siguiente:

Yo trabajé con Donald unos tres o cuatro años y fui con él unas seis o siete veces a sobrevolar a los caraballos. La primera vez se apagó la avioneta y al rato volvió a prender y salieron los indios de la maloca a toda carrera a mirar la avioneta, y él dijo –Vamos a comprar anzuelos, nylon, muchas cositas y les tiramos aquí y después vemos a ver como arrimamos.

Compró todo eso y les tiró a ellos y ellos recogieron. Ahí se fue para Bogotá y como a los seis meses vino de los Estados Unidos y me dijo, –Homero, estoy dispuesto a buscar los caraballos, yo hice un estudio y creo que ellos no son bravos y vamos a ver cómo dialogamos.

Nosotros volvimos a volar y ellos estaban ahí, les llevaba libritos evangélicos y cosas, y el hombre con ganas de aterrizar en una platanera, y yo a decirle que de pronto ellos cambiaban de idea estando nosotros ahí adentro.

Entonces me dijo, vamos a entrar al Bernardo, consigamos gasolina, el motor 9,9 y usted me alquila el de repuesto, y nos fuimos hasta que dimos en el Bernardo en la trocha de entrada y ahí se encontró con uno de ellos, el gringo algo asustado pero no encontró por donde hablarle porque no le entendía.

Al gringo le habían contado que siguiendo la trocha se encontraba el que los mandaba a ellos y que no podía salir sin permiso del tipo porque se enojaba. El gringo le regaló una escopeta, cartuchos y ahí nos vinimos aguas abajo por el Bernardo y ahí nos encontramos con dos indios desnudos, una mujer y un hombre en la orilla del río, y ellos hablaban pero asustados y él les decía que quería tener un diálogo con toda la gente, de ahí salimos al Caquetá y arrimamos a la maloca de Fidel e Imi, que querían acompañar al gringo pues ellos habían estado en la comisión con Valois.

Después volamos dos veces más y ya no estaban ahí, habían abandonado la maloca, la maloca redonda.

Donald soñaba con estar junto con esa gente, pero no pudo porque los mirañas no lo acolitaron y Martín (von Hildebrand) y esa gente le hacían la guerra para que saliera de Pedrera. Un día llegó una avioneta a Pedrera y fueron los del DAS y preguntaron por Donald, que por ese entonces estaba en Mirití, y dijeron que le entregaran una carta y que tan pronto viniera lo necesitaban en Leticia. Cuando volvió, por ese tiempo Valois era corregidor, tanquiamos la avioneta y nos vinimos para Leticia. Aterrizamos al fin y los del DAS nos requisaron buscando cocaína, y el gringo les decía que él estaba era con la religión. Nos tuvieron todo el día en un baño y a las cinco nos soltaron. Donald se fue a donde mister Roger y ahí se quedó. A las seis de la mañana llegamos al aeropuerto pero nos encontramos con que la avioneta estaba medio desbaratada pues la ley estuvo buscando la cocaína. Pero el gringo sabía mucho de aviones y la arregló. Pero él ya llevaba la orden de salirse de La Pedrera. Ahí habló con la gente de La Pedrera, con Valois, y ahí ya supo que era mejor que él desocupara. Se fue a Bogotá a ver qué hacía pero no pudo. Por ese motivo no conquistó a los caraballos y no pudo enseñarles la religión. Después vino mister Bush, pero él no tenía avioneta.

En cuanto a los sobrevuelos en territorio caraballo, Valois Rojas cuenta que un día mister Donald llegó a su casa y le preguntó:

-Usted puede o si le permiten, yo quiero ir a conocer las malocas desde el aire, las malocas de los indios. ¿Sí podrá llegar donde ellos?

Le dije, -Yo tengo por costumbre que a donde he ido una vez puedo volver y donde entro soy capaz de salir.

-Entonces vamos.

Pusimos gasolina y echamos como veinte hamacas, unas hachas y un mundo de machetes, y arrancamos. Cuando llegamos allá en el Caquetá a Puerto Caimán, le dije, –Póngale así el rumbo para el centro le vamos a dar, por aquí es más o menos media hora hasta la maloca. Y sí, a los treinta y cinco minutos vimos la primera maloca, pero entonces ya siguió pa allá y volvió e hizo un cruce y vimos cuatro malocas. Donaldto cargaba una supercámara y eso tomaba a la velocidad que le daba el dedo, impresionante la cámara. Él se emocionó y ya hacía el descenso y sacaba la cabeza y tomaba fotos. Entonces yo tenía que ubicar la maloca que yo conocía para botarles hamacas y machetes.

Entonces me dijo Donaldto: –Siéntese en el suelo allá al lado de la puerta y cuando yo pite usted abre la puerta y bota un bulto cada que pasemos.

Y cuando me pitaba yo empujaba un bulto y eso cayó cerca de donde estaba la gente, ellos todos salieron a mirar, nadie con nada, todos desnudos, después empezamos con las hamacas, después las hachas, y ya nos fuimos rumbo Pedrera, ya no había nada más que hacer.

Por ahí fuimos unas veinte veces porque él venía acá a Bogotá y llegaba allá con un Curtis lleno de pendejadas, hamacas, hachas, anzuelos, cantidad de vainas para botarles allá. Siempre a la misma maloca porque ahí era más fácil para botar todo ahí, era más abierto con plataneras y chontaduros y era más fácil, había un espacio bueno para botarles todo a la maloca, en las otras era muy cerrado. Por ahí tengo un poco de esas fotografías.

De todos modos seguimos sobrevolando, pues Donaldto tenía acá en Bogotá como una fundación, algo así, que le recibió la inquietud y le estaba recogiendo hamacas, machetes, hachas, cobijas, ropa, pantalones y vestidos, toallas, y un poco de vainas, entonces él charteaba un Curtis y nosotros llevábamos en avioneta por puchitos, y les botamos cuanta joda pudimos, en dos o tres años. Y el avión se quedaba siempre en el hangar de Donaldto y ahí lo cargábamos y cuando prendíamos máquinas salíamos de una vez y pa fuera sin más vueltas. Nadie sabía porque siempre salíamos solos, yo madrugaba allá y cuadrábamos todo, nosotros llevábamos la avioneta empujada hasta la pista y ahí ya cuando prendía era porque se fue.

Eso salían de las malocas, se amontonaban ahí, como siempre se les botaban cosas y había una cosa muy inteligente y era que cada que veían el avión que venía se abrían todos, alguien dirigía allá entre ellos mismos la cosa, en todo caso cuando el avión hacía la aproximación Donaldto fue lo primero que notó, –Mire, vea, cómo se abren-. Corrían todos pa los lados y yo que era el bombardero que iba atrás, abría la puerta y bote bultos, hamacas, unos paquetes de hachas, machetes, anzuelos, nylon, hamacas, toldillos.

Ante esta situación Donald Fanning decidió intentar una segunda expedición de contacto. La idea “era enseñarles a usar las hamacas, los toldillos y la vaina de la pesca también, armar uno las varitas e ir a variar allá en la orilla, la verraquera, esa era la idea, pero no, no cuajó” (entrevista con Valois Rojas, Bogotá, 24 de mayo de 2010). Estando a tres días de lanzarse la expedición para contactar a los caraballos, con el apoyo del médico rural Ramiro Simbaqueva y de Valois Rojas y a pesar del ambiente de secreto con que se fraguó, la información del plan se filtró y por intervención del Instituto Colombiano de Antropología, desde el alto gobierno se prohibió hacer la expedición.

Valois relata que

A La Pedrera nos llegó de Leticia un coronel y el secretario de Gobierno y alguien del hospital, en todo caso nos reunieron allá a los que estábamos en ese proyecto, al médico le dijeron que había la posibilidad de que en veinticuatro horas lo sacaran de allá así fuera amarrado, lo mismo a Donald, eso nos amenazaron pero feo, en todo caso que la Antropología era la que más había intervenido en eso porque eso allá era intocable, los únicos que podían entrar allá era la Antropología, que de resto nadie, y que uno sin conocimiento y entrenamiento cómo iba a ir allá a meter la mano a hacer daños, entonces que las únicas personas que podían entrar allá era una comisión de Antropología, pero que nadie más. Eso nos pegaron un carrerón del carajo por eso, en todo caso en esa reunión yo dije, -Bueno, yo no voy ya, me acabo de mamar-.

Y entonces Donald dijo, -Pues no sé el significado de la palabra de Valois pero yo también, lo que él diga, yo lo que haga lo hago con él, si él dice que no pues yo tampoco.

Ramiro también dijo: -Si eso contraría cosas del gobierno, yo tampoco estoy interesado en nada, estoy interesado en servir acá, pero si esto disgusta pues inclusive mañana mismo me puedo ir sin que me lleven, yo quiero mucho este pueblo pero si me toca irme mañana mismo me voy, o regreso a Bogotá.

Y le dijeron, -No, doctor, tranquilo, usted es muy necesario aquí lo único es que dejen de lado sus intenciones.

Entonces Ramiro dijo también lo que habíamos dicho Donald y yo: -De acuerdo, me mamo.

Es que estábamos listos ya, mejor dicho si se demoran tres días más nos hubiéramos ido al Bernardo en bote y un poco de gente seleccionada y todo, pero pocos, y la idea era la misma, llegar allá y otra vez enrumbarnos a donde los caraballos a ver si se podía poner un radio, yo como de eso

sí sabía, yo tenía un Yaesu LX que es un súper equipo, entonces yo iba a llevar una antena y la instalo allá, pero entonces dijeron que no y no (entrevista con Valois Rojas, Bogotá, 24 de mayo de 2010).

Por este tiempo los antropólogos iniciaron una tarea muy importante, que más allá de investigaciones académicas buscaba utilizar la antropología para resolver los problemas que aquejaban a los indígenas yucunas, mirañas, tanimucas, matapis, letuamas y macunas de la región de La Pedrera. Se enfrentaron dos problemas básicos: liberar a los indígenas de las últimas deudas que los mantenían atados a unos patrones cada vez más arruinados, y liberarlos del dominio de los padres capuchinos que les prohibían sus fiestas tradicionales y educaban a sus hijos cogiéndolos a la fuerza y menospreciando su lengua y su cultura. En esa época comenzó a cambiar el paradigma vigente de que la selva era una fuente de recursos para ser extraídos y los indígenas seres primitivos que debían ser civilizados, a una visión según la cual la selva debía ser conservada y los indígenas fueron considerados seres con mitologías complejas, elaboradas formas de organización social y ritual y con el conocimiento necesario para manejar la selva de forma sostenible. De esta forma, por intervención de los antropólogos, hacia el año de 1979 se truncó el segundo intento por contactar de manera permanente a los caraballos.

En una comunicación por correo electrónico con Donald Fanning, este sostuvo que en el caso de los caraballos ellos deben ser protegidos pero no mantenidos aislados, pues aun cuando entiende “los problemas de la intervención de gente de afuera en zonas indígenas”, los indígenas aislados

no son animales para proteger como una especie que está por desaparecer. Ellos viven en medio de muchas cosas (seguro como usted sabe), y no están equipados para integrarse a cualquier aspecto de la civilización. Obviamente, yo era misionero y estuve dispuesto a dar mi vida por ellos, como por los mirañas, yucunas, ticunas, etcétera. Fui entrenado en medicina tropical, dentista, lingüística, aviación, mecánico, etcétera, todo para salvar vidas, entrenar a los indígenas en medicina y tecnología práctica. Si yo fuera a restringir algo con una tribu, sería la entrada de personas que no vivían allí, por lo menos en el principio, pero que permita que haya misioneros de integridad que aprendan la lengua, la escriban, enseñarles a leer en su propia lengua, y traducir artículos o libros del mundo afuera. ¿Quién más tendría la motivación de entregar sus vidas por una tribu como los caraballos? ¿Quién más se involucraría sin parar para madurar a un grupo como los caraballos hasta que ellos lleguen a contribuir a la comunidad de toda Amazonia?

La única razón por la que yo salí de La Pedrera fue la prohibición del gobierno de aquel entonces de permitir que no-indígenas vivan en zonas calificadas como indígenas. Luego comencé un sistema de educación que ha sido usado en quince países en Latinoamérica.

Los requisitos y motivación de largo plazo que se necesitan para trabajar con indígenas como los caraballos no se van a encontrar en el gobierno o el mundo secular, sino en la disposición de misioneros, especialmente evangélicos, y especialmente los de Nuevas Tribus, que no cuesta al gobierno nada, pero ofrece un servicio de mucho valor a la nación (correo electrónico de Donald Fanning al autor, 11 de junio de 2010).

Casi diez años después, hacia 1987, un misionero de Misión Nuevas Tribus, una de las sectas evangélicas más radicales y fervientes, tras haber pasado unos cinco años en el Caquetá con los indígenas mirañas y sobrevolado la zona en avioneta, junto con otros compañeros en su mayoría estadounidenses, llegaron por avión a Araracuara, se embarcaron con víveres y mercancías en dos voladoras, y bajaron por el río Caquetá (entrevista con Crispín Miraña, La Pedrera, febrero de 2010). Entraron por el río Bernardo con Elías Macuna como guía (uno de los asesinos de la expedición de rescate de Julián Gil), y se adentraron en la selva hasta encontrar señas de los indígenas aislados y sus caminos. Allí establecieron un campamento y cerca de allí pusieron herramientas en un lugar visible y frecuentado por los caraballos. Cada cierto tiempo salían del campamento a revisar si los indígenas habían cogido algo, pero sólo encontraban huellas y no, no habían cogido nada. Después de tres meses, y tras muchos contratiempos logísticos, pues la comida la traían desde Araracuara, desistieron del contacto, porque los indígenas no cogían las mercancías. Tras este fiasco, uno de los misioneros permaneció en el área, en los poblados de Mariamanteca y La Maloca, de los indígenas mirañas, hasta la llegada de la guerrilla a la región, y en 1992 abandonó el área.

Cuenta el misionero de Misión Nuevas Tribus que él

Pensaba llegar a donde los caraballos pero nunca pudimos hacerlo, pero ese era el pensamiento, tomamos los primeros pasos, como Crispín te habrá dicho, pero nunca pudimos hacer lo que quisimos hacer. Llegamos al Bernardo y en esos días todavía vivía Elías Macuna que fue uno de los que entró, él nos llevó al Bernardo, pero principalmente la idea no era entrar sino simplemente hablar con la gente igual que tú vas a hacer ahorita en Pupuña. Hablamos, no encontramos a nadie que los hubiera visto, y luego más tarde decidimos, como te dije vimos la maloca desde el aire, decidimos: -Viven todavía, hagamos el intento-. Pero fuimos y encontramos no uno, ni dos, sino tres grupos mafiosos viviendo en la

zona e incluso empezaron a hablar que ya llegaron los compradores y decidimos, no, larguémonos de esto, de aquí no pasamos. Accidentalmente entramos en un campamento de ellos, por fortuna nadie estaba ahí ese día o yo no estaría sentado aquí.

Queríamos no perseguirles a ellos, Roberto, porque tú sabes lo que pasó con Julián y sabíamos, sí, obvio, no vamos a entrar ahí si no podemos entablar la amistad, pero no quisimos hacerlo como los demás lo habían hecho, dejemos que ellos elijan si ellos quieren salir o no. Entonces llegamos y sí estuvimos ahí esperando que ellos nos llegaran, pero nunca llegaron y pusimos un hacha y otras cosas ahí en el borde donde teníamos el campamento y como digo el tiempo fue muy corto. En tres meses nos dimos cuenta, esto es muy grande, estamos perdiendo diez días cada mes solamente para abastecernos de comida acá. Vámonos adonde los mirañas, ofrecemos la ayuda y llegamos ahí y se acabó ya, y de ahí no he regresado. Bueno la historia mía es distinta y si regresé estando con los mirañas por un buen tiempo. Por eso te digo, de los caraballos es muy poco lo que te puedo decir (entrevista con misionero de la Misión Nuevas Tribus, Bogotá, 7 de junio de 2010).

Cuenta Patricio von Hildebrand que en 1986 le llegó el chisme que

Adonde el gringo ese había llegado un pocotón de gringos que parecían como soldados de Vietnam, y que se habían metido al Hilo y que habían vuelto a salir pero que iban a volver. Y que estaban tras de los caraballos. Entonces yo busqué en Santa Isabel a Luis Ángel Trujillo, que era corregidor de Mirití, y sacamos las leyes y toda esa vaina y le dijimos a Wayne, esa vaina está prohibida, y no pueden, no pueden, no pueden. Entonces eso ahí medio tranca y después no sabemos mucho más sobre eso sino un chisme, que se habían metido por el Putumayo y que se querían meter adonde los caraballos pero por detrás. Ya después no supe más (entrevista con Patricio von Hildebrand, Bogotá, 26 de julio de 2010).

Luis Ángel comenta al respecto que “al misionero se le habló a lo bien, de buena manera, y se le explicó la historia de ellos y cómo si no habían salido ya era porque no querían y porque seguramente Dios tampoco quería que salieran, que era mejor dejarlos quietos” (entrevista telefónica con Luis Ángel Trujillo, 28 de junio de 2010). Unos años después, la guerrilla le robó al misionero un motor de 40 hp, además de otro motor y un bote a los funcionarios de Parques Nacionales del Inderena en la boca del río Cahuinarí, equipos que se llevaron al río Bernardo y que posteriormente encontraron los mismos guerrilleros, completamente garroteados por los caraballos, después de haberlos dejado abandonados por un tiempo (entrevista con Diego Muñoz, jefe del parque Cahuinarí, febrero de 2010).

De esta forma se frustraron los tres intentos de los misioneros evangélicos por contactar a la tribu aislada de los caraballos, debido en parte a la oposición de los antropólogos y de los misioneros capuchinos, aunque en última instancia fueron los yuris o caraballos mismos quienes demostraron una vez más su capacidad para enfrentar a unos misioneros muy experimentados en estas lides e imbuidos de una fe inquebrantable.

PISTAS DE ATERRIZAJE Y LABORATORIOS DE COCAÍNA

El negocio de la cocaína llegó al bajo Caquetá y a la Amazonia a finales de los años setenta, difundándose muy rápidamente la tecnología para transformar las hojas de coca en pasta⁴. Sin embargo, esta actividad, reducida al aprovechamiento de las matas indígenas de coca, no tuvo grandes dimensiones porque la materia prima era muy limitada. En la Amazonia colombiana sólo había suficiente coca como para el mambeo indígena ritual, en el marco de la creencia de que la coca enfría el pensamiento. Por esta razón, los primeros empresarios colombianos de la cocaína se trasladaron al Perú y a Bolivia, donde la hoja era abundante, y trajeron la pasta desde allá. Establecieron un negocio basado en pistas y laboratorios escondidos en la selva, la cristalización de la pasta y el envío del producto terminado a Medellín y Cali, de donde salía hacia el norte del continente.

El tiempo de los cultivos colombianos de coca empezó a comienzos de los ochenta, cuando se calcularon 3.500 hectáreas sembradas. Después, en 1990, se cuantificaron 40.000, llegando a 160.000 hectáreas en el año 2000 (Franco y Uribe, 2005). De esta forma, el negocio de los narcotraficantes amazónicos tuvo su auge en los años ochenta y comienzos de los noventa, con base en pasta peruana o boliviana.

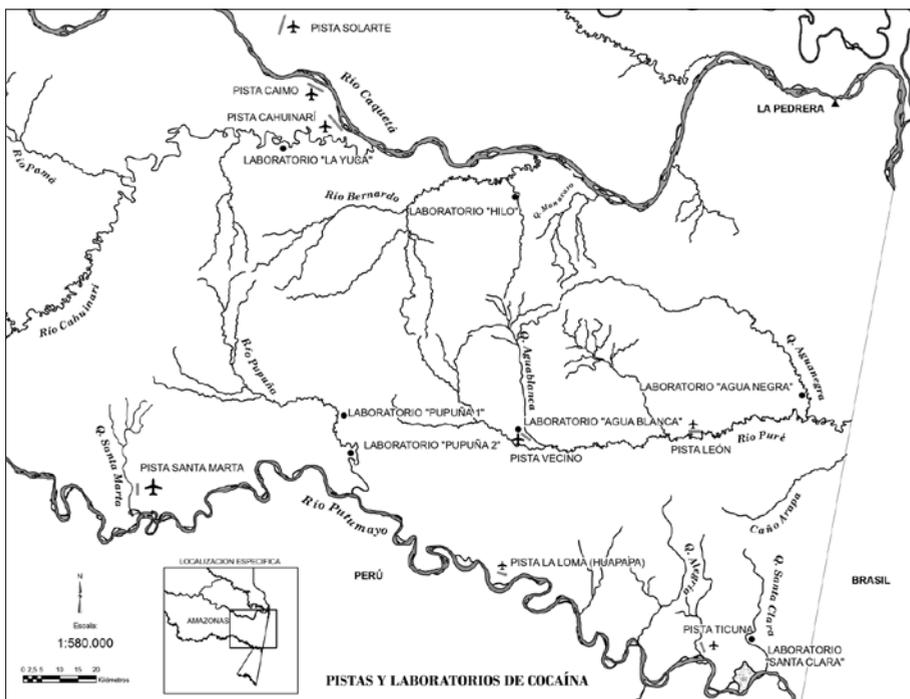
Fue así como algunos comerciantes y aventureros de Leticia establecieron pistas de aterrizaje y laboratorios para hacer cocaína entre los ríos Caquetá y Putumayo y Caquetá y Apaporis, con apoyo de los grandes carteles de la droga, primero el de Medellín y luego el de Cali, generando un negocio ilegal que empleó a muchas personas. El negocio consistía en construir pistas de aterrizaje en la mitad de la selva y establecer laboratorios para transformar la pasta o base en cocaína, trayendo por agua los insumos químicos, las secadoras y las plantas eléctricas. En avioneta o avión se traían toneladas de pasta de coca desde el Perú y Bolivia, y se procedía a cristalizarla en los laboratorios escondidos en la selva, para comercializarla después. Estas aventuras les costaron muchos años de cárcel en esos países a los primeros narcotraficantes colombianos, y para los grupos aislados de

la región debió ser causa de zozobra y preocupación porque los sobrevolaban, cazaban sus animales, las pistas eran bombardeadas y mantenían gente armada con metralletas y pistolas caminando por sus territorios.

En los años ochenta se establecieron pistas y laboratorios en el Caquetá, el Putumayo, el Puré y en algunos ríos menores como el Hilo, Aguablanca, Aguanegra y Lobo, en por lo menos una docena de lugares diferentes que rodean el territorio de los grupos aislados del Puré y en algunos casos muy cerca de sus malocas o caminos. En varias ocasiones estas fueron sobrevoladas.

Sobre el Putumayo y sus afluentes, abajo del pueblo de Arica, estaban las pistas de aterrizaje de Bufeo (en el Perú, frente a Trompetero) y Santa Marta, que proveían de pasta de coca al laboratorio de Trompetero. Más abajo del río Pupuña se establecieron las pistas de La Loma (al otro lado del Putumayo y de la población peruana de Huapapa) y las de Gaviota, Ticuna y Santa Clara, en la zona norte del trapecio colombiano.

MAPA 9. PISTAS Y LABORATORIOS DE COCAÍNA



Fuente: ACT Colombia, elaboró Roberto Franco, dibujó Darwin Torres.

laboratorios se establecieron en el caño Pupuña, uno para cristalizar la pasta y el otro para reciclar insumos químicos.

Sobre el Caquetá estaba la pista de la bocana del Cahuinari (1986), que sirvió a los laboratorios de La Yuca y del Bernardo, y las del Caimo (1982) y Solarte (1992). Esta última ha sido utilizada esporádicamente desde entonces. Sobre el Puré se establecieron las pistas León o el 6 (1986) y Vecino, en Aguablanca. Tanto en Aguablanca como en Aguanegra hubo laboratorios.

Los empleados en la pista León, que tenía mil metros de largo por quince de ancho y estaba arriba de Aguanegra en la banda izquierda del Puré, desarrollaban los siguientes trabajos:

En el campamento tocaba hacer todos los días mantenimiento en la pista, sacar agua, echar tierra, limpiar las cunetas, la zona de seguridad, cuando llegaba la avioneta tocaba estar cargando mercancía, tanqueando la avioneta y otra vez, ese era el trabajo de todos los días. Cuando entraba mercancía eso era la semana completa de aterrizajes, después mermaba por quince días y otra vez y no descansaban.

El funcionamiento de la pista se interrumpía cuando era bombardeada, aun cuando la reparaban rápidamente.

Después vino el operativo, vienen molestando, bombardeaban y hacían lo que querían hacer ahí y dejaban llena de rotos la pista y ya no se podía trabajar mucho ya. Y a cada rato estaban molestando y no dejaban trabajar. Nosotros reparábamos ligerito y el operativo era cada dos o tres meses.

Con la llegada de la guerrilla, en 1992, la pista León fue abandonada (entrevista con Dagoberto Patricio, Tres Esquinas, Perú, 18 de junio de 2010).

Las pistas de aterrizaje se abrían, previa prospección aérea en avioneta, en tierras no inundables cerca de cursos de aguas navegables, con el trabajo de indígenas del Caquetá y el Putumayo o trabajadores venidos del interior del país o de Leticia. En ellas había equipos de radio para comunicación de larga distancia, equipos de seguridad y armamento en abundancia. Los laboratorios se situaban por lo general en sitios diferentes a estas, dado que las pistas podían ser bombardeadas y ocupadas, pues desde el aire se podían identificar con relativa facilidad. De esta forma se evitaba poner en peligro el producto de la empresa. Los laboratorios estaban camuflados dentro de la selva para evitar ser detectados desde el aire.

El laboratorio de La Yuca, situado en la banda derecha del río Cahuinari, abajo de la bocana del Pamá, tenía una planta de luz tan grande como una buseta, y era de Pablo Escobar (Camilo Rivera y socios huilenses).

Cuenta un indígena que

La Yuca era un pueblo dentro del monte. Eran unos cambuches inmensos. Tenía una planta muy grande, inmensa. El mero horno para secar la merca era tan grande como esta casa (la cabaña de Parques Nacionales en La Pedrera). No ve que yo estuve allá, yo era motorista. Traían la pasta de Bolivia y del Perú, de allá que venían y aterrizaban en la pista de la bocana del Cahuinarí. Yo volé hasta Bolivia. Volamos muy lejos y de noche, no, no, no. Por allá en el año 1985. La pista de Sabana la estaban haciendo pero no la terminaron. Les cayó el ejército y la bombardearon, esa no funcionó. En la bocana de Cahuinarí sí caían aviones grandes.

Dos años trabajé en La Yuca pero me aburrí, porque mucho muerto. Ellos (los narcos) se mataban por la plata. Demasiados muertos. Mucho chulo había, mata-gente. A los químicos los liquidaban y les pagaban para que se fueran y a las dos o tres vueltas abajo de La Yuca los mataban. Los tiraban al río. Pero lo que yo nunca vi fue si era para ellos o para el patrón (entrevista con personaje anónimo, La Pedrera, 9 de mayo de 2010).

En 1992, la Fuerza Aérea bombardeó el laboratorio de la Yuca, y entonces lo trasladaron al río Bernardo en el quebradón del Hilo, aun cuando ya bajo el control del cartel de Cali. Allá entraba la guerrilla a cobrar la vacuna, bajando por el Apaporis y el Mirití al Caquetá para llegar al Bernardo.

En el río Pupuña, afluente de la banda norte del río Putumayo,

Antes de 1999 hubo dos laboratorios de cocaína y esa gente nos contó que cuando llegaron ellos encontraron escaleras de balso de los patones para subir los barrancos. Los laboratorios eran entablados como un pueblo, con calles y la calle central que llevaba para el cristalizadero. Había de todo, máquinas de coser, plantas de luz de día y de noche. En el 94 funcionaba y cuando llegó la guerrilla en el 98 se acabó. Los laboratorios estaban sobre el Pupuña arriba del salado, y sobre el caño Lobo (entrevista con Antonio Morales Aguilar, El Porvenir, río Putumayo, 16 de junio de 2010).

Es interesante que dos testimonios señalen la existencia de laboratorios especiales llamados de “reciclaje de aguas”, en donde se reciclaban el éter y la acetona utilizados en la transformación de la pasta de coca en cristal de coca o cocaína, mediante procesos químicos con tecnología alemana. La eficiencia alcanzada en estos laboratorios era de 30%, es decir que de diez canecas de éter o acetona ya utilizados sacaban tres, lo que les permitía seguir trabajando (entrevista con Valois Rojas, 8 de julio de 2010).

Cuenta un indígena que estuvo a partir de 1985 en un laboratorio en el quebradón del Hilo, que su labor consistía en procesar químicos,

activar o hacer reutilizable el éter y la acetona que usaban en el laboratorio de La Yuca, lo hacían nuevo otra vez. La pasta de coca la traían en avión a la pista de la bocana del Cahuinarí, y de allí la llevaban a La Yuca, donde la cristalizaban. Era un laboratorio de Camilo Rivera. Cuando Camilo murió en un accidente de aviación llegó un tipo que le decían *Gallina*, nunca supe el nombre de él.

El testimonio dice que a los indígenas aislados que estaban en el Hilo,

Les gustan mucho los tornillos de los motores, eso parece que era chaquiras de ellos, ellos desbarataban las plantas de luz y les sacaban los tornillos más pequeñitos. Varias veces nos pasó, cuando salíamos a la bocana (del Bernardo) a buscar cargamento. Nos hacían daños pero no se dejaban ver. Entonces al patrón le estaba dando rabia ya, ese fue que mandó comisión ya. Pero nadie quiso ir. Yo fui solo. Me fui en un motor seis, un seiscito, y subí como tres horas será. Ya, ya se ven señas, ramas partidas y rastros. Eso es en la pm. Ahí se ve señas de ellos. Pero entonces uno piensa ellos comen gente. Me devolví pues me dio miedo, los rastros eran frescos, me regresé. Después subió armado con una metra (allá nos daban eso) Fidel o Armando, pero no pudo subir mucho pues se secó el caño. Ahí se regresó. Bien arriba por el Hilo ya se ven señas de ellos (entrevista con informante anónimo, La Pedrera, 9 de mayo de 2010).

Durante el tiempo en que se desarrolló la actividad de transformación de la pasta de coca en cocaína en este sector de la Amazonia colombiana, en varias ocasiones los aviadores sobrevolaron malocas de grupos indígenas aislados. Cuando funcionó la pista del Caimo en Las Palmas, en los años ochenta, el piloto Carlos Matiz sobrevoló con el cacique Boa el territorio del grupo llamado por los mirañas gente de Chontaduro.

Nos vinimos (de Leticia) y pasamos por encima de Tarapacá, de ahí cogimos todavía por el Putumayo y ahí nos metimos a la selva y salimos bien encima de Pupuña. Yo miré el Pupuña en verano, se mira agua, playita, todo. Yo le dije, -¿Amigo, qué caño es?

Él miró el mapa, -Este es Pupuña, y por el Pupuña vamos al Cahuinarí.

Me aburrí de estar mirando y yo me recosté y cuando estábamos pasando encima de la tribu esa, -¿Amigo, usted conoce esa gente que está acá abajo?

-¿Dónde, dónde?

Bien por encima de una maloca estábamos pasando, maloca, chontadural encima de la maloca, chagra de ellos, platanales se miraban, chagra nuevecita, chagrita nueva estaba echando humo, será hoguereando la gente... Sí, yo le dije, nosotros sabemos que esta tribu está y esta tribu se llama así, esos son de aquí. Ahí yo miré una maloca debajo de la avioneta y tres malocas, lejos, separadas. Yo venía mirando todavía, cuándo vamos a llegar a Cahuinari, lejos yo miraba ahí todavía, en eso yo miré ya las señas de las cabeceras del Verano, como quebrado ya. Cogimos por el caño bajando hacia el Cahuinari y ya por partes ya abierto se miraba agua, playita, iba ya creciendo la quebrada y más grande y ya limpio. Llegamos a la bocana del caño el Verano, y yo le dije, -Amigo, bajemos por el Cahuinari para abajo, para ubicarme, y bajamos, bajamos y llegamos al lago Pescado, y como más abajo del caño Verano no más está ese lago.

-Ah, listo, yo le dije, ya, ya sé dónde es.

Ahí sí ya llegamos a la bocana del Cahuinari. Entonces esa vez yo miré esa tribu, y fácil, yo me ubicaba así. En tiempo de creciente uno puede subir, subir, subir el Verano arriba hasta donde ya no se pueda subir. Y yo creo que ellos deben llegar hasta las cabeceras de ese caño a rebusque, entonces de ahí uno puede salir, cortar así de para abajo, para los lados del Putumayo, cerquita. Entonces están ahí, el grupo Chontaduro (entrevista con Jorge Enrique Miraña, Puerto Remanso del Tigre, 5-7 de mayo de 2010).

Esta es pues la principal referencia que tenemos sobre la existencia de otro grupo diferente de los yuris o arojes en la región del Cahuinari-Pupuña. Estos podrían ser los passés o uainumás. Me inclino más por los últimos, pues los passés tendrían sus asentamientos más cerca de los yuris, dada su condición de aliados.

Un informante que mantendré anónimo me manifestó que hacia 1984, cuando se encontraba sobrevolando en helicóptero la región del Cahuinari en busca de una avioneta perdida que contenía dólares o cocaína, observó desde el aire un sitio en donde se veían pequeñas colinas en forma de senos de mujer y cerca de ellas un claro en el que había ocho viviendas con piso de tierra alrededor de un patio. Le indicó al piloto que aterrizara y al bajar de la aeronave encontraron el poblado abandonado pero los fogones en las casas aun estaban prendidos. Aun cuando esperaron un rato, los indígenas no aparecieron. Cuenta además que en los lagos de La Pluma y La Guama del río Cahuinari observó grandes encierros de charapas que los caraballos mantenían para su consumo (entrevista con personaje anónimo, Leticia, 7 de marzo de 2011). Parece evidente que esta gente no eran los caraballos-yuris. Pero entonces, ¿quiénes eran? Por su ubicación cerca a

la gente de Chontaduro al sur del río Cahuinarí podrían hacer parte de estos, pero como vimos antes esta gente vivía en malocas aisladas unas de otras. La organización espacial de sus viviendas en forma de aldea nos deja intrigados.

Veamos otros testimonios. Según una fuente, la pista Vecino estaba en las cabeceras del río Puré y muy cerca de tres malocas de indios aislados:

Ocho horas aguas arriba del León quedaba la pista Vecino y un laboratorio. De la pista Vecino hacia las cabeceras del Puré y en dirección al Cahuinarí había tres malocas de los indios. El piloto Carrillo les tiraba mercancías como labiales y espejos por cuatro veces seguidas pero en la última vez parecía todo abandonado, no había nadie. Primero salían con arco y flecha y le tiraban a la avioneta pero después ya se veía como rastrojo, abandonado. Migraron no sé adonde, tal vez los del laboratorio de la pista Vecino los ahuyentaron (entrevista con Severino Tapuyima, Puerto Nuevo, 15 de junio de 2010).

Cuenta Benedicto Silva que en 1989 viajó desde La Pedrera por río hasta la quebrada Aguablanca, afluente del Puré donde había una pista de aterrizaje y un laboratorio. La pista era de un señor que llamaban *el Águila*, y allí aterrizaban avionetas Navajo. Operó durante unos ocho meses y después fue abandonada, no sabe por qué. A unos treinta metros, en la selva, tenían unos cinco o seis campamentos con una planta grande y sitios para secar y voltear la pasta de coca que traían. El mismo día en que llegaron a la pista observaron que venían caminando unos doscientos indígenas blancos, con ojos claros y con el pelo liso y castaño. Durante quince o veinte minutos observaron escondidos su paso, eran unas doscientas personas que iban con guayaquito los hombres y sayita de yanchama las mujeres con el pecho desnudo, e iban con arcos, lanzas, cerbatanas. Se quedaron quietos, quieticos, mirando hasta que se fueron. Pensaron en devolverse por miedo, pero se quedaron esperando dos días más. Después se fueron (entrevista telefónica con Benedicto Silva, Leticia, 10 de septiembre de 2010).

Cuenta Omar Calderón, un habitante de Tarapacá, que entre el río Puré y los caños Ticuna y Alegría había

Dos o tres ranchos grandes, y ese piloto les tiraba espejos para que se miren la cara, y ellos cazan con arco y flecha pues le tiraban a la avioneta... Él cuenta eso, y él daba varias vueltas y tiraban flechas, biringuitos, y sobrevolaba y cómo salía esa gente de esos ranchos grandes... porque esa gente, me contaba un abuelo en Arica, el olfato es como el perro, eso lo sienten lejos y por el olor lo siguen, porque ellos no comen sal ni toman trago,

el olfato es muy desarrollado y uno a ellos le debe oler feo, el sudor. Dice además que ellos comen gente y la prueba es que a ellos les encontraron collares con las muelas de los que ellos comieron (entrevista con Omar Calderón, Tarapacá, 19 de junio de 2010).

Este grupo parece ser un grupo diferente a los yuris, y de acuerdo con su ubicación podrían ser los jumanas.

Dagoberto Patricio, un habitante de Tres Esquinas en el río Putumayo peruano, nos relató que en 1986 trabajaba en la pista León en el río Puré, a donde llegaba la pasta de coca y de donde salía la cocaína que elaboraban en el laboratorio de Aguanegra de los Rivera. Menciona que

De ahí de la pista había media hora en avioneta hasta un campamento de los indios. Ellos estaban entre el Cahuinari y el Puré, ellos estaban en esa bolsa, en ese medio entre esos ríos, nosotros miramos con el piloto Carrillo, *el Casposo*, él conoce bastante bien. La maloca era redonda, se miraba plátano y chontaduro y tenía un patio amplio y limpio. Cada vez que nosotros íbamos mirábamos ahí y ahí estaban, pero ya última vez que nosotros fuimos ya se habían cambiado ya, porque yo creo que como nosotros pasábamos por ahí, como por ahí era la ruta y seguro no les gustaba el sonido del avión y quién sabe será mucha bulla, muy cerca y entonces no les gustaba. Y cambiaron de lugar será como media hora más adelante estaban...

Pero Carrillo me decía que allá había malocas de indios bravos, fuera de los patones. Él me dijo: -Aquí estamos pasando estos, pero más allá hay otro grupo y esos son bravos, porque cuando pasaba la avioneta con arco estaban por debajo y le disparaban, esos eran más bravos (entrevista con Dagoberto Patricio, Tres Esquinas, Perú, 18 de junio de 2010).

Estos testimonios nos reafirman en la idea de que en la región existe más de un grupo aislado. Además, es evidente que el narcotráfico y todo lo que trajo consigo puso en peligro las vidas de los grupos aislados, pues como vimos hubo bombardeos de la Fuerza Aérea en la zona, los narcos andaban armados, sobrevolaban sus malocas y en algunos casos intentaron castigar los daños que les hacían los *caraballos* y *patones* en sus laboratorios. Quién sabe cuantos eventos violentos que desconocemos tuvieron lugar.

GUERRILLA

La guerrilla de las Farc entró al territorio de los grupos aislados del Puré desde finales de los años ochenta, época en la que estaban funcionando ya

las pistas de aterrizaje y los laboratorios de transformación de la pasta de coca en cocaína. Los guerrilleros tenían caminos que les permitían pasar de la cuenca del Caquetá al Putumayo, de acuerdo con sus necesidades logísticas y estratégicas. Las Farc no estuvieron interesadas en esta zona tan alejada de los centros productivos sino hasta cuando el dinero del narcotráfico las atrajo, porque podía financiarles sus actividades mediante el boleteo y el secuestro de traficantes. Además, la zona permitía tener campamentos de retaguardia donde era posible esconderse, lejos de los frentes de guerra.

La guerrilla tuvo un papel importante en la erradicación de las pistas y los laboratorios situados en el departamento del Amazonas, ya que cuando las exigencias monetarias fueron exageradas los narcotraficantes prefirieron abandonar el negocio. Esto, combinado con la arremetida del Ejército en 1992 y los bombardeos de pistas y laboratorios, tuvieron el efecto de desincentivar el negocio del narcotráfico en esta región. Las grandes plantaciones en el Putumayo, el Caquetá, Meta y el Guaviare remplazaron la base de coca peruana y boliviana.

Las primeras noticias de la presencia guerrillera en la región del bajo Caquetá colombiano provienen del río Mirití, donde en 1986 un grupo de guerrilleros que venía del río Apaporis subió y robó lo que pudo en el Internado de Mirití, aun cuando en realidad iban tras el laboratorio de cocaína que había en el sitio de Campoamor, arriba de los chorros del Mirití. Además, en ese tiempo se descubrieron las minas de oro del Taraira, incentivo adicional para entrar en una zona que nunca antes habían reconocido.

Entre 1992 y 1998 en Araracuara funcionó un radar de la DEA para la interceptación de aviones, hecho que debilitó más el negocio de los narcotraficantes locales. Sin embargo, con el llamado *despeje* ordenado en 1998 por el presidente Andrés Pastrana (1998-2002), para el proceso de paz con las Farc, se decidió levantar la base estadounidense y después, en 1999, la guarnición militar en Araracuara. A partir de entonces la guerrilla de las Farc controló el área. Una vez consolidada su presencia allí y con el auge de la minería de oro con las balsas-dragas en la zona de Araracuara, a las que les cobraba un porcentaje, los guerrilleros fueron bajando poco a poco por el río Caquetá, estableciendo su control hasta el chorro de Córdoba, muy cerca de La Pedrera.

Los insurgentes recorrían armados todo el río Caquetá entre Araracuara y Córdoba. Reclutaban jóvenes de ambos sexos, establecieron retenes de control, prohibieron la navegación nocturna y trataron de inmiscuirse en asuntos propios de los indígenas. En la piedra del Sol, situada imponente

en medio del gran río y lugar de importancia cultural para los indígenas mirañas, dibujaron con pintura roja un aviso que decía “FARC EP Frente Amazónico”. La guerrilla transitaba también por el Putumayo, donde tenía puestos de control. Del Caquetá al Putumayo abrieron varios caminos que en algunos casos se cruzaban con caminos de los indígenas aislados y pasaban cerca de sus malocas.

Varios testimonios documentan el esfuerzo de la guerrilla por hacer un camino desde el Hilo hasta el Puré, a partir del año 2001, camino que pretendían fuera carreteable y que pasaba muy cerca de cuatro malocas de los indios aislados que creemos son los passes y los yuris. Mientras estaban en estos trabajos, los indígenas aislados les aplicaron el mismo tratamiento que a los narcotraficantes, “les desbarataron dos motores 40 hp y una planta eléctrica con puro garrote, para lo mismo, para sacar los tornillos, las tuercas ya. Era para colgar del cuello será, yo pienso eso, ¿pa que más?” (entrevista con indígena anónimo, La Pedrera, 9 de mayo de 2010).

Por esta época, un indígena de la región de La Pedrera estaba andando con la guerrilla como guía y baquiano.

En eso nosotros fuimos. Por ahí no más andaban los caraballos. Gastamos dos horas de la bocana del río Bernardo en el Caquetá hasta el quebradón del Hilo y subimos medio día por el Hilo en un motor 15 hp. A veinte minutos de camino al sur del Hilo ya había camino de los caraballos. Nosotros usábamos el camino de los indios un rato y luego cortábamos derecho al sur. Por el camino encontramos un campamento de los indios caraballos en donde había unas seis chontas gruesas bien afiladas y de un largo de tres brazadas. También había unas paseras y tizones en los fogones. Era un rancho igual al que uno hace. Más adelante encontramos un laguito cerrado con mucho pescado. Habían barbasqueado más abajo. Ahí seguimos como una hora donde había una loma donde había un salado grande bien cercado con hoja pero con una puerta para la entrada de las dantas. También había una pasera con dos lanzas de madera roja que usaban para matar dantas. Eran bien gruesas y de un lado como una espada.

Íbamos sesenta hombres. Al comandante de ellos ya lo mataron. Gastamos tres días hasta el río Puré. Allí estuvimos dos días y nos regresamos hasta volver al camino de los indios y allí vimos rastros de gente que nos había estado siguiendo. El camino de ellos estaba tapado con hojas y varas, mostrándonos que no debíamos pasar por su camino. Esa era la señal de ellos. Después llegamos al Hilo. Por el camino dejamos ocho hachas y unos machetes en un palo. Al otro día ya no estaban, las habían llevado.

Vamos a dejar unas hachas más, de pronto no tienen con que trabajar, pensamos. Y se las llevamos otra vez. También por el camino encontramos una maloca abandonada, más cerca del Bernardo que del Puré. Era un tipo de maloca que era la mitad no más, media maloca sin cerco (entrevista con indígena anónimo, La Pedrera, 17 de septiembre de 2008).

Entre 1999 y 2003 la guerrilla estableció un campamento en el alto río Hilo, donde entrenaba a doscientos reclutas jóvenes. A más de este campamento, a medio camino hacia Aguablanca tenían un sitio con tanques de depósito de combustible, y ya sobre Aguablanca otro campamento para descender desde allí al río Puré. Además, la guerrilla tenía puestos de control sobre el Caquetá en Los Ingleses, Bernardo, Solarte y La Culebra (entrevista con Diego Muñoz, La Pedrera, febrero de 2010).

Al campo de entrenamiento del río Hilo fue llevado un indígena menor de edad que quería aventurar. En ese campamento había planta eléctrica, construcciones de madera y techos de zinc, y todo tipo de comida e incluso una cría de marranos y gallinas. El quebradón del Hilo lo mismo que la quebrada Aguablanca eran caños navegables, pues los narcos primero y la guerrilla después cortaron y sacaron del cauce todos los palos que obstruían el paso. El campamento tenía como una hectárea, donde una organización militar con una estructura jerárquica de mandos entrenaba a los jóvenes mediante instrucción política y entrenamiento físico. A los dos años recibían su primer fusil, una especie de graduación. La guerrilla tenía un camino ancho que iba hacia el río Puré: “la idea era de meter una camioneta que le dicen, carro, pero no pudieron, no alcanzó el tiempo y con el operativo militar ya los sacaron”. Otro camino los llevaba hasta el río Putumayo en la zona de Arica, camino que tenía diecisiete puentes.

De los indígenas caraballos se comentaba que unos muchachos los habían encontrado, porque el campamento de la guerrilla se estableció sobre un camino suyo:

Por ahí pasaba el camino de ellos, donde ellos andaban por la orilla del río. Tenían camino como de danta. Nosotros los distinguíamos a ellos por las huellas que dejaban de sus pies, y fuera de eso pues ya ellos venían adonde nosotros a hacer daños, pero nosotros no les poníamos cuidado a ellos, para nosotros es muy delicado, es una norma y una ley que sacaron ellos: que nadie podía publicar dónde estábamos nosotros y dónde estaban ellos. Nadie no podía decir, cuando salíamos a las poblaciones, que había indígenas donde nosotros estamos viviendo. Nadie, secreto, secreto.

Los caraballos acostumbraban hacer daños en el campamento guerrillero:

Dañaban las tablas, golpeaban, y entonces nadie no los molestaba porque los teníamos ahí quieticos. A veces se llevaban cosas, dañaban una moto-sierra, y dañaban ollas. Cuando hacíamos la comida venían y la regaban en un segundo, habiendo tanta seguridad que había, y ellos se metían. No se daban cuenta. Y cuando nosotros hacíamos patrullajes por el camino de nosotros, como allá cuando uno está en eso debe estar muy quietico, y nada de bulla, y escuchábamos cuando ellos venían y nos escondíamos para mirar. Y una vez que nosotros estábamos ahí y cuando escuchamos que ellos venían, nosotros nos escondimos, para mirar, solamente para mirar. Nadie no puede agarrar a ellos, ellos son muy (*sic*), y no era el sentido de nosotros pa tenerlos ahí y civilizarlos. Nada, nada, ellos lo que tenían ahí tenían que ser quietos, para mirar no más nosotros lo hacíamos, fuera de las normas, lo que estaba establecido pa nosotros y eso era secreto de nosotros mismos.

El recluta indígena cuenta que conoció tres malocas de los indios aislados en expediciones que tenían por objeto conseguir, “verdura”: plátano y chontaduro. En una ocasión

Nos mandaron como treinta personas a la maloca de ellos. –Vaya traiga plátanos y chontaduros, nos dijeron, y aquí llevan estas peinillas y las dejan ahí.

Pero yo dije, –¿A dónde vamos? Estamos muy lejos aquí y aquí yo conozco donde las comunidades que pasamos, eso es muy lejísimos, cómo así, cómo así que vamos a llegar a las dos de la tarde y en un solo día nosotros no podemos, dónde vamos a conseguir eso.

Pero así nos fuimos... cogimos hacia el Putumayo, a tres horas por el camino de nosotros y dos horas por el camino de ellos, y nos llegamos a donde estaba la maloca de ellos... Nosotros andábamos hartísimos, armados todos. Bueno, nos dieron la orden de sacar chontaduros, como veinte racimos nosotros sacamos con veinte racimos de plátanos también, y las peinillas eran casi también cuarenta peinillas, nosotros las dejamos. Porque los plátanos estaban muy maduros, entonces nos preparamos unos platanitos con leche y a tomar afuera de la maloca de ellos, porque nadie no puede entrar a la maloca de ellos...

Tenían casi como siete hectáreas la chagra de ellos... y esa chagra era antigua yo creo, porque se miraba que ya no había troncos grandes, ya podridos. Lo que se miraba era una chontadurera, muchos, muchísimo, hartísimo y se miraba plátano lo mismo. Una vez nos metimos a la casa de ellos y ahí donde observé lo que es donde ellos hacían guarapo, un

tablón como canoa de hacer guarapo, estaba volteado, yo lo volteé y yo analicé la cuestión, la historia de nosotros, yo dije: –Pero esto, nacieron para eso también–. Tenían manguaré de tierra, los uitotos tienen la misma cuestión como ellos tienen, es un hueco y tienen una bambita bien organizadita encima, entonces ese era un manguaré y por eso yo lo digo que eso es, entonces ya lo golpeé y me sonó bien. En la maloca había unos chinchorros en forma de bejucos, bejuco yaré que le dicen, tejido especialmente, como un chinchorro, sólo había uno, y estaba limpiecita la casa, la maloquita y la maloquita estaba vieja ya, pero bien firme, pues tenía unos palos gruesos y unos travesaños gruesos. La maloca es cuadradita, encercada, como donde nosotros desayunamos (una maloquita tanimuca) como makunita, y tenía como unos corralcitos, otro corralcito, yo creo que allá era donde ellos cuidaban los animales de ellos... Tienen montonera de basura y ahí miramos hueso de morrocoy, frutales de la selva, ahí se miraba mucho de eso, cascarones, huesos, en un solo punto la basura y en eso llegó la hora y nos tocó salir.

Y nosotros llegamos allá otra vez al campamento donde estábamos, con la comida, dejamos sólo las peinillas y nos fuimos. Otros tres, cuatro meses, casi ya estábamos, pero siempre ellos mantenían por ahí los caraballos porque ellos se iban a donde nosotros, ahí se miraba el trillo fresquito, cuando iban cerca de nosotros, ahí mismo ellos estaban ahí, estaban cerca de nosotros. Íbamos por ahí dos o tres horas y siempre mirábamos el trillado. Siempre nosotros los encontrábamos en la selva. Y una vez nos chocamos en el camino cuando ellos venían en el camino de nosotros con la familia, normal son seis, la mujer, toda la familia andaban yo creo que así andan. Ellos son bien expertos para andar en la selva y ellos también se escondían pa ellos mirar a nosotros en las bambas, para distinguarnos y una vez pues experto, experto, cuando uno está en los militares tiene que estar muy en la jugada y claro una vez uno andando y está uno pendiente y tal y cuando un malparado ahí, un caraballo quedó parado con unas ramas camuflado, camufladito para que no lo vieran y él observando a uno. Ahí mucha gente se aprendieron de ellos también lo que es la táctica, cómo se camuflaban... pues ellos siempre andaban por la orilla del caño, del Hilo, donde nosotros estábamos, tenían camino ya y tenían camino hasta el Bernardo. Hasta allá uno miraba las huellas de ellos y todavía los mirañas en la orilla del Caquetá miran las huellas de ellos ahorita, yo creo que de pronto miran porque eso es lo que ellos comentan y se miraba porque ellos andan muy lejos y nosotros pensábamos pero cómo cruzarán al Bernardo, de pronto hay otro será, una tribu más arriba.

El testimonio de este indígena reclutado por las Farc hace referencia a las malocas de los indios aislados y sus formas de resistencia:

Dentro del territorio de ellos pues allá hay muchas pistas, hay como siete pistas de aterrizaje de los antiguos mafiosos que estaban, en la cabecera del Bernardo hay, en la cabecera del Puré también hay, Aguablanca hay dos pistas hacia abajo, entonces de pronto, mucho tiempo, eso los hizo unir más a ellos, de toda esa gente que estaban por ahí, pero ya no se miraba nada, había unas casitas de ellos de los mafiosos ya estaba podrido, y ya no era nueva...

Como a los dos años de estar ahí me tocó ir al Putumayo y primero los muchachos hacían las exploraciones y llegaban cansados y se ponían a descansar y cuando ellos menos se daban cuenta ya estaban los caraballos ahí, al lado de ellos, algunos tienen lanzas, algunos no tienen nada. Han comentado que ellos comieron gente, pero no, no, sino que se metieron adentro y ahí no sabemos. Si sigue con sueño pues lo matan, uno no sabe cómo era la cuestión de ellos. Cuando los alcanzaban a mirar más antes, pues entonces se iban. Eso es lo que ellos hacían siempre. Como nosotros estábamos cerca de ellos, uno no puede decir que ellos nos están siguiendo, porque esa era la tierra de ellos, estábamos pegados a ellos prácticamente.

Una vez nosotros dejamos todo el campamento así, y nos fuimos todos, y estos manes llegaron y dañaron todo también. De pronto ellos no están de acuerdo con nosotros, porque la experiencia que ellos tuvieron, pues la historia y todo, entonces llegaron y eso dañaron los interiores, rompían las paredes y se metían ahí a botar cosas. Algunos los vieron que se quedaban mirando así el objeto, cualquier motosierra, la ollita se quedaban mirando, eso lo hacían y ya, y a veces hablaban.

Una vez nos mandaron entre cuatro al mismo sitio y nos dijeron: -Sólo traigan chontaduros para los marranos porque yo creo que ya están muy podridos, no van a coger ni uno de arriba sino los que están caídos, a recoger como a veces esos bichos se caen-. Entonces nos fuimos y llevamos un poco de peinillas también, nosotros llevamos para ellos y los dejamos allá y el jefe dijo, -Si está la peinilla ahí no les dejen esto, pero si no están, pues dejen estos-. Entonces ya no estaban las peinillas. Eso fue a los cuatro meses.

Nosotros hicimos la misma operación y nos regresamos, duramos otros dos meses y entonces nos dijeron, -Toca hacer una exploración donde están los caraballos hacia acá, hacia arriba-. Entonces mandaron gente a las direcciones exactas donde tenían que ir, casi veinte kilómetros, y de eso me tocó una ruta más pa acá en las cabeceras de Puré, ahí fue que encontramos otra maloca rectangular lo mismo que la otra, pero ya más abajo, hacia el Puré. Ahí nos encontramos una maloca antigua pues había más frutales. Había más comida y más objetos se miraban de la cultura y cuando llegamos a esa maloca primero ellos hicieron una exploración

como siempre y llegamos y nadie no estaba, tenían fogones, y todavía había candelita.

Ellos sabían del manejo y es que ellos son como todos los indígenas, saben, y eso lo manejan bien, esos saben con oración de ellos y ahí se retiran piensa uno, porque nosotros mirábamos era el trillo de ellos, el trillo de las familias.

Nosotros nos metimos una vez, bueno, ya no están, vamos a mirar y había coca pero no había ni pilón, había ají, lulo, yuca, todo lo que se mira a un indígena, eso se mira allá también. Lo que es comida, economía, tabaco, todo, todo, ahí se miraba pero si esto era de ellos yo creo que ya nació pa ellos esa comida, así como nosotros. Y el bañadero de ellos era grande, pero eran puros chuquiales y de ahí pues donde estaba las macanas para golpearse, tenían unos guadales cortados como ahí organizadito donde ellos se bañaban, como una balsita. Ahí se miraba todo eso. Y el fogón de ellos cuando nosotros llegamos ya el fogón de ellos estaba como apagadito, siempre había candelita, así no más. Ahí fue que nosotros dijimos, -¿Adónde consiguen la candela?

La maloca era rectangular, sin huecos arriba solamente el cambio de ese puy ellos no lo tejen, sino que lo parten y lo envuelven amarradito pero pegadito, eso es lo que yo observé porque yo iba a mirar. Pero ellos tienen todo lo que es de nosotros, tenían yuca no harta pero sí tenían, plátano, batata y ñame de ese negrito, eso lo tenían, piña había pero poquito y había coca pero no harto eso era dos hileritas y ya, tres o cuatro piñitas. No tenían harta yuca como nosotros, sino un poquito de cada cosa. No había tiestos. Sólo había hamacas de bejuco y tenían unos collares de pepas amarradas con otro bejuco, eso estaba colgado, eso no lo tocamos solamente se miraba sin tocar y había una lanza bien pulidita. Eso ni tocando, eso sí no, usted lo miró y ya. De ahí nosotros no sacamos casi nada de frutos, porque no había casi, porque a nosotros siempre nos gustaba chontaduro y plátano y yuquita, ¿no?

Allá hay mucha cacería lo que se mira y había un salado que ellos tenían. Nosotros íbamos a matar una danta, ansiosos de descubrir nosotros lo que era trampa de ellos y matamos una danta esta noche y comimos... dentro del salado ellos hacen trampa, hacían un hueco así grande, escarbaban y adentro había unos chuzos de chonta de esos que son bien pulidos, de esos antiguos, esos son como cuchillo, tapado con palitos y hojas, claro tenían cuatro así, casito un muchacho se cae, entonces era prohibido para estar en cualquier salado, se prohibió eso, en cualquier saladito estar. Un muchacho miró unos palitos partidos y el quedó observando y claro llamaron a los muchachos y que esto y esto y esto, y lo destaparon y lo dejaron así como estaba y comentaron al jefe y de una vez que nadie podía entrar a cualquier salado.

De la primera a la segunda maloca había una hora a pie. Caminito no muy limpio, uno conoce el camino de ellos porque está partido, pica, nosotros no íbamos por el camino de ellos, sino que lo encontrábamos.

Los caraballos son de harto cabello negro y tienen el traje para sostener el sexo, todo tapado, una mochilita que son como especiales, se miraba negro de lejos, puede ser cáscara de palo, como una tanga pa los hombres, y las mujeres con una sayita adelante y atrás, de la misma cáscara, tapaba el frente y atrás. Las mujeres se distinguían por los senos desnudos. Son negros, la piel, como chocolate, muy morenos. Nada de pintura. Músculos del cuerpo sí tenían los hombres, y normales de altura. Estuve a unos cinco metros de un caraballo. Cuando nosotros los esperábamos y de una se dan cuenta y se paran y hasta luego. Nunca hubo un choque con ellos. Gritos cuando ellos se iban, ellos tienen una voz que uno no puede entender.

Los dardos, unos muchachos miraron, yo no miré, pero comentaron que había dos familias que venían, tenían lo que era lanzas como tenía los antiguos para guardar, unos tubos hechos por ellos mismos, con lanzas adentro, las tenían colgadas.

La tercera maloca se encontró haciendo una exploración también, pero entonces últimamente cuando nosotros pasamos era el mismo tipo de maloca, los mismos frutales y chagra grandota y estaba de las cabeceras del Hilo hacia Igaraparaná.

Ya en el 2003 ya me tocó salir a mí, la gente quedaron, porque estaba ya preparado y tenía que operar en otra parte y ahí dejé ya la historia de los yuris. Me fui para el Caquetá. La gente quedaron hasta el 2004 y hubo un operativo de los militares en todas partes, operaciones que venían por Putumayo, por Caquetá. En ese tiempo pues ya tenía que salir la gente porque ya sabían toda la información exacta como estaban ubicados entonces pues se salieron. Un poco se fueron hacia Arica, otros salieron de Caquetá hacia arriba a Aracuara y se quedó ahí el campamento, abandonado ya, ahí ya no volvieron más nunca más (entrevista con ex guerrillero anónimo, 11-13 de mayo de 2010).

De este testimonio citado *in extenso* es importante resaltar, primero, la cercanía del campamento guerrillero a las malocas de un pueblo indígena aislado que llamaron caraballos y yuris, y su presencia en la red de caminos que utilizaban para comunicarse, cazar, vigilar, pescar. Se destaca también que los indígenas manifestaban su oposición a la presencia de la guerrilla en su territorio mediante acciones violentas contra los objetos pero no contra las personas, pues tal como decía el ex guerrillero, los yuris eran “muy tácticos” y fácilmente podrían haber matado a más de un guerrillero descuidado e inexperto.

Pero no lo hicieron, pienso que debido a la cantidad de guerrilleros presentes en la zona, más de doscientos individuos armados, y, más importante aun, al recuerdo de la expedición de rescate de Julián Gil en la que cinco personas de su grupo fueron asesinadas. Ellos ya saben el precio que deben pagar por matar a un blanco intruso: secuestro, violencia y retaliación. Además, con el riesgo de ser obligados al contacto. De esta forma se limitaron a espiar y asustar a los guerrilleros, a destruirles sus motores y a botar y regar su comida. Su estrategia de resistencia pacífica incluía abandonar sus malocas cuando llegaban los guerrilleros, quienes encontraban humo en los fogones.

Sin embargo, algunas versiones de los hechos manifiestan que en algunas ocasiones los indios atacaron a la guerrilla, que en una de ellas habrían matado a cuatro guerrilleros con flechas envenenadas y en otra a dos guerrilleros en una trampa con puyas envenenadas, en el fondo de un hueco camuflado. Se dice que en uno de estos casos la guerrilla habría tomado represalias violentas contra los indios. La verdad de todo esto es difícil de saber, y para ello se requiere testimonios de testigos presenciales: no es suficiente el testimonio de oídas. Conviene mencionar al respecto que los testimonios recogidos en el transcurso de esta investigación que mencionan conflictos violentos entre los guerrilleros y grupos aislados provienen tanto de pobladores del Caquetá como del Putumayo.

Entre 2003 y 2004 el Ejército, con base en La Pedrera, retomó el control del área hasta Araracuara, subiendo poco a poco desde el chorro de Córdoba. A medida que subía, los guerrilleros se replegaban. Primero evacuaron el retén de control en Los Ingleses. Después la guerrilla evacuó Solarte, donde tenía una pista de aterrizaje y su negocio de cocaína. Así, poco a poco el Ejército subió hasta Araracuara y retomó esta posición estratégica. Algunos guerrilleros huyeron aguas arriba por el Caquetá y otros lo hicieron por el Yarí y el Mesay. Algunos más escaparon hacia el Putumayo (entrevista con Édgar Castro, Puerto Remanso del Tigre, septiembre de 2008). En el Putumayo el Ejército enfrentó a la guerrilla, matando a su comandante en el caño Alegría, en 2005.

En agosto de 2010, durante un recorrido con los funcionarios del parque nacional río Puré por el Japurá brasilero y cerca de la boca del Puré, hablamos con el capitán de una lancha remolcadora, quien contó que durante quince años sacó oro en el Puré, y que en ese río todavía hay mucho oro. Contó además que habían subido hasta bien arriba, donde ya las copas de los árboles tapaban el cielo, arriba de Aguablanca, en territorio colombiano.

En una ocasión, hacia 2008, la guerrilla llegó a la draga pidiendo rancho o comida. Estos guerrilleros llevaban sus incursiones hasta San Antonio de Içá, en la boca del Putumayo, donde andaban vestidos de civil. Es entonces muy posible que la guerrilla continúe incursionando en el territorio de los grupos aislados del Puré, aun cuando al parecer no tienen campamentos fijos en el área.

Es importante hacer mención a tres rumores difundidos por la guerrilla por toda la región y que han puesto en peligro la independencia de los grupos aislados del Puré. Primero, regaron el cuento de que Julián Gil continuaba vivo pues habían visto a un hombre alto y viejo con el pelo y la barba blanca, lo que generó una gran ilusión en sus hijos. Segundo, dijeron que en la tierra de los caraballos habían encontrado una gran mina de oro en la que se cogían las pepas de oro a ras de tierra. Para completar, contaron que entre el Putumayo y el Puré había una gran mancha de cedro, lo que activó la codicia de los madereros. Estos tres rumores generaron incursiones de personajes muy diversos, ya fuera en busca de Julián Gil, de la mina de oro o de las valiosas maderas de cedro. Rumores todos que son otra secuela nefasta de las que la guerrilla dejó en la región.

Para colmo de males, durante 2010 una comisión de la Sijin viajó con algunos informantes indígenas hasta el río Bernardo y otros sitios, en busca de una supuesta caleta millonaria de la guerrilla. ¡Es cuestión de nunca acabar!

LAS MADERAS DEL PUTUMAYO, LOS MONTEROS Y LOS PATONES

En las riberas del río Putumayo colonos e indígenas se refieren a los indios bravos de la selva como los *patones*, por considerar que las huellas de sus pies son más grandes de lo normal. Con este apelativo pueden estar designando a más de un pueblo indígena aislado.

La extracción maderera en la cuenca del río Putumayo empezó a tomar fuerza desde los años sesenta, cuando grandes camiones pudieron transitar por la carretera Pasto-Puerto Asís, lo que aumentó la demanda de madera en el mercado interno. La carretera se consolidó con el descubrimiento de petróleo en Orito por parte de la Texas Petroleum Company, en 1963, que requería de una vía aceptable para mover la maquinaria de exploración y, después, de explotación. Hasta Puerto Asís comenzaron a llegar grandes remolcadores y lanchas cargadas con bloques de cedro, muy valioso en la zona andina del país. La madera no salía para el Brasil porque su oferta allí es inmensa y su tránsito hasta las grandes ciudades muy largo.

La actividad maderera fue selectiva y sistemática, extrayéndose todo el cedro accesible a través de los afluentes colombianos del Putumayo. De esta manera, en 1993 la gran mayoría de la madera de cedro se extraía del Perú y solo 5% de la producción fue de comino, cahuiche y cedro blanco. Para una producción de un millón de piezas de cedro al año, el estudio calculó que se abatían tres mil árboles. En esa época, sin embargo, la principal actividad económica de la región era el cultivo y el procesamiento de la hoja de coca (Hildebrand, 1993: 5, 14, 18). Cuando Corpoamazonia estableció el área de ordenación forestal de Tarapacá, a finales de los años noventa, la madera de cedro era muy escasa y seguía procediendo sobre todo del Putumayo peruano.

El área de ordenación forestal de Corpoamazonia se extiende de occidente a oriente entre el río Pupuña y la frontera con el Brasil, y de norte a sur desde la divisoria de aguas del Puré y el Putumayo hasta las riberas de este río, sobre un área de 413.760 hectáreas de la reserva forestal de la Amazonia. A lo largo de la divisoria de aguas se estableció una zona de amortiguación de 1.500 metros, con el fin de evitar presiones sobre el parque nacional Puré, y se definieron también zonas de protección de nacimientos. El parque nacional linda 130 kilómetros con la zona donde se expiden permisos de aprovechamiento forestal.

En la actualidad el poblamiento de la zona entre Tarapacá y el caño Pupuña del lado colombiano es escaso, destacándose Puerto Nuevo y Puerto Ticuna cerca de Tarapacá, que hacen parte del resguardo ticuna Cotuhé-Putumayo. Más arriba, por el Putumayo, se encuentra Alegría, en donde hay una finca con una familia, Palma, una finca abandonada, Porvenir, una finca y un caserío de unas cuarenta personas, Puerto Ezequiel, una comunidad religiosa de los Israelitas, ciento cuarenta y cinco personas, y, por último, la casa de Rafael Gaitán en el río Pupuña, donde vive un cuidandero. Del lado peruano están los pueblos de Primavera y de Huapapa con una población considerable, más de trescientas personas cada uno, y el caserío de Tres Esquinas, con seis o siete casas. Las actividades principales son la pesca de peces ornamentales, en especial arawana, y la extracción de maderas que se acumulan en la orilla del río en forma de bloques, para vender a los remolcadores y las lanchas colombianas que surcan el Putumayo hasta Puerto Asís.

Sobre los caños afluentes del Putumayo, situados dentro de esta área, se han dado una serie de permisos de aprovechamiento forestal a diversas personas. Para extraer la madera se sube cada vez más en los caños, pues se

extraen primero las más accesibles, llegándose así a los afluentes del Puré, al estarse acabando la madera de interés. Esto obviamente afecta el territorio de los grupos aislados. Por ejemplo, en el Porvenir, la zona de extracción está a 22 kilómetros de la orilla del Putumayo, zona donde supuestamente el aprovechamiento ha sido el más racional y ordenado.

La labor maderera se ha concentrado durante muchos años en la extracción de cedro, por ser una madera fina que se vende a buen precio, pesa poco y, además, flota, lo que permite bajarla por las quebradas. Para su extracción en la zona colombiana se requiere de un empresario que tramite los permisos y cuente con el capital necesario para pagar, mediante un intermediario y el sistema del endeude, a los monteros, corteros, paleteros y balseiros, estos últimos encargados del transporte por agua hasta las orillas del río Putumayo, donde son acopiadas por remolcadores que van a Puerto Asís. Los monteros son los mejores conocedores del bosque, por ser los encargados de identificar los árboles aprovechables haciendo una pica para acceder a ellos, y reciben su pago de acuerdo con el volumen de madera de los árboles identificados. Son, además, quienes en varias ocasiones han encontrado rastros de los indios a los que han llamado *patones*.

La actividad maderera entre el río Pupuña y la frontera con el Brasil ha afectado los límites meridionales del territorio de los grupos aislados, pues las incursiones de los madereros con sus motosierras y botes han perjudicado la cacería con el ruido y la tumba de árboles. Además, han debido afectar la movilidad de estos grupos en el sur de su territorio.

Cuenta un montero de Tarapacá que siguiendo las pistas de la mancha de cedro mencionada por la guerrilla, se internaron por la selva en busca de un camino hasta el río Puré:

Rastros no más, no vimos a los indios, rastros, rastros, no más. Íbamos los dos con *Arauca*. Nosotros nos metimos por ahí, arribita de Puerto Toro, por ahí nos metimos y caminamos unos quince días tirando hacia el norte, puro monte, puro monte. Caminábamos todo el día y donde nos cogía la noche guindábamos el plástico y ahí quedábamos y al otro día arrancábamos. Nosotros llegamos hasta el Puré buscando maderas de cedro, nosotros íbamos buscando era un lote de cedro que habían dicho que habían descubierto una gente de la guerrilla que venían del Caquetá al Putumayo cruzando, encontraron un lote de puro, puro cedro. Don Rafael Gaitán, *Cunina*, nos dijo: -Mire, por qué no van y buscan esa madera, yo quiero saber para más o menos cuantas piezas, de pronto metemos tractor para jalarlo de allá hacia el Putumayo.

Cerca al Puré, en unos montes vírgenes se encontraron señas de que hubiera cedro pero como estaban esta gente ahí, pues como encontramos un cambuche, un cambuchito, póngale cuidado que eso era cortado como con serruchito, y yo miraba toda esa vaina y pensaba pero cómo cortan esto. Ellos tenían un mazo así grande para partir las pepas de chapaja, en todo caso esas pepas eran durísimas para partir y lo partían así con esos mazos duros de madera fina, eso era un arrume de cáscara y yo me dije, -Pero aquí no hay gente, gente digamos, no. Estos son indios bravos-. Y vimos unos palos enterrados en el piso amarrados con bejuco yaré. -¿Y esa vaina para qué en la mitad del monte?-. Eso fue antes de llegar al cambuche. A los indios no los vimos, no los encontramos, los rastros sí, ellos habían estado como decir por la mañana, huellas fresquitas, estuvieron ahí y se fueron.

Ellos venían de la maloca de ellos al ranchito ese a cacería y pasaban unos dos o tres días ahí en cacería, pues de ahí para allá era ya un camino trillado, ellos iban quebrando las ramas así, así y yo me dije, -No, estos son indios, ellos se meten así y van quebrando así, el camino, y ahí ya nos devolvimos-. Yo creo que esa gente tenía el cambuche de ellos, el grande, la maloca, porque si no adónde se hospedaban, dónde estaba la madriguera, dónde se quedaban ellos, porque me imagino deben ser bastantes indios porque esa gente de la guerrilla decía que ellos pasaban por ahí y era una maloca grandísima pero ellos no molestaban, pasaban, pasaban. Esas las hacen de puras palmas. A mí me impresionó esa vaina porque de todas maneras esa gente lo ve a uno y son con flecha y vaina y lo atacan a uno.

Arauca dijo, -Vamos hasta allá-. Pero yo le dije, -Yo no camino más-. Él quería irse hasta allá por el camino de ellos. -No hermano, si usted quiere ir, pues yo me devuelvo-. Entonces no quise, qué voy a entregarme allá a esas fieras, a esos animales allá, no sé, dicen que son bravos, peligroso. Y *Arauca* decía, -No, yo voy a volver a traerles espejos, agujas, voy a traerles no sé qué, jaja jaja-. *Arauca* es un loco. No, yo dije, yo por aquí no vuelvo (entrevista con Graciano Crespo, Leticia, 21 de junio de 2010).

Más de un año después de entrevistar a Graciano Crespo tuve la oportunidad de entrevistar a *Arauca*, quien nos contó que en 2001 caminó con su compañero durante diecisiete días hasta que llegaron a una zona en la que el bosque era diferente, en las cabeceras del Puré. Vio ramitas torcidas a lo largo de una pica, una trampita para cazar con pita de chambira, algunos árboles de fono cuya corteza había sido sacada y, más adelante, palos arrancados de raíz a la fuerza, en un camino mayor. Vio también una represa de hojas de palma de chapaja, con palos sacados a la fuerza donde él cree que tomaban agua.

Más adelante encontraron un campamento de cazadores de los indios bravos, un ranchito de 6 por 3 metros, hecho con palos rotos o reventados y hojas de palmas, nada cortado, ningún rastro de civilización. Los travesaños del rancho salían por fuera del techo de palma. Entre el rancho había canasticos, flechas, redondeles para amarrarse a los tobillos para subir árboles o palmas, un fogón, un palo de madera fina con un huequito que pensó podría servir para prender candela, pues también encontró la lanita de un nido de pájaro (macuá) que podría servir de combustible para iniciar la llama, un palo de corazón en el piso con camas donde habían roto pepas con un mazo de corazón y montones de pepas de palmas de asaí, coquito, chapaja y milpeso. Había un salado cerca. Llegó un momento en que se asustaron y decidieron devolverse. No encontraron cedro. Dice que la tierra del Puré es arenosa y no se da el cedro.

Después de esta correría, el mismo año 2001 *Arauca* se metió al caño Santa Marta, que tiene una antigua pista en su banda izquierda bajando. Cuenta que fue el primero en descabecerar este caño y que estando allá sí vio cedro, ya en la parte en donde se veían caminos de los indios. Dice que en los caminos vio palos o ramitas que los indios habían torcido y que observó que todavía estaban verdes por lo que dedujo que allí habían estado hacía uno o dos días. Por esta razón se devolvió. Las cabeceras del caño Santa Marta se encuentran con caños que bajan al río Cahuinarí en su curso medio, en la zona de inflexión del río.

Omar Calderón, un poblador de Tarapacá, comenta que *Arauca* le contó que una vez cuando estaba monteando una madera se asustó al encontrar un camino y un campamento de los indios, y que entonces huyeron y tuvieron que dormir en la selva guindados en un árbol alto,

Y esa noche el indio bravo arremeda todo pájaro, todo animal, escuchaban paujiles, cochancos, churucos, todo rodeado todo..., los olfatearon, y de una vez les echaron cacería como dice el dicho, pero sabe lo que los vino a salvar a ellos, la lluvia, porque borró el olor de ellos (entrevista con Omar Calderón, Tarapacá, 19 de junio de 2010).

En esa época un grupo de madereros estaba cortando y sacando madera en el caño Pupuña, caño que es una de las entradas principales al territorio de los grupos aislados del Puré:

Hace unos once años atrás, en 1999, estaba trabajando en el río Pupuña. A la casa de *Cunina* se gastaba de la bocana en el Putumayo quince minutos en un motor 15. De ahí se pasaba la bocana de los lagos, los caños

Horacio y Wuachó, la Nariz del Diablo, arribita había un salado, más adelante llegaba al primer puerto y ahí dejaba el bote y se caminaba cuatro horas al primer campamento en el caño Ana. Yo miré rastros de gente en el caño César, repartición del caño Ana.

Desde ahí caminábamos seis horas más arriba hasta el segundo campamento y la repartición de ese cañito se llamaba Las Curvas, ahí corté la última madera, como unas dos mil setecientas piezas de cedro. *Cunina* sacó de ese río cincuenta y cuatro mil piezas de madera. Yo trabajaba para don Luis Santos.

Una vez, cuando paré la motosierra oí voces de gente que estaba conversando en el camino, pero yo no entendía, pues eran unas voces raras y sólo miré huellas de gente y después se calló la bulla de la gente.

Cuando se terminó empezamos a paletiar (cargar la madera en bloques al puerto) por una trocha ancha. Hicimos seis caminos y por ahí sacamos toda la madera. En tres ocasiones nos ocurrió que estábamos cargando y cuando íbamos a almorzar se nos desaparecía el almuerzo del portacomidas que amarrábamos a los bloques. Nosotros éramos seis personas y se nos perdió el almuerzo, por tres veces nos hicieron así, y veíamos sólo los rastros de gente, unos pies grandotes.

Un día yo estaba cortando madera con motosierra y al volver al campamento encontramos una plancha de cazabe de greda cocinado al sol, y un muñequito de greda como un humano, puestos en nuestra pasera. La cocinera se asustó y no quiso cocinar.

Don Luis Santos, el dueño de la finca en el río Pupuña, vio en varias ocasiones evidencias de los *patones*. Él tenía un perro de cacería y una vez en que andaba con su hijo Libardo el perro empezó a ladrar y cuando lo encontraron estaba traspasado por una flecha. Don Luis tenía una chagrita que llamaba Las Malvinas en el caño Ana, abajo de caño Lobo, arriba de la repartición de caño César, y un día en que junto con don Marcial, don Salvador y don Jorge Bardal estaban monteando, se les acabó la comida y como en las Malvinas había papachina fueron hasta allá, y al llegar encontraron candela prendida y huellas de gente descalza (entrevista con Antonio Morales, El Porvenir, río Putumayo, 16 de junio de 2010). Es claro entonces que los afluentes orientales del caño Pupuña hacen parte de los territorios de los grupos aislados de la región del Puré y que es imperativo evitar las explotaciones madereras en la zona.

Otro testimonio señala que en 2008 un grupo de hombres se encontraban pesquisando en busca de oro, por los lados del Putumayo.

Nos metimos por el lado de Alegría, por los lados del Puré, y por ahí eran también las líneas de los guerreros, por ahí había trochas y queríamos aprovechar esas trochas para buscar oro. Ya no había por ahí nadie, ya la guerrilla la acabaron por esos lados, no hay nada de eso por allá. Me encontré con unos moradores allá y un grupo de los que hacían las correrías para la madera, para el cedro. Como esa gente, los monteros, toda trabaja cedro, ellos no le ponen mucho cuidado al oro.

A uno de ellos se le dio por cortar para salir por las cabeceras del río Puré, porque por esos lados también hay cedro y se dio con una grande sorpresa... Los que cogieron para la parte de las cabeceras del río Puré cuando ellos llegaron encontraron una maloquita donde tenían un poco de cascos de morrocoy, cascos de charapa, de armadillo y todo eso, un depósito de los cazadores. Eran puros cazadores que andaban, de los caraballos, ellos se llevaban únicamente la carne como ahumada. Y lo más curioso es que ellos sacan la corteza de un árbol y sacan una cáscara grandísima y ancha y la tejen como una hamaca dice él, de unos treinta o cuarenta metros de largo, en un patio limpio tienen una hamacota grandísima y todos se acostaban ahí. Que él llegó y se asustó, calladitos nos vamos, para atrás otra vez. Se regresó. Él sí llegó ahí, no se le metió a pesar de que todos iban armados, pero los dejaron quietos. Es que ellos son guerreros, son cazadores, dizque puros jóvenes.

A mí me comentaba uno de los monteros que ellos vieron una maloca desocupada, pero tenían una chagra grandísima, donde tenía harto chontaduro y plantíos de frutas, en un sitio recargado hacia el Cahuinarí. Dizque harta comida, ellos miraron harto chontaduro. Porque ellos (los patones) se cruzaban hasta donde Pablo Bora, que tenía una chagra grande, y le robaban plátano, la yuca, porque ellos cazan mucha charapa de allá del Cahuinarí, ellos saben dónde están los salados de charapa... En el invierno la charapa se va a comer frutas y guama y cuando salen están gordísimas ya a poner huevo al Caquetá. Entonces es ahí en ese tiempo de invierno que los indios las cogen, ellos encontraron hartos cascos de esos animales. ¿Cómo las cogen? No sé. La captura de esas charapas por esa gente debe tener algún sistema de trampa...

Como ellos (los monteros) atravesaron, ellos se cogieron allá hacia el lado del Cahuinarí, y como ellos hacían los cruces así, pues venía una trocha que venía del Cahuinarí. Ellos cogieron esa trocha y llegaron a la bodega de los indios. Entonces ellos sí están allá, allá están. De que están, están. Los monteros venían buscando cedro del Pupuña para abajo. El río Puré se recarga muy para el lado del Putumayo por ese lado del Pupuña. Allá están, confirmado por la gente que me encontré cuando me metí a pesquisar por el lado de Alegría (entrevista con Iván Luna, Leticia, 31 de agosto de 2010).

Este testimonio plantea un gran interrogante: si la maloca, los caminos y los depósitos de cascos de tortugas pertenecen a un grupo diferente de los yuris, pues por la ubicación podría ser el grupo de la quebrada Verano, posiblemente los uainumás. El segundo punto por destacar es el acceso que estos indígenas tendrían al río Cahuinarí y a sus ricos lagos charaperos, que les pueden garantizar proteínas por temporadas largas, encerrándolas en corrales.

Un último relato sin confirmación cuenta que durante una exploración de monteros del Putumayo habrían llegado a una maloca desocupada en la que había una olla grande, una tinaja, volteada hacia abajo. Al levantarla se encontraron con una viejita desnuda acurrucada. Tal vez los patones no alcanzaron a llevársela y la única opción fue esconderla.

De esta manera todo indica que los madereros y, en especial, los monteros, han estado en territorio de dos o tres grupos aislados en el alto río Puré, caño Ticuna y el Pupuña, y estos son posiblemente los yuris, los jumanas y los uainumás.

MINERÍA DE ORO EN EL RÍO PURÉ

En 1985 se descubrió oro en la serranía del Taraira, río fronterizo entre Colombia y Brasil. Este fue el primer aviso o campanazo que anunciara la existencia de oro en la Amazonia oriental colombiana, porque aun cuando en el alto Putumayo y el Caquetá se extrajo oro de aluvión desde tiempos coloniales, de su presencia en el resto de estas selvas no se sabía. El río del Oro mencionado por los primeros exploradores del río Amazonas había caído en el olvido. Por el mismo tiempo de las minas del Taraira se descubrió oro en la serranía de Naquén, en tierras sagradas de los indígenas curripacos. Desde entonces aparecieron numerosos aventureros empeñados en buscarlo, o en *pesquisar*, como dicen los brasileros, aventureros que recorrieron cientos de ríos y quebradas de la zona con sus bateas para ver dónde pintaba el oro. Algunos insisten todavía en esta búsqueda, aun en medio de territorios que saben son vedados, porque allí viven “indios bravos”, caraballos o patones.

A partir de los años noventa del siglo XX en diversos ríos de la Amazonia y en diferentes momentos aparecieron balsas y dragas para extraer oro. Unas llegaron al río Inírida, otras al alto Putumayo, así como al Caquetá en el sector de Araracuara. También al río Puré y al Cotuhé, afluente del Putumayo, llegó esta nueva forma de extraer el oro de aluvión. En muchos casos fueron brasileros los primeros en traer esta nueva tecnología, aun

cuando hubo también dragas de colombianos e, incluso, peruanas en el río Cotuhé.

La actividad de las dragas en el Puré se inició hacia 1992, y fueron los brasileros quienes primero explotaron oro allí. Algunos dicen que subieron hasta sus cabeceras y que en varias ocasiones vieron señas de presencia de “indios bravos”. Pero fue solo a partir de 2001, cuando se estaba haciendo el estudio para declarar el parque nacional río Puré, que las organizaciones indígenas de la región de La Pedrera y la organización Conservación Internacional denunciaron ante el Ministerio de Ambiente, Vivienda y Desarrollo Territorial la presencia de dragas brasileras en el sector colombiano del río Puré, desarrollando actividades de minería ilegal.

En 2002 se constituyó el parque nacional río Puré con el fin de conservar sus ecosistemas y de proteger a los indígenas caraballo-yuri y garantizarles su derecho al no contacto con la sociedad mayoritaria. A partir de ese acto administrativo, una de las actividades principales de sus funcionarios ha sido hacerle seguimiento a la minería ilegal, coordinando con las autoridades brasileras, pues debido a que el Puré tiene su boca y su curso bajo en territorio del Brasil, para llegar a Colombia todas las dragas deben pasar primero por ese país.

La actividad minera en el Puré brasilero y colombiano ha causado graves impactos sobre los ecosistemas acuáticos, los peces, la fauna, la vegetación riparia y el curso mismo del río, modificando su curso, formando playas y derrumbando barrancos. Las dragas son financiadas por inversionistas brasileros, que contratan un personal de *garimpeiros* o mineros que desarrollan la actividad, contando con la draga misma, una lancha abastecedora que provee de alimentos, gasolina, etcétera, y una lancha taller cuando hay varias dragas trabajando, para apoyar la actividad proporcionando repuestos e implementos esenciales. Cada draga tienen seis personas que trabajan en dos turnos de doce horas, y para el desarrollo de las actividades se prefiere el tiempo de aguas altas. La minería puede ser de aluvión o de tierra firme y para atrapar el oro se utiliza el mercurio (UAESPNN, 2009).

La preocupación mayor respecto de esta actividad, además de la afectación de los ecosistemas que utilizan los grupos aislados para sobrevivir, es el posible contacto de los del río Puré con los mineros, lo que podría traer consecuencias desastrosas para ellos.

La extracción de oro en el Puré ha estado concentrada en su curso bajo en el Brasil, ya que según varios testimonios allá está la veta, la mayor

concentración de oro. En la parte colombiana del río los yacimientos parecen ser menores y, según algunos, arriba de la quebrada Aguablanca ya no se encuentran rastros del metal. Por estas razones los dueños de las dragas se han dedicado a la extracción en suelo brasileiro, sin desdeñar entradas ocasionales a Colombia.

En algunas ocasiones dragas brasileiras han sido detectadas desde el aire en sobrevuelos de la Fuerza Aérea con base en Leticia o en recorridos fluviales de los funcionarios del parque Puré, así como dragas muy cerca de la frontera, las que han evacuado el área una vez se enteran por teléfonos satelitales que una comisión oficial colombiana está subiendo. Del mismo modo, cuando la autoridad ambiental brasileira, el Ibama, hace sus correrías esporádicas, algunas dragas se han refugiado en Colombia, en un juego al gato y al ratón con las autoridades ambientales de los dos países. Este proceso tuvo su fin en 2008, año en que el Ibama incautó veintiuna dragas y capturó sesenta y ocho personas con dieciséis armas. Desde entonces la actividad disminuyó de manera drástica para cesar definitivamente en 2010, cuando en un sobrevuelo se observó que el río Puré estaba desierto (UAESPNN, 2009a).

No obstante, algunas de estas dragas, adaptadas para una nueva actividad, abrieron un nuevo frente extractivo en el río Japurá, precisamente a la altura de la boca del río Puré. La actividad consiste en extraer del lecho del Japurá gravilla, piedras pequeñas que han rodado desde Colombia durante siglos y que ahora se utilizan para hacer construcciones en Leticia, Tefé, Tabatinga y Manaus, una zona en donde no hay piedras, por lo que son muy valiosas.

Un protagonista de la actividad minera menciona que a

La minería me metí cuando hubo la invasión del Brasil, porque el Brasil invadió por completo esa área y habíamos dos colombianos entre mil quinientos brasileiros. Eso hace unos veinte años, por el año de 1992, yo me metí también a ver qué sacaba pues al ver que ellos estaban invadiendo se pidió a la policía y varias instituciones ahí para que metieran control, soberanía, claro, al ver que esos estaban acabando pues nos metimos a ver qué cogíamos, nos metimos a trabajar en esa área. Pero ellos cogieron toda el área de ellos y se metieron al área colombiana, y se metieron hasta las cabeceras pero resulta que ellos no siguieron más porque no había material para trabajar, o sea el oro se acabó en cierta parte.

Cuando yo trabajé para la parte de arriba, subí hasta donde daba el agua, y cuando estaba por allá cuando llovía duro bajaban palos quemados,

negros, tizones. Los indios viven sobre las cabeceras del río Puré porque él tiene unas ramificaciones bien arriba en las cabeceras. Pero cuando nosotros vimos eso a nosotros también nos tocó retirarnos de allá. Yo no los vi, pero en el tiempo de las cacerías yo llevé unos muchachos y a ellos sí los sacaron corriendo, ellos sí los vieron, parece que estaban bañándose por allá en un caño, y a lo que los vieron hasta luego, vamos a dejar el área quieta porque nosotros podemos tener problemas.

Otro tipo de minería, más de exploración que de explotación, es la que han adelantado dos de los hijos de Julián Gil, quienes junto con otros compañeros han hecho una serie de expediciones en el territorio de los yuris, con la ambición de encontrar oro y, también, con la ilusión de encontrar a su padre, pues algunos guerrilleros mencionaron, como vimos, que había unos cerros donde las pepas de oro se encontraban a flor de tierra y que en una maloca de los indios habían visto a un señor viejo de pelo y barba blanca que podría ser Julián Gil.

Por estas razones, en los últimos cinco años los hijos de Julián y algunos compañeros han hecho cuatro expediciones: una por el río Puré arriba y las otras entrando por el Bernardo. En todas sus incursiones han buscado unos cerros en la divisoria de aguas de los ríos Caquetá y Putumayo, conocidos en algunos mapas como las colinas de Futahy, pero no han logrado encontrar las colinas imaginarias. Durante sus viajes han visto a los indígenas aislados y sus caminos, pero no se han atrevido a entrar a sus malocas.

En una ocasión los hijos del finado Julián Gil con *Polloranco*, Duber y un tal Manuel de por allá afuera, se vinieron al río Bernardo a buscar una mina de oro. Cogieron el camino del Bernardo al Putumayo, el mismo camino del finado Gil, el mismo que limpió después la guerrilla. Anduvieron dos días y se chocaron con esos manes (indios caraballos), un señor de los caraballos los regañó duro y Julián también les alegaba y los amenazaba con la escopeta. Después ya se fueron esos indios y ellos se quedaron ahí esa tarde. Al otro día hicieron desayuno y salieron y llegaron a un sitio donde había una trampa con dos hojas de palma de milpesos, y en medio una flecha con veneno puesta a la altura del pecho y había un arco pequeño y cuando se pasaba por un sitio se disparaba, y lo flechaban a uno.

Entonces ellos pensaron, “de aquí no podemos pasar”, pero le dieron machete a la trampa y siguieron. Siguieron caminando con un perro que tenían y esa tarde hicieron su cambuche. Esa noche los rodearon los manes, y tenían guardia y no los dejaron dormir, golpeaban las bambas de los árboles por aquí y por allá, y esa noche les robaron el perro que tenían, que era de Yaruje.

Ahí sí ya dijeron, “de aquí no podemos pasar, si seguimos a alguno nos puede pasar algo”. Entonces se devolvieron y los caraballos habían hecho por el camino trampas de huecos con puyas envenenadas en el fondo, bien tapado con hojas y ellos miraron eso y se regresaron. Esos indios eran altos, grandes y tabludos” (entrevista con Víctor Miraña, San Francisco, río Caquetá, 4 de junio de 2008).

En 2008, Raúl Gil, Bui Tanimuka y otro muchacho viajaron para el río Bernardo en busca de oro y en su travesía encontraron

Una quebrada muy bonita, adonde llegó una mujer indígena con un niño a bañar. Después llegó un hombre grande. Miraron escondidos un rato a los indios y se fueron. Andaban buscando oro en las colinas de Futahy, y además estaban buscando al papá de los Gil, pues la guerrilla había contado que habían visto un señor viejón, con pelo y barba blanca. Iban con coordenadas de GPS, buscando las colinas pero nada. Bui se subió a un árbol a ver si divisaba las colinas y no vio monte ninguno. Caminaron muchos días y salieron bien jodidos (entrevista con Lino Yucuna, La Pedrera, 3 de mayo de 2010).

Por último, cuando pensábamos que no lograríamos entrevistar a ninguno de los hijos “del finado Gil”, encontramos a Julián hijo en Leticia, quien durante algunas horas contó su historia. Cuenta él que entró cuatro veces a la zona del Puré y el Bernardo, pero no en busca de los indios, sino de oro. Julián afirma que

Yo creo que la guerrilla cuando estuvieron por ahí les dejaron herramientas de trabajo, sus hachas, machetes, pues ellos cortan bien los palos y el camino es totalmente limpio, limpio. Usted puede caminar de noche. Yo creo que ellos lo hacen para trasladarse de una maloca a otra, con el popay, porque esos son unos caminos impresionantes. Ah, y los frutales hermosos, la maloca yo la alcancé a ver de lejos, porque los compañeros a mí se me devolvieron. No alcancé a ver bien pero tenía cierto grado de parecido a una maloca redonda. Llegué hasta el caño donde se bañan, bien bonito, bien organizado, pero ellos no estaban ahí, porque a unos veinte o treinta metros de llegar al rastrojo ellos habían jalado los bejucos y fueron tapando el camino. Lo taparon totalmente y por eso no me metí por el camino, sino por el bordecito, porque de pronto una trampa, uno se cuida. Y me fui así despacito hasta donde ellos se bañaban: un pozo bonito bien limpio y así al fondo se veía la maloca, pero los árboles frutales la tapaban, había guamas, matas de caimo, pomaroso, chontaduro. Yo estuve ahí como tres horas y me tocó solo pues llevábamos una escopeta y el más miedoso cogió la escopeta y se fue por allá. Y yo dije, –Pues qué vamos a hacer, y me devolví. De ahí nos devolvimos. Eso fue hace cinco años, la guerrilla acababa de irse de esos lados.

El único encuentro con los indios aislados ocurrió cuando se encontraban buscando las míticas colinas de Futahy:

Y nos retiramos así y nos escondimos como a diez metros en unas matas y venían dos hombres, dos mujeres y tres niños, uno de unos doce años, los otros de unos ocho o siete. Ellos iban cargando canangucho o aguaje en catarijanos y los que hablaban eran los niños. Eso hablaban. Qué gente para caminar. Y pasaron. Ellos iban desnudos, los hombres apenas con un tejido de chambira en el sexo y las mujeres desnudas y los niños pues también. Ellos traían lanzas, pero unas lanzas hermosas, de unos tres metros con cincuenta, pero hermosas las lanzas, ellos no tienen cerbatana, ni arcos. Las lanzas las llevaban los muchachos. Pasaron y se fueron, se fueron, se fueron y después nosotros seguimos y cuando se nos acabó toda la comida, mi hermano sacó el GPS, y dijo, -Vamos a tirar derecho a la voladora en el Hilo.

-Bueno, ¿y luego no vamos a pasar por donde los paisanos? Metámole unos 15 graditos más a ver si pasamos bien por el lado.

Y él me dijo, -Mucho.

Y yo le dije, -No, así está bien.

Nos quedaba sólo una libra de pasta, nada más, y yo le dije, -Pero al menos les robamos unos plátanos o yuca-. No sé, viera que le tiramos y no encontramos ni un camino.

Al occidente de la bocana del Cahuinarí no encontramos nada, ni un camino, estábamos aburridos, y yo le dije, -No hermano, no, nos pasamos de los paisanos. Hijuemadre, pero la intención de nosotros era entrar en diciembre pasado con mi hermano Raúl, pero íbamos exclusivamente a visitar todas las malocas. Para mí, ellos, si uno los ve agresivos, simplemente uno se va. No es tanto uno decir voy a lastimarlos, quitarles o hacerles algún daño, no es eso, es que queda la duda de que el viejo esté vivo. Queda la duda (entrevista con Julián Gil, hijo, Leticia, 21 de agosto de 2010).

PARQUES NACIONALES Y RESGUARDOS INDÍGENAS

En medio de este panorama desolador en el que todo tipo de individuos con diferentes intereses han invadido el territorio de los grupos aislados del Puré en los últimos cuarenta años, el Ministerio del Medio Ambiente constituyó, mediante resolución 764 del 5 de agosto de 2002, el parque nacional natural río Puré, con 999.880 hectáreas entre los ríos Putumayo y Caquetá y la frontera con el Brasil. Esta decisión fue justificada con un estudio presentando por la Unidad de Parques Nacionales a la Academia Colombiana

de Ciencias Físicas, Exactas y Naturales (Unidad de Parques Nacionales, 2001) en el que se sustentaba la necesidad de su creación por varias razones: para completar el corredor de áreas protegidas entre el Amazonas y el Caquetá y asegurar la conservación de la biodiversidad de los bosques de planicie (seis tipos de bosques identificados) y los humedales del río Puré, así como algunas especies de fauna con algún riesgo de extinción, entre ellas el caimán negro, la charapa, el tigre y el perro de agua. Segundo, para proteger del contacto al grupo indígena aislado de los yuri-caraballo-aroje, respetando su derecho a la autodeterminación y su decisión de mantenerse aislados. Por último, para contribuir a proteger las fronteras colombianas y a la conformación de un corredor biológico internacional con las áreas protegidas de Brasil y Venezuela, de la mayor importancia para la conservación del noroccidente amazónico.

El estado colombiano tomó la decisión de proteger a los yuris a partir de una figura de conservación, un parque nacional. Aun cuando podría pensarse que la figura jurídica que debiera utilizarse para proteger a los grupos aislados no es la de parque nacional, sino la de resguardo, en este caso es inconveniente porque según la legislación colombiana los resguardos requieren de una solicitud de la comunidad indígena, estudio socioeconómico sobre el terreno y censo, elementos imposibles de cumplir a menos que se quiera a contactar a los indígenas aislados para este propósito. Además, la figura jurídica de parque prohíbe toda actividad productiva incluida la minería y la extracción de gas o petróleo, lo que refuerza la protección de los grupos aislados.

Es interesante observar cómo a lo largo de los últimos cuarenta años, mientras los narcotraficantes, los madereros, los mineros, los guerrilleros y los evangélicos intentaban imponer su propia forma de ver el desarrollo y la civilización, una labor silenciosa y efectiva del estado, las organizaciones indígenas y algunas organizaciones no gubernamentales, estaba en el proceso de consolidar un sistema de áreas protegidas bajo la forma de parques nacionales y un gran territorio de más de veinte millones de hectáreas en resguardos indígenas. En estas áreas se encuentran hoy en día unos siete grupos aislados de cuya existencia no se tenía conocimiento en ese momento.

Sin embargo, cuenta Eduardo Bora Yucuna que cuando se pensó en la constitución del resguardo indígena de Curare-Los Ingleses se tenía conciencia de la existencia de los caraballos:

En las cabeceras de la quebrada Manacaro sí hay rastros, ahí se ve señas, baja papaya, así bichecita baja por el río, bajan frutas, ahí se ve señas, semillas de piña, es que ese es el territorio de ellos, esas son las zonas de ellos, ellos no salen pa otra parte. Y contacto con esa gente no se tiene, la gente sube a rebuscar por esa quebrada sólo unas dos horas, como es miedoso también. Por eso, por las señas que se miran por ahí. En las cabeceras de Manacaro y el Hilo, en esa parte es que ellos viven.

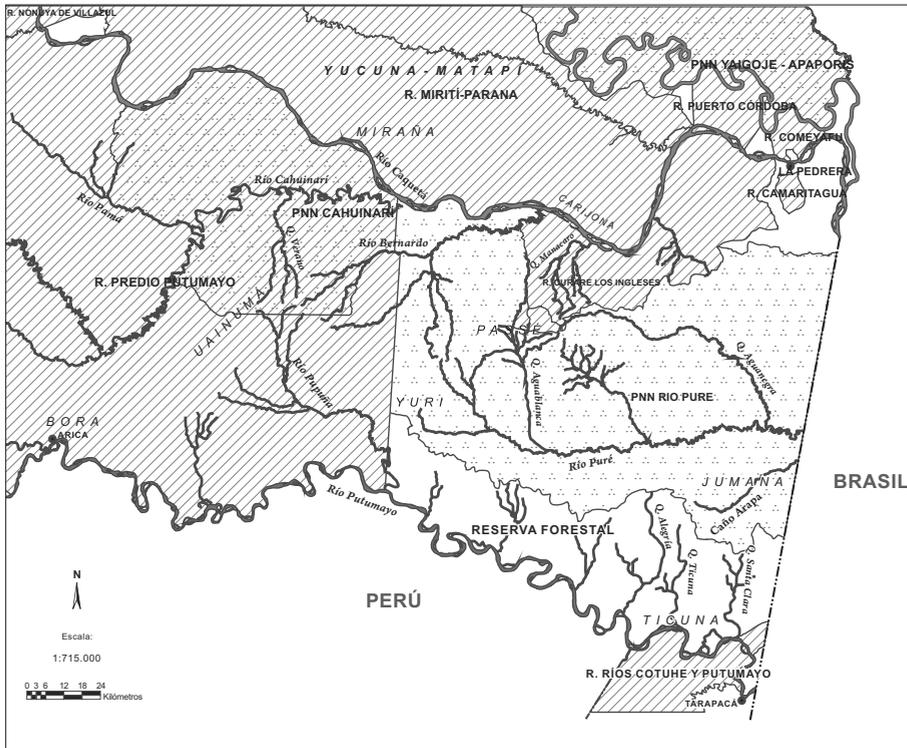
La resolución del resguardo de Curare-Los Ingleses los cobija a ellos, para protegerlos. En el borde del territorio de ellos. Es que hay que buscar la forma de protegerlos pero en una forma de no perjudicarlos, no moverlos, ni meter gente allá. Porque ellos son gente muy delicada, uno está demasiado contaminado con tanta enfermedad. Los puede matar a todos. Esa es la idea, no tocarlos pa que no se acaben, porque la enfermedad del blanco es muy dura y los acaba a ellos, como la gripa, y esa fue la idea de nosotros (entrevista con Eduardo Bora Yucuna, La Pedrera, 9 de mayo de 2010).

En cuanto al parque nacional río Puré, el conocimiento sobre el mismo y su área de influencia han aumentado considerablemente, lo que ha permitido tener mayor claridad para las decisiones de manejo y para emprender las labores de protección de los grupos aislados del área. Es así como se trabaja de forma conjunta con el parque Cahuarí en el control de la bocana del río Bernardo y las playas charaperas del sector, y se están definiendo las necesidades de control en los ríos Puré y Pupuña. Junto con las organizaciones indígenas del bajo Caquetá, Pani (Asociación de Autoridades Indígenas del Pueblo Miraña y Bora) y Aipea (Asociación de Autoridades Indígenas de Pedrera, Amazonas), se llegó a acuerdos sobre la necesidad de proteger el territorio de los pueblos aislados vecinos, como los yuris o caraballos.

En el año 2010, la última actividad que se desarrolló en la zona con fines de investigación fue un sobrevuelo sobre el territorio de interés, dirigido por la dirección territorial Amazonia de Parques Nacionales, con la asesoría técnica de la ACT-Colombia, y cuya finalidad era tener certeza de la existencia de los grupos aislados, para justificar así la necesidad de una política pública para protegerlos. Tal certeza era crucial, pues hasta el momento, aun cuando se contaba con testimonios recientes de su presencia, no se tenía algo tangible como la fotografía de una maloca o una imagen satelital que permitiera confirmar su existencia.

Fue así como se elaboró un mapa con dieciocho coordenadas que abarcaban sectores de los parques Cahuarí, río Puré y el resguardo Predio

MAPA 10. DISTRIBUCIÓN ÉTNICA ENTRE EL CAQUETÁ Y EL PUTUMAYO



Fuente: ACT Colombia, elaboró Roberto Franco, dibujó Darwin Torres.

Putumayo. De estas se establecieron nueve mediante la interpretación de imágenes de satélite Landsat y fotografías aéreas, y nueve a partir de testimonios de la tradición oral y cierta intuición. Entre el 15 y el 16 de noviembre de 2010 sobrevolamos el oriente colombiano desde Villavicencio hasta La Pedrera, volviendo por Mitú, donde se tenía la base de aprovisionamiento de combustible, recorriendo más de tres mil kilómetros en una avioneta monomotor Cessna. Durante unas cinco horas sobrevolamos los dieciocho puntos establecidos y sólo al final del primer día de sobrevuelo logramos ver, desde una altura de trescientos metros y a una velocidad de 120 kph, una maloca rectangular con los extremos redondeados. La emoción fue mayúscula.

Al día siguiente, a pesar de la presencia de una capa discontinua de nubes sobre el territorio, pudimos ver en los claros en que aparecía el bosque,

primero una maloca media o abierta, después un rancho de dos aguas semiabandonado y por último dos malocas rectangulares con los extremos redondeados. De la emoción pasamos a la preocupación y al sentido de la responsabilidad.

Desde la avioneta no logramos ver gente, y quedaba la duda de que fueran malocas abandonadas, pero una vez en Bogotá y Leticia, mirando con cuidado las fotografías, han ido apareciendo, una por una y bastante pixeladas, tres personas, una lata de zinc y humo. Es decir que los yuris o passés viven todavía en las selvas de la Amazonia colombiana.

No podemos afirmar con certeza si quienes están viviendo en las malocas que sobrevolamos son yuris o passés. Las preguntas que surgen son: ¿cómo sabemos que los caraballos son los mismos yuris? Segundo, ¿cómo sabemos que los caraballos descubiertos en 1969 son los mismos que están viviendo en las malocas que observamos desde el aire?

Aun cuando ya teníamos una serie de indicios históricos y geográficos que nos indicaban la identidad entre los caraballos y los yuris, fue un estudio lingüístico hecho por Juan Álvaro Echeverri con el apoyo de Frank Seifart lo que nos dio la certeza necesaria para afirmarlo. Ellos compararon una serie de vocabularios de las lenguas que se hablaban en el bajo Caquetá y Putumayo, como el yuri, cauixana, coeruna, curetú, jumana, mariaté, miranha-carapana-tapuya, mura, passé y uainumá, compilados en el siglo XIX por Martius, Spix y Wallace, con las treinta y ocho palabras y expresiones recogidas por el padre Antonio Font en 1969 con un hombre y una mujer caraballo en La Pedrera. El trabajo concluyó que

Se pueden reconocer claramente cuatro grupos genéticamente diferenciados: 1) las seis lenguas de estirpe arawak; 2) dos lenguas de estirpe wito-to; 3) la lengua mura; y 4) la lengua yuri. El análisis comparativo preliminar no nos ofrece ningún indicio de que el yuri de Martius esté emparentado con ninguna de las otras lenguas de esa región. Posteriormente, se organizaron en forma tabular las informaciones lingüísticas de los informes del padre Antonio Font, y se buscaron correspondencias de las treinta y ocho palabras y expresiones caraballo con los vocabularios de Martius. A pesar de lo precario del material lingüístico del caraballo (con doce expresiones sin glosa alguna, y el resto con glosas aproximadas o supuestas), tenemos indicios para afirmar que de las cuatro estirpes lingüísticas establecidas en el punto anterior, el caraballo es afín con la estirpe yuri. Se identificaron seis lenguas de estirpe arawak (curetú, mariaté, uainumá, cauixana, jumana y passé), dos lenguas de estirpe wito-to (coeruna y miranha-carapana-tapuyo), la lengua mura y la lengua yuri.

Además, se compararon los sistemas fonológicos de las lenguas caraballo, yuri y passé, concluyendo que

el vocabulario recolectado por Font de los indígenas caraballos en La Pedrera en 1969 es mucho más cercano al sistema fonológico del yuri que al sistema fonológico del grupo de lenguas arawak (representado aquí por el passé). Debemos subrayar que la presencia importante de consonantes líquidas del passé es un fenómeno común en todas las lenguas del tronco arawak, hecho que evidentemente está ausente en el corpus caraballo (Echeverri, 2010).

En un trabajo reciente de Fernando Orphao de Carvalho, lingüista brasileño, se plantea el posible parentesco genético entre las lenguas ticuna y yuri, destacando que esta idea fue planteada por Nimuendajú por primera vez. El lingüista señala que hasta entonces se había considerado la lengua ticuna como aislada, y refiriéndose al yuri dice que es una lengua extinta y que, por tanto, acude a los vocabularios que sobre este grupo compilaron Wallace, Spix y Martius en el siglo XIX. Se refiere al planteamiento de Greenberg de agrupar el ticuna y el yuri en el grupo macrotucano. Por último afirma que la hipótesis yuri-ticuna se ha confirmado con las comparaciones hechas, encontrando un fuerte indicio de relación genética (Orphao de Carvalho, 2009: 247-268).

Respecto de la segunda pregunta, sabemos que la ubicación geográfica de los caraballos-yuris está al suroccidente de las malocas que vimos en el alto Hilo. Analizando el rumbo que tomó Julián Gil en su expedición de 1969, se cree que el grupo caraballo-yuri que este conoció vivía entre las cabeceras del río Puré y las cabeceras de la quebrada más grande del río Bernardo, aguas arriba del quebradón del Hilo, la que llaman localmente la segunda repartición. Por otro lado, entre las cabeceras del quebradón del Hilo y la quebrada Aguablanca, afluente del río Puré, se asienta el otro grupo que observamos desde el aire con sus dos tipos de malocas. El primero serían los yuris o caraballos y el segundo los passés.

Aun cuando las malocas rectangulares con los extremos redondeados que vimos en noviembre de 2010 desde el aire son similares a la maloca en donde desapareció Julián Gil a comienzos de 1969, no estamos seguros que sean dos grupos diferentes. En las fotos de Valois Rojas publicadas en *Perdido en el Amazonas* se insinúa la cumbre o caballete de la maloca que define las dos aguas de su parte central. Esto lo constata Efraín Gil cuando dice que “la maloca era inmensa, el techo muy alto, semiredondo y las pilastras o postes no median menos de quince metros” (Castro Caycedo,

1978: 221), y también el periodista Bergès, quien afirma que aun cuando la maloca parecía redonda tenía un techo de dos aguas (Bergès, 1970: 153, 154). En conclusión, las malocas que vimos desde el aire, con excepción de la maloca abierta o media, se parecen estructuralmente a aquella en la que Julián Gil fuera visto por última vez.

Nos queda la duda de quiénes puedan ser los habitantes de la maloca media o abierta que vimos desde el aire en noviembre de 2010 y que fue fotografiada por Bergès y por Castro Caycedo en compañía de George Tsalickis hace ya cuarenta y treinta años. Los dos tipos de maloca son estructuralmente muy parecidas, pues la maloca media o abierta tiene un sector con dos aguas y un solo extremo redondeado, mientras que la completa tiene el sector de las dos aguas con los dos extremos redondeados. Esto, junto con la cercanía entre estas malocas, nos podría hacer pensar que son de la misma etnia. Si esto no es así, los de la media o abierta serían un grupo aliado de los yuris, que como hemos visto podrían ser los passés.

Sobre este asunto tenemos también la memoria histórica de los indígenas de la región, destacándose los recuerdos del cacique Boa, quien fue enfático en sostener que

por historia de origen de las tribus sí sabemos que el asentamiento de esas tribus de guama y de chontaduro, es allá en el Puré. La tribu chontaduro ellos no hacían acercamientos con ninguna tribu, ellos dicen que esa tribu era muy guerrera, muy bravos, por eso las otras tribus, ni esas tribus no hacía acercamientos con ninguna tribu, en cambio la tribu aroje ellos habitaban casi por las riberas del río Bernardo (entrevista con José Enrique Miraña, Puerto Remanso del Tigre, 5-7 de mayo de 2010).

Según un testimonio de José Macuna, en la región del Puré habría cuatro grupos, la gente de Lorito, gente de Guacamayo, la *gente de Guama* y la *gente de Chontaduro* (entrevista con José Macuna, de la comunidad de Campoalegre, Vaupés, en el Apaporis. La Pedrera, 16 de mayo de 2010).

Por otro lado, debe resaltarse el hecho de que a mediados de 1969 en La Pedrera, tras varios intentos infructuosos por llevarse a la familia de los caraballos a su maloca, por un puñado de dólares el periodista galo Bergès convenció al piloto George Tsalickis de hacer un sobrevuelo de reconocimiento. Dice Bergès que el guía Jácome Cabrera perdió de vista el río Caquetá, y que volaron más o menos una hora, y

de pronto, debajo de nosotros apareció una mancha clara y minúscula. Descendemos: una maloca. El día está precioso. A dos mil metros de

altura nuestra vista se extiende unos cincuenta kilómetros, y hasta el horizonte vemos a pérdida de vista selva y más selva. Es imposible que sea la maloca de los Caraballos, que se encuentra a apenas treinta kilómetros en línea recta del río Bernardo y es fácil de identificar. Por lo tanto otros hombres primitivos y totalmente desconocidos viven también en la región... Si gastamos una hora buscando la maloca de unos indios primitivos y por casualidad nos encontramos con otros... ¿Cuántos son? (Bergès, 1970: 81, 82).

Otro argumento de corte antropológico que explicaría la existencia de más de un grupo aislado en el Puré es la necesidad de la exogamia, pues un grupo indígena determinado requiere casarse por fuera de su grupo, evitando la endogamia, es decir el matrimonio con la propia familia. Además, según un testimonio, las mujeres tenían una saya de corteza de árbol amarrada a la cintura y que tapaba el pubis y las nalgas, mientras que los testimonios de la expedición de rescate de Julián Gil, de la expedición del periodista galo y de algunas personas que los han visto en los caminos aseveran que las mujeres andaban completamente desnudas. Es posible también que entre los hombres haya por lo menos dos tipos de guayucos.

El último cabo suelto y sobre el cual se hizo mucho énfasis en la relación histórica sobre el éxodo de algunos segmentos o comunidades de los cacicazgos del medio río Amazonas hacia el Puré se relaciona con los tatuajes, porque es evidente que los caraballos que conocieron los habitantes de La Pedrera, curas, militares, colonos e indígenas, así como el periodista galo, no tenían tatuajes. Solamente usaban pintura corporal. Frente a esta objeción sólo podemos pensar que hayan abandonado esta práctica cultural porque ya no era necesaria, puesto que las tribus sobrevivientes a la colonización se podían contar con los dedos de las manos y ya no era necesario diferenciarse de sus vecinos. Entre los caduveo del Brasil, al tiempo de la visita de Claude Lévi-Strauss en los años treinta del siglo pasado, las mujeres continuaban elaborando complejos y bellos dibujos faciales, pero recordaban que antiguamente estos dibujos eran tatuados (Lévi-Strauss, 1955: 191). Otra posibilidad es que algunos grupos aislados de la zona, tal vez los passés, jumanas o uainumás, mantengan esta práctica. Otra razón que puede explicar por qué los caraballos no tenían tatuajes es que ellos representen un clan o segmento de los yuris herederos de los yuris *bocas blancas* y no los *bocas negras*, como los llamaron los franciscanos en el Putumayo. La última posibilidad es que sean los descendientes de los yuri-tabocas de Manacurú que, según vimos, no tenían tatuajes en el siglo XVIII. Este asunto, como varios otros, seguirá siendo un enigma por otros

años más y seguramente tendrá una explicación en los mitos e historias de los mismos yuris y sus vecinos.

NOTAS

- 1 Otros casos similares de ríos truncados, también fronterizos con Brasil, son los ríos Isana, Ayarí, Papurí, Vaupés y Tiquié.
- 2 El juansoco es el mismo chicle, conocido también como surba.
- 3 A mediados de los años sesenta la actividad de narcotráfico no había comenzado, es posible que la fecha correcta sea a finales de los setenta.
- 4 Es posible que en la segunda mitad de los años sesenta se estableciera la primera pista en el Puré, como vimos antes.

Hemos rememorado la historia de algunos pueblos indígenas que hace quinientos años fueron grandes y poderosos dominando el sector medio del río Amazonas, llamado Solimões por los brasileros, y que ahora son pocos y débiles y viven en las cabeceras de los ríos más pequeños, desde donde fluyen las aguas que van a dar al Caquetá y al Putumayo. Allí, en esas selvas alejadas del centro de Brasil y de Colombia que parecen el paraíso perdido y que por su hermetismo tienen algo de sagrado, los passés, los yuris, los uainumás, y tal vez los jumanas, persisten en su existencia alejados de un mundo que conocieron y del que hicieron parte casi cuatrocientos años, abandonando idea alguna de salir a vivir de nuevo en los ríos grandes. Sólo de noche en verano, en el tiempo de la postura de las tortugas charapas, saldrán a escondidas a las playas del Caquetá o el Putumayo, para desenterrar nidos y comer sus huevos nutritivos, recordando los tiempos en que eran dueños de las playas del Amazonas.

La hipótesis sustentada a lo largo de este trabajo plantea que los yorimanes-yurimaguas, ibanomas y aisuares no se extinguieron y que sus descendientes viven en las selvas colombianas, y abre un nuevo campo de reflexión sobre la historia del Amazonas que postulaba hasta el momento la extinción total de los grandes cacicazgos del río Amazonas, debido a la colonización ibérica y la desaparición consiguiente de la tradición cultural de la *várzea*.

Muy poco se sabe de las relaciones existentes entre los pueblos aislados identificados, aun cuando sospechamos que existen entre los passés y los yuris, y que consisten en bailes, reuniones y encuentros, intercambio de mujeres y uso de recursos naturales compartidos. Es posible incluso que tengan relaciones de conflicto y guerras con los uainumás. Considero también que a lo largo de los últimos cuarenta años, desde el evento trágico de Julián Gil en 1969, los grupos se han movido, han abandonado malocas y construido otras, han evitado establecer asentamientos en lugares cercanos a intrusos y han recorrido buena parte si no toda la extensión del parque nacional río Puré y sus zonas aledañas. Es evidente que estos pueblos requieren hacer largas exploraciones para conseguir información, ahuyentar extraños, marcar territorio con ramas o trampas, buscar recursos clave y estudiar nuevos sitios para vivir o para refugiar a sus mujeres y niños en caso

de necesidad. Los eventos de violencia que han tenido lugar, en especial con narcotraficantes y con la guerrilla, así como la memoria de agresiones pasadas, deben mantenerlos en estado de alerta y seguramente se relatan a los niños como parte de su educación.

Esta investigación divulga la historia de los yuris y sus vecinos para que la nación colombiana y, por qué no, el mundo globalizado, entiendan su importancia y valor, y para que el estado establezca las políticas y normas necesarias para su protección. Es posible, pero falta confirmarlo, que en Colombia subsistan diez o más pueblos aislados de la civilización occidental, en esas selvas inmensas, de millones de hectáreas, en las que el gobierno nacional ha establecido parques nacionales y resguardos indígenas; no obstante, allí también tienen puestos sus ojos las compañías mineras y petroleras.

Los pueblos aislados continúan en su tarea de evitar contactos permanentes con nuestra sociedad, mientras los mayores sentados en sus bancos rituales cuidan su mundo en pensamiento, y los jóvenes recorren los caminos estableciendo señas claras de “pare, no pase”, mediante la obstrucción de caminos y la postura de trampas con estacas aguzadas.

Esperamos que no cesen en su lucha por continuar alejados de nosotros, alejados del mundo de los motores, motores que solo sirven para ser garroteados y hacer chaquiras con sus tornillos más pequeños y colgárselas del cuello con una pita de chambira. Cariba malo.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ACUÑA, CRISTÓBAL DE. 1942. *Descubrimiento del Amazonas*. Emecé. Buenos Aires.
- BARRERA, RAMÓN DE LA. 1913. "Derrotero de un camino de Pasto al Amazonas por el río Putumayo, formado en 1785 por don Ramón de La Barrera". *Boletín de Historia y Antigüedades*. Año IX (97). Bogotá, junio.
- BATES, HENRY WALTER. 1930. *The Naturalist on the Amazons*. J. M. Dent and Sons Ltd. Londres.
- BERGÈS, IVES-GUY. 1970. *La Lune est en Amazonie*. Editions Albin Michel. París.
- BITTENCOURT, AGNELLO. 1985. *Corografía do Estado do Amazonas*. ACA Fundo editorial. Manaus.
- CABRERA BECERRA, GABRIEL. 2007. *Las Nuevas Tribus y los indígenas de la Amazonia. Historia de una presencia protestante*. Litocamargo. Bogotá.
- CARVAJAL, GASPAR, FRAY. 1942. *Descubrimiento del río de las Amazonas*. Prensas de la Biblioteca Nacional. Bogotá.
- CASEMENT, ROGER. 1997. *Roger Casement Diaries. 1910: The Black and the White*. Edited by Roger Sawyer. Pimlico. Londres.
- CASTELLVÍ, MARCELINO DE. 1962. *Censo indolingüístico de Colombia*. En *Amazonia Colombiana Americanista*. Tomo VI, 1954-1962, números 11 extra y 20-34. Prefectura Apostólica de Leticia. Editorial Retina. Bogotá.
- CASTRO CAYCEDO, GERMÁN. 1978. *Perdido en el Amazonas*. Carlos Valencia Editores. Bogotá.
- CUERVO, ANTONIO. 1894. *Colección de documentos inéditos sobre la geografía y la historia de Colombia*. Tomo IV. Imprenta de Vapor de Zalamea Hermanos. Bogotá.
- DE LA CRUZ, LAUREANO. 1993. "Nuevo descubrimiento del río Marañón llamado de las Amazonas". En *La Amazonia. Primeras expediciones*. Banco Santander. Madrid.
- ECHEVERRI, JUAN ÁLVARO. 2010. "Datos lingüísticos sobre los grupos aislados de la región del Puré". Informe para Amazon Conservation Team. Bogotá.
- FONT, ANTONIO [FRAY JUAN BERCHMANS DE FELANIX]. 1969. "Nuestros indígenas de La Pedrera". *Amanecer Amazónico*. XVI (745) (May 31). Leticia.
- . 1969. "Relato auténtico de la expedición a la tribu desconocida en busca de Julián Gil y Alberto Miraña desaparecidos a fines de enero del corriente

- año de 1969 en plena selva de la Amazonia colombiana”. Separata de *Amnecer Amazónico*. 744 (May 17). Leticia.
- FRANCO GARCÍA, ROBERTO Y SIMÓN URIBE MARTÍNEZ. 2005. “Aproximación al estudio de la evolución de los cultivos ilícitos de coca en la cuenca del río Guayabero, considerando el marco nacional e internacional”. Unidad de Parques Nacionales de Colombia. Contrato FAP, Sierra Guayabero. Bogotá.
- FRITZ, SAMUEL. 1997. *Diario*. Editorial Studio 21. Quito.
- GOULARD, JEAN PIERRE (compilador). 2011. *El nor-oeste amazónico en 1776: expediente sobre el cumplimiento de la real cédula dada en San Ildefonso, a 2 de septiembre de 1772*. Universidad Nacional de Colombia. Leticia.
- HELBIG, JÖRG (editor). 1994. *Brasilianische Reise. 1817-1820. Carl Friedrich Philipp von Martius zum 200. Geburtstag*. Museum für Volkerkunde. München. Hirmer.
- HERIARTE DE, MAURICIO. 1874. *Descrição do Estado de Maranhao, Pará, Corupá e rio das Amazonas*. Imprenta del hijo de Carlos Gerold. Viena.
- HILDEBRAND, PATRICIO VON. 1993. “Explotación maderera en el río Putumayo”. COAMA-BKA. Bogotá.
- KOCH-GRÜNBERG, THEODOR. 1995 (1909-1910). *Dos años entre los indios*. Editorial Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.
- LÉVI-STRAUSS, CLAUDE. 1955. *Tristes Tropiques*. Plon. Paris.
- LLANOS, HÉCTOR Y ROBERTO PINEDA. 1982. *Etnohistoria del gran Caquetá. Siglos XVI-XIX*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales-Banco de la República. Bogotá.
- LOUKOTKA, CESTMIR. 1968. *Classification of South American Indian Languages*. University of California. Los Angeles.
- MANTILLA, LUIS CARLOS. 2000. *Los franciscanos en Colombia*. Tomo III (1700-1830). Volumen II. Ediciones de la Universidad San Buenaventura. Bogotá.
- MARCOY, PAUL. 1873. *A journey across South America*. Volume IV. Blackie and Sons. Londres.
- MARTIUS, CARL FRIEDRICH VON Y JOHANN VON SPIX. 1981. *Viagem pelo Brasil. 1817-1820*. Tomo 3. Editorial Itatiaia. Universidad de São Paulo. Belo Horizonte.
- MARTIUS, CARL FRIEDRICH PHILIPP VON. 1867. *Beiträge zur Ethnographie und Sprachenkunde Amerika's, zumal Brasiliens*. Vol. I. *Zur Ethnographie. Ethnographie Amerika's, zumal Brasiliens*. Friedrich Fleischer. Leipzig.
- MOLANO, ALFREDO. 1989. *Siguiendo el corte. Relatos de guerras y de tierras*. El Áncora Editores. Bogotá.

- MOLANO CAMPUZANO, JOAQUÍN. 1972. *La Amazonia, mentira y esperanza*. Universidad Jorge Tadeo Lozano. Bogotá.
- MONTEIRO DE NORONHA, JOSÉ. 1862. *Roteiro da viagem da cidade do Pará até as últimas colônias do sertão da Província*. Typographia de Santos & Irmaos. Pará.
- MÜLLER, SOPHIE. 1952. *Beyond Civilization*. Brown Gold Publications. Woodworth.
- NIMUENDAJÚ, CURT. 1982 (1929). "Os Índios Tukuna". En *Textos indigenistas*. Edições Loyola. São Paulo.
- ORPHAO DE CARVALHO, FERNANDO. 2009. "On the genetic kinship of the languages Tikúna and Yuri". *Revista Brasileira de Linguística Antropológica*. 1 (2).
- PÉREZ, FELIPE. 1862. *Jeografía física i política de los Estados Unidos de Colombia*. Tomo Primero. Imprenta de la Nación. Bogotá.
- PINELL, FRAY GASPAR. 1924. *Un viaje por el Putumayo y el Amazonas. Ensayo de navegación*. Imprenta Nacional. Bogotá.
- PORRO, ANTONIO. 1995. *O Povo das Aguas. Ensaios de etno-história amazônica*. Vozes. Petrópolis.
- REQUENA, FRANCISCO. 1991 (Tefé, 1782). *Diário de viaje hecho al Japurá para su reconocimiento por las dos partidas de su majestad católica y fidelísima destinados para la demarcación de los límites entre las dos coronas*. En Manuel Lucena Samoral (editor). *Ilustrados y bárbaros. Diario de la exploración de límites al Amazonas*. Alianza Editorial. Madrid.
- REYES, RAFAEL. 1986. *Memorias. 1850-1885*. Fondo Cultural Cafetero. Bogotá.
- . 1979 (1902). *A través de la América del Sur. Exploraciones de los hermanos Reyes. Trabajo presentado en la II Conferencia Pan-Americana reunida en México*. Flota Mercante Grancolombiana-Litografía Arco. Bogotá.
- RIBEIRO, DARCY. 1977. *Fronteras indígenas de la civilización*. Siglo XXI Editores. México.
- RIBEIRO DE SAMPAIO, FRANCISCO XAVIER. 1825. *Diário da viagem que em visita a correição das povoações da Capitania de São José do rio Negro fez o ouvidor e intendente geral da mesma...no anno 1774 a 1775*. Lisboa.
- RIVERO, JUAN. 1956. *Historia de las misiones de los llanos de Casanare y los ríos Orinoco y Meta*. Biblioteca de la Presidencia de la República. Bogotá.
- RODRIGUES FERREIRA, ALEXANDRE. 1974. *Memoria sobre os gentios yurupixunas, os quais se distinguem dos outros em serem mascarados; segundo os fez desenhar e remeteu os desenhos para o real gabinete de história natural, o doutor naturalista*

- Alexandre Rodrigues Ferreira. En *Viagem Filosófica pelas capitánias do Grão Pará, Rio Negro, Mato Grosso e Cuiabá. Memórias*. Conselho Federal de Cultura. Rio de Janeiro.
- . 1971. *Viagem Filosófica pelas capitánias do Grão Pará, Rio Negro, Mato Grosso e Cuiabá, 1783-1792*. Conselho Federal de Cultura. Rio de Janeiro.
- RUMRILL, ROGER, CARLOS DÁVILA Y FERNANDO BARCIA. 1986. *Yurimaguas. Capital histórica de la Amazonia peruana*. Concejo Provincial de Alto Amazonas. Lima.
- SPIX, JOHANN & MARTIUS, CARL FRIEDRICH. 1881. *Viagem pelo Brasil. 1817-1820*. Vol. III. Editora Itatiaia Limitada. Belo Horizonte.
- TASTEVIN, CONSTANT. 1923. “Le makú du Japurá”. *Journal de la Societé des Americanistes*. Tome XV. París.
- . 1923a. “Les petroglyphes de la Pedrera. Río Caquetá, Colombie”. *Journal de la Societé des Americanistes de Paris*. Nouvelle Serie. Tome XV. París.
- . 1921. “Statistique du Japurá”. *La Géographie*. Tome XXXV. Societé de Géographie. M M, Masson. París.
- UNIDAD DE PARQUES NACIONALES-TERRITORIAL AMAZONIA ORINOQUIA. 2009. “Documento técnico para el Ministerio del Medio Ambiente”. Bogotá. Julio.
- . 2009. “Informe de sobrevuelo río Puré, sector brasilero”. Bogotá. Julio.
- . “Informe del recorrido al PNN río Puré entre el 7 y 19 de mayo”.
- UNIDAD DE PARQUES NACIONALES. 2009. “Informe ejecutivo minería. Juan Manuel Sabogal, oficina jurídica”. Bogotá.
- . 2001. “Documento sobre la creación del parque nacional río Puré presentado a la Academia de Ciencias Físicas, Exactas y Naturales”. Bogotá.
- VÁZQUEZ, FRANCISCO. 1993. “Relación de todo lo que sucedió en la jornada de Omagua y Dorado”. En *La Amazonia. Primeras expediciones*. Banco Santander. Madrid.
- VIDAL Y PINELL, RAMÓN. 1979. “Identificación de la tribu de los yuríes en el Amazonas de Colombia”. *Amazonia Colombiana Americanista*. Tomo VII, números 35-50. Bogotá.
- WALLACE, ALFRED RUSSEL. 1972. *A Narrative of travels on the Amazon and the rio Negro, with an account of the native tribes, and observations on the climate, geology, and natural history of the Amazon valley*. Dover Publications, Inc. Nueva York.
- WHIFFEN, THOMAS. 1915. *The North West Amazon. Notes of some months spent among cannibal tribes*. Constable & Co. Londres.

WILKENS DE MATTOS, JOÃO. 1984. "Roteiro da primeira viagem do vapor Monarca desde a cidade da Barra do río Negro, capital da provincia do Amazonas, ate a povoação de Nauta, na república do Perú". En *Dicionário Topographico do Departamento de Loreto na república do Perú*. Edición facsimilar. IIAP-Ceta. Iquitos.

WILCKENS, HENRIQUE JOÃO. 1994. "Diário da viagem ao Japurá". En *Relatos da fronteira amazónica no século XVIII. Documentos de Henrique João Wilckens e Alexandre Rodrigues Ferreira*. NHIL-USP. São Paulo.

Documentos de archivo citados

AGN. Sección Colonia, Fondo Milicias y Marina, tomo 146, folios 876-885.

AGN. Sección Colonia, Miscelánea, Sc 39, 74 D, 49, folios 486-487.

APFS. Papeles de Popayán y Cali, sección Colonia, 1704, caja 1 doc. 5.

APFS. Papeles de Popayán y Cali, sección Colonia, 1722, caja 1, doc. 10.

APFS. Papeles de Popayán y Cali, sección Colonia, 1762, caja 2, doc. 10.

APFS. Papeles de Popayán y Cali, sección Colonia, 1759, caja 1, doc. 66.

APFS. Papeles de Popayán y Cali, sección Colonia, año 1770, caja 2, doc. 30.

APFS. Papeles de Popayán y Cali, sección Colonia, año 1787, caja 3 doc. 5.

APFS. Papeles de Popayán y Cali, sección Colonia, año 1788, caja 3, doc. 25.

Periódicos consultados

El Espectador

20 de marzo de 1969.

21 de marzo de 1969.

27 de marzo de 1969.

29 de marzo de 1969.

1 de abril de 1969.

2 de abril de 1969.

3 de abril de 1969.

5 de mayo de 1969.

22 de mayo de 1969.

3 de agosto de 1969.

El Tiempo

22 de marzo de 1969.
25 de marzo de 1969.
28 de marzo de 1969.
29 de marzo de 1969.
30 de marzo de 1969.
2 de abril de 1969.
3 de abril de 1969.
11 de abril de 1969.
24 de abril de 1969.
4 de mayo de 1969.
19 de mayo de 1969.
21 de mayo de 1969.
25 de mayo de 1969.
25 de junio de 1969.
19 de julio de 1969.
4 de enero de 1970.

Personas entrevistadas

- ♦ Jerónimo Acho.
- ♦ Marcelo Andrade.
- ♦ Ernesto Bora Yucuna.
- ♦ Omar Calderón.
- ♦ Graciano Crespo.
- ♦ Édgar Castro.
- ♦ Donald Fanning.
- ♦ Jorge Galán.
- ♦ José García.
- ♦ Julián Gil, hijo.
- ♦ Iván Luna.
- ♦ José Macuna.

- ◆ Crispín Miraña.
- ◆ José Enrique Miraña.
- ◆ José Imi Miraña.
- ◆ Rómulo Miraña.
- ◆ Víctor Miraña.
- ◆ Wasai Miraña.
- ◆ Antonio Morales.
- ◆ Diego Muñoz.
- ◆ Homero Paredes (q. e. p. d.).
- ◆ Dagoberto Patricio.
- ◆ Miguel Ricopa.
- ◆ Ramón Riobo.
- ◆ Vicente Rodríguez.
- ◆ Valois Rojas (q. e. p. d.).
- ◆ Alejandro Román.
- ◆ Benedicto Silva.
- ◆ Severino Tapuyima.
- ◆ Luis Ángel Trujillo.
- ◆ Patricio von Hildebrand.
- ◆ Elías Yucuna.
- ◆ Lino Yucuna.

A

- Acanauí, río 36
Acre 65
Acuña, Cristóbal de 17, 19, 20, 21, 23, 27, 28, 38, 62
achouarí, etnia 39
Aguablanca, quebrada 91, 92, 96, 100, 103, 106, 116, 124
Aguanegra, quebrada 66, 91, 92, 97
Aguarico, río 19
Aguirre, Lope de 16, 18
Agutipurú, isla 66
Aipea (Asociación de Autoridades Indígenas de la Pedrera, Amazonas) 121
Airão 54
aislamiento 4, 47, 61, 75, 79
aisuares, etnia 15, 20, 23, 24-29, 39, 42, 57, 64, 129
Aldea del Oro 20
Alegría, caño 96, 106, 108, 113
Alfaro, Antonio 32
almofariz 38, 39
Amaneyo, cacique 33
Amazonas, río 15, 16, 18, 19, 20, 21, 23, 24, 27, 29, 31, 35, 36, 38, 39, 41, 42, 47, 50, 55, 59, 61, 62, 72, 114, 120, 126, 129
Amazonas (las) 21, 49
Amazonas, departamento 4, 10, 98, 121
Amazonas, estado 70, 71
ambuá, etnia 36, 39
amoas, etnia 43
Ana, caño 112
Andrade, Antonio 27
aniána, etnia 40
Aporis, río 29, 40, 42, 43, 44, 51, 65, 72, 74, 79, 81, 90, 93, 98, 125
Aparia, provincia 16, 17
araicá, etnia 36
Arapá, río 36, 41
Aracuara 29, 47, 54, 78, 88, 98, 105, 106, 114

arawak, lengua 13, 27, 28, 44, 64, 70, 71, 123, 124
 Arica 74, 91, 96, 100, 105
 Arimavana, curaca 25
 arojes, etnia 12, 61, 81, 82, 95, 120, 125
 arusaguas, etnia 30
 Arvellos 38
 Auatí Paraná 40
 Aurifarú, cacique 27
 Avio Paraná, río 67
 Ayarí 65, 127

B

baniwa, etnia 5, 41
 barbasco 20
 Barcellos 36, 41, 54, 57
 baré, etnia 40
 Barrera, Ramón de la 35
 Bates, Henry Walter 55, 56, 57, 58, 64, 65
 Belén de Pará 19, 24, 25, 53
 Bergès, Yves-Guy 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 75, 125, 126
 Bernardo Caraballo 2
 Bernardo, río 1, 2, 8-10, 13, 61, 72-75, 79, 81, 82, 84, 86, 88, 89, 92, 93, 94,
 99, 100, 102, 103, 107, 117, 118, 121, 124-126
 Berner, Ernst 65
 Bissau, Fancisco A. 59
 Bittencourt, Agnello 70
 boca negra 31, 39, 43, 55, 63, 66
 Bohemia 28
 Bolivia 65, 90, 93, 98
 bora, etnia 60, 67, 72-74, 121
 Bora, Pablo, 113,
 Bora Yucuna, Eduardo 120, 121, 136
 Brasil 10, 29, 31, 36, 47, 49, 55, 58, 61, 64, 65, 69, 71, 73, 74, 80, 107-109,
 114-116, 119, 120, 126, 127, 129
 Brieva, Domingo de 19

C

- Cabrera, Jácome 6, 11, 79, 125
 cacao 20, 26, 31, 39, 47, 48, 50
 cacatapuya, etnia 37
 cacicazgos 15, 18, 27-30, 39, 41, 50, 56, 61, 62, 63, 65, 126, 129
 caduveo, etnia 126
 Cahuinari, río 1, 9, 10, 13, 28, 36, 37, 41, 45, 66, 67, 70, 74, 75, 79, 81, 82, 89, 92-97, 111, 113, 114, 119, 121
 Caimo, río 67, 72, 74, 92, 94
 Calderón, Omar 65, 96, 97, 111, 136
 cambebas, etnia 23, 36, 39
 camino 8-11, 43, 60, 76, 78, 99-102, 105, 109, 110-112, 117-119
 campamento 8, 76, 77, 81, 88, 89, 92, 97, 99, 100, 101, 102, 103, 105, 111, 112
 Canyes, Marceliano 6
 Cañizales, Lisímaco 6
 capitania 36, 38, 41
 capuchinos 5, 6, 68, 70, 74, 75, 87, 90
 Caquetá, río 6, 20, 29, 30, 33, 41, 44, 47, 53, 54, 58, 60-63, 65, 71, 73, 74, 77, 75, 78, 81, 84, 85, 88, 90-93, 98-100, 102, 105, 106, 109, 113, 114, 117-121, 123, 125, 129
 caraballos, etnia 1-9, 12, 13, 61, 73, 75, 82-84, 86, 87-90, 95, 97, 99, 100, 101, 102, 103, 105, 107, 113, 114, 117, 118, 120, 121, 123-126
 Carari, provincia 18
 carib (karib) 4, 71
 cariba 3, 4, 13, 75, 130
 carmelitas 29, 62
 carnadear 78, 81
 Carneiro, Robert 2, 4
 Casa Arana 59, 67, 75, 76
 Casa Calderón 65
 Casa do Paricá 38
 Casement, sir Roger 67, 68
 Castellví, Marcelino de 70, 71
 Castillo, Bonifacio de San Agustín 32, 33
 Castro Caycedo, Germán 2, 3, 9, 10, 11, 12, 79, 124, 125
 catauixí, etnia 38
 Catuá, isla 57
 Cauca 58

Caucayá 31
caucherías 4, 61
cayuuicena, etnia 36
cedro 20, 74, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113
cerámica 8, 12, 19, 51, 52, 64, 65
cerbatana 11, 37, 41, 50, 55, 64, 65, 96, 119
Cerquera, Ismael 6
César, caño 112
ciameacos, etnia 30
Coarí, río 21, 38, 62, 63, 64
coca (ipadú) 9, 17, 39, 50, 60, 90, 91, 93, 94, 96, 97, 98, 104, 108
Coca, río 16
cocaína 75, 84, 90, 91, 93, 94, 95, 97, 98, 106
Codazzi, Agustín 58
coeruna, etnia 39, 70
Comisión Corográfica 58
Constaín, Javier 35
Córdoba, chorro 43, 61, 73, 98, 106
coreguajes, etnia 30
coretú, etnia 39
Correa, Ignacio 27
Correal, Gonzalo 3
Cosacunty 60
Crespo, Graciano 110
Cruz, Laureano de la 23
Cuancuá, río 36
cubeo, etnia 5
Cuchivara, río 25
Cueva, José Fausto de la 30
cuidaruz 37, 50
cuivas, etnia 83
Cumiarú, cacique 25
Cuñaré, río 78
Cupatí, raudal 43, 44, 45, 53
curare 11, 41, 44, 50, 64
curripacos, etnia 83, 114
Chaarupé, quebrada 43
charapa 15, 28, 57, 95, 113, 120, 129

chiruro 52, 55
chituá, etnia 36

D

Dagoberto Patricio 92, 97
descimento 21, 53, 62, 72
Domínguez, Hermann 11, 81
don Pedro II 58
Dussán, Alicia 3

E

Echeverri, Juan Álvaro 5, 63, 123, 124
El Espectador 1, 13
El Porvenir 93, 112
El Tiempo 1, 2, 5, 13
encabellados, etnia 19, 30, 32, 59
esclavitud 15, 28, 42, 61
Escobar, Pablo 92
escudos 16, 20, 28, 37, 41, 50, 52, 65
España 19, 20, 28, 29, 34, 42, 48, 73
evangélicos, misioneros 6, 75, 82, 83, 88, 90, 120

F

Fanning, Donald 82, 83, 86, 87, 88
Farc 75, 97, 98, 102
Felipe IV 19
Fidel Miraña 81
Font, Antonio (Fray Juan Berchmans de Felanix) 4, 5, 12, 123, 124
Fonte Boa 36, 39, 48, 54, 57, 62, 63
France Soir 1, 5, 75
franciscanos 19, 29, 30, 31, 44, 126
Fritz, Samuel 23-28, 39, 56, 57, 62, 64, 70
Futahy, colinas 117, 118, 119

G

garimpeiros 115
gente de Chontaduro 50, 94, 96, 125
gente de Guacamayo 125

gente de Guama 61, 125
 gente de Lorito 125
 gente Zancudo 54, 66
 Gil, Efraín 6, 9, 10, 11, 12, 79, 124
 Gil, Joaquín 35
 Gil, Julián 1, 3, 4, 5, 8-10, 12, 61, 73, 75, 79, 82, 88, 106, 107, 117, 119, 124-126, 129
 Gil, Julián (hijo) 118, 119
 Gil, Raúl 118
 guahibo, etnia 83
 Guainía, río 83
 Guapapaté, pueblo 25
 Guaricana 24, 25, 39
 Guaviare 29, 78, 98
 Guayacana 78
 Guayaracare, cacique 33, 34
 Guayoeni, pueblo 25
 Guayupé 25
 guerrilleros 74, 75, 89, 98, 106, 107, 117, 120
 Gutiérrez, Antonio del Rosario 35
 Guzmán, Antonio 3

H

hachas 9, 12, 20, 30, 56, 60, 61,64, 66, 69, 85,89, 99, 100, 118
 Heriarte, Mauricio de 21, 23, 132
 herramientas 20, 21,25- 28, 30, 54, 56, 64, 72, 82, 88, 118
 Hildebrand, Patricio von 77, 78, 84, 89, 108
 Hilo, río 89, 91, 93, 94, 99, 100, 102, 105, 119, 121, 124
 Horacio, caño 112
 Huallaga, río 18, 27, 62
 Huapapa 91, 108
 huellas 1, 2, 78, 88, 100, 102, 107, 110, 112

I

ibanomas, etnia 15, 24-29, 39, 42, 57, 64, 129
 içá, etnia 37, 39
 Içá, río 28, 31, 32, 34, 36, 37, 39, 40-45, 49,50, 54-58, 65, 71-73, 107
 Igaraparaná, río 59, 68, 72, 74, 105
 Imarí 36

inabiçanas, etnia 50
Induá-mena 38
Instituto Lingüístico de Verano 6, 78, 83
irijú, etnia 38
Isana, río 65, 127

J

janumá, etnia 39
Japurá, río 22, 24-26, 28, 36, 37-45, 47-57, 65, 66, 69, 70-74, 106, 116
jauaná, etnia 39
jesuitas 23, 25, 27, 29, 38
Jirijirimo, salto 29
João Manuel del 54
Juansoco 75
júma, etnia 38, 39, 63, 70
jumana (Chumana, Shumána, Xomana), etnia 18, 27, 28, 29, 32, 36, 37, 39, 40, 41, 42, 43, 48, 49, 53, 54, 57, 58, 63, 64, 65, 70, 71, 73, 97, 114, 123, 126, 129
Juruá, río 20, 23, 25, 28, 38, 62
Jutahí, Jutai, río 23, 56, 63

K

Koch-Grünberg, Theodor 38, 65, 66, 67
kueretu (curetú), etnia 5, 65, 66, 70, 123
Kueretú, Faustino 65

L

La Concepción, pueblo de misión 33, 35
La Culebra, río 100
La Chorrera 75, 76
La Guama, lago 95
La Laguna, pueblo de misión 25
La Libertad, chorro 65
La Pedrera 1-7, 11, 43, 45, 53, 61, 73, 74, 75, 78, 79, 81-84, 86-88, 93, 94, 96, 98-100, 106, 115, 118, 121-126
La Pluma, lago 95
La Yuca (laboratorio) 92, 93
laboratorio (de cocaína) 75, 90, 91-94, 96-98
Landaburu, Jon 3

lanzas 11, 12, 37, 41, 50, 52, 60, 66, 96, 99, 103, 104, 105, 119
 Las Malvinas 112
 Laureano de la Cruz 23
 Lévi-Strauss, Claude 126
 Lobo, caño 91, 93, 112
 Lomalinda 78, 83
 López, José 78, 81
 Loukotka, Cestmir 71
 Luna, Eduardo 6
 Luna Iván 113

M

Macuaya, pueblo 26
 Macuna, Elías 11, 88, 125
 Macupurí, cacique 40
 Machiparo, provincia 16
 madereros 74, 75, 107, 109, 111, 114, 120
 Manacapurú 38
 Manacaro (Manacaru, Manacarú), 43, 51, 53, 73
 Manacaro, quebrada 44, 121
 manao, etnia 25, 39, 56, 64, 70, 72
 Manaos 41, 48, 54, 116
 Manaquirí 48
 manatí 20, 38, 48, 52, 72
 manguaré 9, 23, 102
 Manhána 40
 Manicarí, provincia 18
 Mapiripán 29
 Maraá 36
 Marañón 18, 24, 27, 35, 42, 62
 marauá, etnia 36
 Marcoy, Paul 58
 Mariamanteca 73, 88
 mariarana, etnia 36
 Martius, Carl Friedrich von 43, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 62, 63,
 64, 72, 123, 124
 masases, etnia 30
 Mativa (curaca) 24, 25, 27
 Matiz, Carlos 94

Mauarapi, río 36
Mecaya, río 33
Meneses, Arturo Sa de 25
Mesay, río 78, 82, 106
Metá, río 36, 45
Meta, departamento 83, 98
migraciones 22, 29, 30, 50
Miguel, tuchaua 51, 52
Minas Gerais 29
mineros 74, 75, 115, 120
Miranda, Antonio de 26
miraña (miranha), etnia 37, 39, 44, 50, 51, 54, 60, 61, 65, 66, 67, 69, 72, 73,
75, 84, 87, 89, 94, 99, 102, 118, 123
Miraña, Alberto 1, 5, 10
Miraña, Crispín 88
Miraña, José Enrique 72, 77, 82, 125
Miraña, Víctor 118
miraña-carapana-tapuya 54, 123
Mirití Paraná, río 13, 40, 47, 48, 51, 65, 66, 70, 79, 81, 84, 89, 93, 98,
Misión Nuevas Tribus 88, 89
Mitú 122
Mocoa 30, 35, 47
Molano, Alfredo 78, 132
Molano Campuzano, Joaquín 7
Monteiro de Noronha 36, 37, 38
monteros 107, 109, 113, 114
Morales Aguilar, Antonio 93
Moreira 54
Moura 54
Müller, Sofía 83
Múnich 47, 53, 54
Muñoz, Diego 89, 100
murciélagos, etnia 32
muruuá, etnia 36

N

Napo, río 16, 18, 19, 20, 23, 27, 30, 32, 33, 65
narcotraficantes 74, 75, 81, 90, 98, 99, 120, 130
Negro, río 4, 16, 17, 21, 23, 25, 36, 37, 41, 42, 54, 55, 57, 62, 64, 72

Nimuendajú, (Kurt Unkel) 58, 70, 124
 Nogueira 39
 Nuestra Señora de las Nieves de Yurimaguas, pueblo de misión 24, 25,
 26, 27, 62
 Nueva Granada 29, 36, 42, 47

O

olleros 27
 Omagua, provincia 16, 17, 27
 omaguas, etnia 15, 17, 18, 19, 20, 23, 24, 25, 27, 36, 40
 Oniguayal, provincia 16, 17
 Orellana, Francisco de 16, 18, 49
 Orito 107
 oro 18, 20, 21, 23, 25, 29, 30, 51, 75, 98, 106, 107, 112, 113, 114, 115, 116,
 117, 118
 Orphao de Carvalho, Fernando 124
 Orteguaza, río 30, 44

P

Pachico, jefe coretu 51
 Paguana, provincia 16, 17
 Palma, Romualdo de 6
 Pamá, río 92
 Pani (Asociación de Autoridades Indígenas del pueblo Miraña y Bora)
 121
 Parassé 38
 paráuama, etnia 36
 Paredes, Antonio de Jesús 31
 Paredes, Homero 83
 pariana, etnia 36
 paricá 38, 39, 41, 44, 55
 Paricá-reru 39
 Paricátiba 38
 Parque nacional Cahuinari 10
 Parque nacional río Puré 106, 115, 121, 129
 passé (Pazé), etnia 18, 27, 28, 29, 31, 34, 36, 37, 38, 40, 41, 42, 43 47, 48,
 49, 50, 52, 53, 54, 55, 57, 58, 63, 64, 65, 66, 70, 71, 73, 95, 123, 124,
 125, 126, 129
 Pasto 30, 35, 107

patones, etnia 73, 75, 93, 97, 107, 109, 112, 113, 114
Patricio, Dagoberto 77, 78, 89, 92, 97
payanarú 38
periatí, etnia 36
peridá, etnia 36
Perú 25, 38, 65, 90, 91, 92, 93, 97, 108
Pescado, lago 95
piapocos, etnia 83
piaroas, etnia 83
pica 76, 105, 109, 110
piedra del Sol 98
Pinell, Gaspar de 4, 5, 68, 69
pintura corporal 40, 52, 58, 99, 105, 126
pirana, etnia 37
Piraparaná, río 65
pista del Caimo 94
pista Gaviota 91
pista La Loma 91
pista León 92, 96, 97
pista Santa Marta, 91
pista Solarte 92, 100, 106
pista Ticuna 91
Pizarro, Gonzalo 16
Plata, Cecilio 65
Poaires 54
Popayán 29, 32, 33, 34, 44
Porro, Antonio 17, 62
Porto dos Mirañas 54
Portugal 19, 25, 29, 35, 42, 47, 73
Puerto Asís 107, 108, 109
Puerto Caimán 73, 85
Puerto Córdoba 73
Puerto Ezequiel 108
Puerto Leguízamo 31, 78
Puerto Miraña 73
Puerto Nariño 65, 66
Puerto Nuevo 96, 108
Puerto Remanso del Tigre 72, 73, 95, 106, 125
Puerto Toro 109

- puinaves, etnia 83
 Pupuña, caño 67, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 88, 91, 92, 94, 108, 109, 111-114, 121
 Puré (Pureos, Purues), río 3, 4, 5, 10, 13, 28, 36, 37, 42-45, 51, 53, 65- 67, 69-71, 73-76, 79, 80, 81, 82, 91, 92, 96, 97, 99, 100, 103, 106-121, 124-127, 129
 purenumá, etnia 36
 purú, etnia 38
 Purus, río 17, 21, 25, 62, 63
 Putumayo, río 19, 23, 30, 31, 33, 34, 35, 36, 43, 58, 59, 60, 68, 70, 93, 97, 100, 107, 109, 112

Q

- Quirimatate 25
 quiripa 28
 Quito 19, 29, 32, 35
 quiyoyo 32

R

- refugio 28, 36, 42, 47, 65
 Reichel-Dolmatoff, Gerardo 3
 Requena, Francisco 43, 44, 45
 resguardo indígena Curare-Los Ingleses 120, 121
 resguardo indígena Predio Putumayo 121
 resistencia 42, 67, 71, 75, 102, 106
 Reyes, Rafael 58, 59, 60
 Ribeiro de Sampaio, Francisco Xavier 38, 39, 40, 41
 Ribeiro, Darcy 70
 Ríobo, Ramón (*Arauca*) 77, 110
 Rivera, Camilo 92, 94
 Rodrigues Ferreira, Alexandre 38, 39, 41
 Rojas, Valois 6, 9, 11, 12, 79, 81, 84, 86, 87, 93, 124
 Román, Alejandro 1, 9, 10, 12

S

- Samonaté 25
 San Antonio de Içá 107
 San Fernando de Içá 32
 San Francisco 118
 San Joaquín 24, 25, 26, 31, 32, 34, 35, 36, 44

San José del río Negro 36
San Pablo de Olivença 36, 37
Santa Ana 31
Santa Clara 71, 91
Santa Isabel 74, 89
Santa María, pueblo de misión 33, 44
Santa Marta, caño 77, 111
Santo Antonio de Maripí 48, 50
Santos, Luis 112
São João do Príncipe 48, 51
São Mathias 40
Seifart, Frank 72, 123
senseguajes, etnia 30
sensetaguas, etnia 30
Shimuni, isla 57
Silva, Benedicto 96
siona, etnia 32, 60
sociedades tribales 15
Solimões, río 19, 28, 30, 36-42, 47, 48, 54, 55-57, 61-64, 70, 72, 129
sorimanes, etnia 30
Spix, Johann von 47, 48, 49, 50, 51, 53, 54, 55, 63, 64, 123, 124
Sucre, chorro 65

T

Tabatinga 6, 23, 29, 34, 42, 54, 62, 74, 116
tamuana, etnia 36, 39
Tanimuka, Bui 118
tapixana 38
Tapuyima, Severino 96
Taraira, río 21, 98, 114
Tarapacá 73, 74, 94, 96, 97, 108, 109, 111
tariana, etnia 5
taricaya 15
Tastevin, Constant 69, 70
tatuaje 18, 37, 41, 50, 53, 54, 57, 58, 69, 63, 66, 126
taumeas, etnia 30
Táyaçutiba 38
Tefé, 36, 44, 48, 52, 54, 55, 56, 62, 63, 69, 70, 116
Tefé, Teffé río 23, 56

Tefé, lago 39
 Texas Petroleum Company 107
 Texeira, Pedro 19, 21, 27
The New York Times 1, 4
 Ticuna, caño 96, 114
 ticuna, etnia 34, 58, 59, 70, 74, 87, 108
 ticuna, lengua 124
 tierra firme 15, 19, 115
 tigrilleros 75
 Toledo, Andrés de 19
 Tonantins, río 57
 Torres, Tomás 76, 77
 Townsend, William Cameron 83
 tratado de límites de Madrid 42
 tratado de límites de San Ildefonso, (1777) 42
 Tres Esquinas 92, 97, 108
 trochas 1, 10, 11, 66, 67, 73, 74, 84, 112, 113
 Trompetero, río 91
 tropa de rescate 25, 26, 27, 39
 Trujillo, Luis Ángel 89
 Trujillo, Luis Enrique 6
 Tsalickis, George 6, 80, 125
 tucano 5, 13, 30, 43, 53, 124
 tuchaua 50, 51, 52, 53, 54, 56, 72
 tumbira, etnia 36, 37, 40, 53, 63
 Tundama, vapor 59
 Tupana 50
 tupí, lengua 17, 23, 50, 57, 62
 tupinambas, etnia 15
 tupivá, etnia 39
 Turucuaté 25

U

uainumá, etnia 27, 28, 29, 50, 51, 53, 54, 63, 64, 66, 70, 71, 72, 73, 95,
 114, 123, 126, 129
 Uaiúpiá, canal 40
 Uaniuá, quebrada 43
 Uarivau 51
 uayupí, etnia 38, 39

Unueixi, río 54
Upí, río 50, 71, 72
urnas 38, 39, 41, 64
Ursúa, Pedro de 16, 18
Uyrarí, 37

V

várzea 15, 28, 41, 56, 64, 129
Vaupés, río 29, 55, 56, 65, 78, 125, 127
Vaupés, área cultural 39
Verano, caño 95, 114
Vidal y Pinell, Ramón 4, 5
Vichada, río 83
Villa Bittencourt 6, 65
Villa de Ega 39, 56
Villavicencio 122
Vocabularios 4, 47, 48, 62, 123, 124

W

Wallace, R. Alfred 55
Whiffen, Thomas 68, 69
Wilckens, Henrique João 42, 43
witoto 43, 72, 123
Wycliffe Bible Translators 83

X

xama, etnia 36, 37, 39, 41, 53, 63

Y

yagé 39
Yaguas, río, 68, 79
yapuruxitá 39
Yarí, río 41, 42, 44, 79, 106
Yarimaçú 43
Yavareté 56
Yavarí, río 29
Yoaboni 25
yopo 44

- yorimán, etnia 17, 19, 21, 22, 27, 28, 29, 61, 62, 63, 129,
 Yquiarí, río 20
 Yuamimerim, río 36
 Yuamiuaçu, río 36
 Yucuna, Lino 118
 yupiuá, etnia 36
 yuri taboca, etnia 53
 Yuria, río 67, 72
 yurimagua 15, 22-29, 38, 39, 42, 56, 61-64, 129
 yuris (iuri, juri, churi) 4, 5, 13, 15, 18, 27-29, 31-37, 39, 40, 41, 43, 44, 47, 48,
 50-73, 77, 90, 95, 97, 99, 105, 114, 115, 117, 120-127, 129, 130
 Yurubaxi, río 25, 54
 Yuruparí 47
 Yuruparí, ritual de 39
 Yuruparí, salto 29
 yurupixuna 22, 28, 32, 36, 41, 62

Z

- zarzaparrilla 20, 39, 47, 50

Cariba malo (Centro Editorial
 Universidad Nacional de Colombia
 sede Amazonia, Leticia) se terminó de impri-
 mir en marzo de 2012 en los talleres de Impresora
 Feriva S.A., Calle 18 No. 3-33 San Nicolás, Cali, Valle -
 Colombia. Esta obra fue impresa en papel bond
 Bahiasud blanco 90 gramos. Tiraje: 1.000
 ejemplares.